

EL CREPUSCULO DE LOS HUMANOS

MAURICE LIMAT



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Maurice Limat, con singular maestría, nos describe una rebelión de máquinas y robots con un desenlace igualmente singular y sorprendente.



Maurice Limat

El crepúsculo de los humanos

Galaxia - 11

ePub r1.0

Titivillus 15.05.16

Título original: *Le crépuscule des humains*

Maurice Limat, 1964

Traducción: René Paris

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

La señal no llegaba. Thierry había acercado varias veces el reloj de pulsera a su oído. Y éste acababa de murmurarle: las doce, siete minutos..., las doce, siete minutos, diez segundos..., las doce, siete minutos veinte segundos...

No, no había error posible, no estaba estropeado. Corson, el ingeniero jefe del departamento bioléctrico, no pensaba ni remotamente en la hora, absorbido como se hallaba en el curso del experimento que estaba realizando. Pero Thierry, a pesar de la pasión que le embargaba habitualmente para hacer vivir a los híbridos de carne y de mecánica, no podía olvidar que tenía una cita con Inés.

Además, sus camaradas del laboratorio, los demás ayudantes de Corson, empezaban a dar muestras de impaciencia, a escuchar el ronroneo de sus relojes, a entrecruzar miradas significativas e incluso a dar ciertos gestos de sorpresa.

—¿Y bien, señores...? —preguntó Corson, intrigado por tal proceder.

Fue Thierry el encargado de responder:

—Son casi... las doce y ocho minutos, señor Corson. Y no hemos oído la sirena.

A su alrededor, estaba la ciudad. No era ya una aglomeración de habitaciones y monumentos, levantados con el transcurso de los siglos y arrastrando los reflejos de un pasado laborioso y paciente, sino una mitad del siglo XXVII, una inmensidad mecánica, un robot gigante cuyos pulmones eran las fábricas, cuyos múltiples ojos eran los faros que anunciaban la llegada de las aeronaves y de las astronaves, cuyo cerebro era la Universidad, donde diez mil sabios y técnicos regulaban la suerte de once millones de humanos que

vivían en la ciudadmonstruo.

Once millones de almas que, entre los músculos de acero, los nervios eléctricos, los huesos de hormigón, constituían la sangre de la ciudad gigante.

Todos estaban sujetos al ritmo de la metrópoli. El reloj formidable que todo lo dirigía daba sus órdenes durante el día, mediante la voz de las sirenas, contentándose, por la noche, con enviar desde los muros de la torre que lo encerraba, los rayos rojos de origen de benjuí que subían orgullosamente hasta las estrellas para anunciar que la ciudad vivía, y vivía en orden.

Corson, con el ceño fruncido, observaba por el hueco de la ventana del laboratorio. Tras él, Thierry, Leo, su mejor compañero, y los demás se habían acercado también para ver.

En apariencia nada extraordinario. Veían, hasta perderse de vista, los mecanismos gigantes que seguían vibrando, la circulación loca de los electroautos en las calles tubulares transparentes, los monorraíles alargándose entre los edificios, y los heliscooters, los platillos, todos los aparatos voladores zumbaban como un enjambre de acero en aquella flor titanesca.

Se veía también a la gente, y casi sorprendía ver seres todavía totalmente carnales en aquel mundo técnico, fuertemente tecnocrático. Seguían en su modo de vivir algo acelerado pero, sin embargo, observándoles con atención podía distinguirse una especie de fiebre, una especie de inquietud general.

La sirena no había dado la señal de la hora. Allá abajo veíase la torre del reloj, regla absoluta de la ciudad. Señalaba las doce y diez minutos.

—El reloj estropeado... Es increíble —dijo Corson.

Y los compañeros del laboratorio, situados detrás suyo, movían la cabeza afirmativamente.

Todos sabían que el reloj estaba ajustado para cien siglos, y que iba de acuerdo no sólo con el sistema solar sino también con los horarios de los planetas más alejados de la galaxia, ya que los humanoides de todos los mundos se habían puesto de acuerdo en vivir en un tiempo absoluto.

Tenían tiempo, ya que éste era relativo sólo a ellos mismos. Creían, en su orgullo científico, inventar cosas, cuando lo único que hacían era descubrir las cosas que Dios había creado.

Pero el Eterno les había dejado el cuidado de engendrar el tiempo y era desde hacía milenios la peor de las esclavitudes.

Todos aquellos hombres evolucionados, aquellos cerebros fecundos, aquellos espíritus abiertos, se hallaban desorientados porque aquel tiempo arbitrario no les había sido medido.

En toda la ciudad, sin duda, como dentro del laboratorio que dirigía Corson, todos estaban aturridos, todos se preguntaban. Seguramente se hallaban inquietos también, puesto que un fenómeno semejante no se había producido en la Tierra desde hacía muchísimos siglos.

El drama estalló, simultáneamente, en tres puntos distintos.

Desde el laboratorio, situado en el piso treinta y ocho, Corson y sus ayudantes pudieron asistir por lo menos al comienzo del cataclismo. El pánico acababa de producirse, en primer lugar en la fábrica oeste, inmensa central que difundía luz y calor para toda la ciudad, y en la que trabajaban cien mil obreros. Era fácil percibir, en el edificio, las hordas que huían, los hombres que daban alaridos, las mujeres que pataleaban...

Apenas Corson, Leo, Thierry y los demás habían puesto sus ojos asombrados en ese lado, cuando se produjo en el palacio de transmisiones, organización formidable que estaba en relación con todo el cosmos conocido y que, por subradio, podía ponerse en contacto con Beta de Sagitario o 384 de Cisne. Allí, también, el pánico, el terror, el desorden. La muchedumbre asustada que huía, ante un peligro que no podía imaginarse. Pero los hombres parecían haber encontrado de pronto los terrores prehistóricos, los grandes éxodos de sus antepasados, las locuras llevadas al colmo por el imperio de las existencias dirigidas.

¡El miedo...!

El gran miedo humano se levantaba de súbito en la ciudad y reventaba, extendiendo sus grandes alas negras, como un vampiro infernal.

Thierry pensaba en Inés. Y los demás, ante aquel horror incomprensible, evocaban a un ser querido. ¿Qué sería de todos ellos en aquel caos, en el desorden que se desencadenaba en la ciudad?

Thierry fue uno de los primeros que quiso salir del edificio. Descendió en el ascensor exprés. Una vez abajo, interrogó a varias

personas, trató de saber. Nadie sabía nada. Se estaba comprobando, eso era todo.

Las sirenas aullaban, no las del reloj, sino las alarmas que advertían a los que tal vez no se hubieran enterado todavía.

Thierry se metió en su electroauto y avanzó por una calle en tubo, lanzando miradas ansiosas a través de las paredes. Costeó durante un buen rato por la arteria circular, que seguía las grandes paredes, murallas gigantes de metal que encerraban totalmente la ciudad defendiéndola contra el desierto de Kalahari en los confines del cual había sido construida.

Los electroautos avanzaban sobre cojinetes de aire, a velocidades vertiginosas, en aquellas calles en tubo hechas para ello. Los accidentes tenían lugar en muy raras ocasiones, puesto que los vehículos iban provistos de parachoques robots que, hechos de cortos sistemas de ondas, se alejaban automáticamente los unos de los otros cuando estaban a punto de entrar en contacto.

A través de la ciudad, se veía la muchedumbre enfebrecida, ansiosa. Toda esa gente ignoraba lo que sucedía exactamente. Se habían dado cuenta porque el gran reloj no había dado la señal de mediodía, instante en el cual debían dejar el taller, despacho, mostrador, para ir a comer a las cantinas o a los *drugstores*. Y mientras, sabían que acababan de suceder cosas horribles en la fábrica oeste y en el palacio de transmisiones. ¿Qué? No lo sabían y el miedo era aún peor alimentado por su hermana la ignorancia.

En el electroauto de Thierry, se oyó un ligero tintineo. El teléfono.

Apretó el botón, mientras el vehículo seguía avanzando siempre entre otros centenares, a lo largo de los grandes tubos que serpenteaban y se elevaban, cruzándose y superponiéndose en un extraño sistema de venas rígidas a través de la ciudad.

En una pequeña pantalla miniatura, apareció el rostro de un joven negro, de rasgos de gran pureza, de ojos brillantes de inteligencia. Llevaba, como Thierry, el uniforme de los hombres de laboratorio.

—Leo...

El joven ingeniero africano había perdido algo de su compostura habitual, altiva. Parecía enloquecido:

—Thierry... ¿sabes lo que sucede?

—¿Lo sabes tú...? Tengo que encontrar a Inés...

—Si puedes...

—¿Qué dices...?

—Tras las transmisiones y la fábrica, ahora el «cerebro»...

Thierry ahogó un gemido. Se imaginaba aquella horrible cosa.

El «cerebro» era la ciudadela central, una fortaleza de ciencia, donde trabajaban los principales sabios. La ciudad de Kalahari centralizaba extraordinarios laboratorios, conteniendo las principales técnicas conocidas, y particularmente las galerías donde fermentaban los gérmenes de un mundo futuro con las entidades biónicas, los biobots.

Inés se hallaba entre las diez millas del «cerebro». Así había conocido a Thierry, subingeniero en el laboratorio de Corson, centro anexo de investigaciones sobre las relaciones mecanocelulares, llamados Departamento de Bioelectrónica.

Leo, en pocas palabras entrecortadas, había dicho aquella cosa horrible: el «cerebro» descompuesto, los técnicos saliendo enloquecidos hacia afuera, muertos, heridos, algunos pareciendo dementes. Había querido avisar a Thierry, que sabía se encontraba en camino, mediante el teléfono del auto.

—¿Pero qué? ¿Qué? ¿Por qué? ¿No se sabe? —pregunto Thierry.

—No se sabe nada, no se comprende nada. Tras las transmisiones..., los circuitos, se cree, saltan unos tras otros.

—Eso no es un simple accidente —dijo claramente Thierry, mientras el electroauto avanzaba por debajo de una manzana de rascacielos antes de adentrarse en una avenida donde desembocaría al aire libre—. ¿Qué opinas, tú, Leo?

—Invasión interplanetaria —respondió el negro—. O tal vez...

—¿Qué?

—Simplemente sabotaje humano... Supongo que piratas de un género nuevo han querido hacerse cargo de los puestos claves...

Thierry disminuyó el paso en el momento de salir del tubo.

—Leo. ¿Y si esas... esas gentes vinieran de otra dimensión?

—Tú sabes bien que sólo hay tres dimensiones de base, y la cuarta, que es el movimiento, acción... El tiempo que nos rige no es más que la suma de estos cuatro elementos...

—¿Entonces, Leo?

—No se sabe nada.

—Quedaron citados para encontrarse cerca del jardín de las Orquídeas.

Si es que podían llegar a reunirse en aquella ciudad inmensa, súbitamente descompuesta.

Cortaron la comunicación, después de mirarse uno al otro como dándose ánimos. Tal vez era la última vez en que se veían.

Thierry detuvo el electroauto y salió. Se hallaba en una zona de aparcamiento, a dos pasos del apartamento de Inés. Allí, tal vez, sabría, pues la joven regresaba a almorzar a casa, cada día, con su hermanito que tenía a su cargo, pues sus padres hacía algún tiempo que habían dejado este mundo a consecuencia de una catástrofe de una astronave cuando regresaban de Marte. Y Thierry, normalmente, iba a almorzar con ellos, ya que la rapidez de los electroautos disminuía considerablemente las distancias que pudieran haber.

Corrió hacia el inmueble. La muchedumbre corría enloquecida. Se formaban grupos comentando lo sucedido. Pero las grandes pantallas públicas de televisión, Thierry lo comprobaba con angustia, permanecían vacías y mudas, y parecían no reflejar ya más que fantasmas. Nada de transmisiones.

Sintió frío en el corazón. Su espíritu racional se negaba a creer en aquel triple accidente, lo cual hubiera sido demasiada coincidencia.

—La fábrica... transmisiones... «cerebro»... Esto ha sido preparado... es un golpe organizado... Pero ¿qué poder poseen esas gentes?

La población de la ciudad de Kalahari, ya debía compartir aquel mismo punto de vista pues el pánico iba en aumento. Grandes electroautos iban avanzando con servicios militares, bomberos, sanitarios. Todos se dirigían hacia uno de los tres puntos que habían tenido el cortocircuito.

¿Qué encontrarían? ¿Qué podrían hacer? Los servicios gubernamentales debían estar enloquecidos, ya que la prefectura y el «cerebro» se hallaban agrupados en el mismo palacio. Thierry, aunque atormentado por la imagen de Inés, Inés perdida entre aquel gran desastre, se interrogaba sobre las reacciones de las potencias planetarias, de París a Nueva York. ¿Qué medidas deberían tomar, sobre todo si el hecho no era único, y no se circunscribía a

Kalahari?

Thierry veía los rostros enloquecidos, deformados por el espanto.

Los ciudadanos estaban aterrorizados por la detención casi general de las máquinas de las cuales habían llegado a depender. Vivían en el automatismo y comprobaban que sus robots iban deteniéndose unos tras otros, unos, para quedar inertes como montones de hierros viejos, los otros, mucho más inquietantes, parecían sublevarse, escupiendo chispas, o, aún peor, cogiendo a los que se creían sus dueños.

A pesar de su prisa, Thierry escuchó, un minuto, el relato de una mujer despavorida a la que sostenían y que, llorando, trataba de librarse de su espanto narrando aquel horror:

—... El robot —criado... me ha asaltado... me ha maltratado... Ya no era un elemento dócil... sino un bruto... una fuerza desencadenada... Y EL SABIA LO QUE HACIA... Me ha cerrado el camino cuando intentaba huir... me lo ha impedido echándose sobre mí para impedir que cortara los contactos con el sector... y parecía disfrutar... ME LO HA DICHO... Sí... Sí... Ha hablado... No con sus registros... sino que me ha dicho palabras que nadie le ha dictado jamás... Me ha tratado... ¡Oh! (enrojeció mientras hablaba) ¡no me atrevería jamás a repetir aquellas injurias... Yo... deshonrada... por una máquina!

Sollozaba mientras explicaba que había huido por la ventana, ahogando el vértigo que sentía al pasar de un balcón al otro, mientras oía al robot que en el apartamento lo estaba rompiendo todo.

Thierry se sentía cada vez más aterrorizado al darse cuenta de aquel desastre universal.

Iba a entrar en el inmueble donde vivía Inés, con la vaga esperanza de encontrarla antes de empezar otras búsquedas, cuando lanzó un alarido:

—Tiano...

Era Tiano (Christiano), el hermanito de Inés, un muchachito de doce años, moreno como su hermana, con los mismos ojos negros indicando su origen ibero.

Pero lo que había horrorizado a Thierry era que el niño estaba ensangrentado. Llevaba manchas rojas en sus ropas, y su rostro

estaba maculado.

Se tambaleaba, habiendo por lo visto efectuado una larga y penosa carrera al venir. Thierry se inclinó tomándole en sus brazos. El pequeño cedió, pasando el brazo alrededor del cuello de aquel que iba en su ayuda y apoyó la cabeza en el hombro, echándose a llorar súbitamente.

—Tiano... Mi pequeño Tiano... Dime... ¿Dónde está Inés?

Este nombre hizo redoblar las lágrimas y Thierry sintió frío en el corazón. Sin embargo, no quiso atosigar al chiquillo.

—Tiano... ¿Te has hecho daño? ¿Estás herido?

Tiano movió la cabeza negando:

—Pero... pero vas lleno de sangre...

—No tengo nada... No siento nada —murmuró el pequeño.

Thierry se apresuró a tenderle para examinarle atentamente. En efecto, a pesar de aquellas manchas, parecía indemne.

—¿Pero... dónde te has metido?

Vio el horror que se pintaba en los ojos del pequeño:

—Es la sangre... de otros... Son los mobots...

—¿Los mobots?... Pero habla... Habla ya, Tiano...

Ahora que sabía que no estaba herido, Thierry lo sacudía como si fuera un ciruelo...

Entonces Tiano se explicó. Había salido del colegio, un poco tarde como todo el mundo en Kalahari ya que el gran reloj no había dado la señal. Pero el director del colegio había dejado salir a los externos que debían ir a comer con su familia. Y Tiano había venido, a través de la ciudad, con una banda de compañeros. Habían visto una muchedumbre que corría delante de ellos y ellos también quisieron huir. Habían encontrado los mobots, los robots articulados, las máquinas vivientes, tan perfeccionadas que trabajaban en las más grandes obras en lugar de los hombres.

Los monstruos, también, sabían lo que se hacían. Cogían a los humanos, a hombres, mujeres, niños, y los destrozaban, los despedazaban, con un sadismo desconocido. Hubiérase dicho que gozaban haciéndoles sufrir...

Ellos, los mobots. Los insensibles robots ambulantes, mecánicas ultraperfeccionadas, que no eran, a fin de cuentas, más que máquinas.

Y Tiano había vivido aquel espantoso pánico. Había visto

aquellas cosas que no se olvidan jamás, que te marcan para toda la vida. ¿Cómo había conseguido escapar? Dios lo sabía. Pero muchos de sus compañeros de clase habían caído bajo los golpes de los mobots. Él había corrido, corrido, a través de las calles, enloquecido. Esperaba encontrar a Inés, y también a Thierry, el prometido de su hermana, un poco de seguridad, un poco de calor humano cerca de ellos.

Thierry le mecía instintivamente mientras escuchaba aquel relato fantástico.

Estaba convencido. Un poder desconocido se había hecho cargo de los mandos. ¿Con qué objeto? Más tarde lo sabrían. Pero aquello no tenía explicación en un planeta unido desde hacía mucho tiempo políticamente, y que había realizado la fusión de las diversas confesiones, poniendo fin a los absurdos de las divisiones rituales.

—¿Interplanetarios, como decía Leo? ¿O piratas...? ¿O qué?

Ahora, hacía falta, más que nunca, pensar en Inés. Pensó en dejar a Tiano en el apartamento, pero hubiera sido imprudente.

—Ven... Vamos a coger el electroauto... Iremos al «cerebro»...

—¡Oh!... Sí...

El pequeño se sentía feliz ante la idea de ir al encuentro de su hermana si bien estaba evidentemente inquieto por ella. Thierry se guardó muy bien de decirle los desastres que habían tenido lugar en la última media hora.

Eran, en efecto, poco más de las doce y media. Las alarmas no cesaban de sonar y los vehículos de los servicios especiales iban sin cesar de un lado a otro. El electroauto llevaba a Thierry y al pequeño Tiano. En pocos minutos, se encontrarían en el palacio del «cerebro». ¿Qué encontrarían allí?

¿Inés...?

Avanzaban por un tubo. Y los vehículos, a centenares, a millares, ganados por la locura colectiva, iban a una velocidad infernal. En el cielo toda clase de aparatos volaban entrecruzándose, girando en un carrusel de espanto. Desde allí debía verse el enjambre de la ciudad llena de una sangrienta anarquía bajo la férula de los mobots. Pero los robots y los mobots, Thierry estaba seguro de ello, no eran más que los instrumentos de los diablos desconocidos que habían tomado la ciudad de Kalahari.

Dos o tres minutos más y, tras una curva, se descubría el

palaciocerebro.

Entonces se produjo aquello. Thierry fue proyectado hacia atrás mientras oía gritar a Tiano. El electroauto se había parado bruscamente, provocando un choque terrible. Los dos estaban semimuertos por el golpe. Todo bailaba a su alrededor.

—¿Un seísmo...?

Esa fue la primera idea de Thierry. Se daba cuenta de que todos los electroautos se detenían, y empezaban a moverse hasta quedar casi en vertical, rodando después literalmente de lado y sacudiendo a sus ocupantes que ya no podían más.

El vehículo de Thierry caracoleó, como un cabrito a sus anchas, y a pesar de intentar dominarlo, ponerlo otra vez en orden, pulsando los botones, maniobrando con los mandos, el vehículo no obedecía ya...

... sino a aquella fuerza caprichosa que parecía animarlo con una vida autónoma, inculcándole aquellas bufonadas, asombrosas en una máquina.

Thierry trataba de sostener a Tiano, de protegerle contra los choques, ya que jamás ningún nacido se había visto agitado por movimientos tan violentos. Y, al mismo tiempo, observaba lo que sucedía en la ciudad, y arriba, donde los aparatos voladores bricaban en todos los azimuts, descompuestos y locos, hundiéndose, a veces, envueltos en llamas. Y los pedazos caían llameantes, con cuerpos humanos carbonizados o mutilados.

Los gritos de dolor y de espanto llegaban desde todas los autos. Tiano, que Thierry estrechaba contra su pecho, acababa de desvanecerse.

El prometido de Inés, murmuró:

—Nuestros vehículos... nuestros aviones... todos los robots... como los demás... Como los demás... se agitan, dando vueltas... Se han puesto a vivir... Pero ¿quién lo ha querido así?

CAPÍTULO II

El «cerebro» dominaba. Se presentaba bajo el aspecto de un inmenso polígono, flanqueado por grandes paredes, como la ciudad. Diez vastos cuerpos de edificio, gigantescas galerías consagradas a diversas ramas científicas o administrativas, formaban una estrella múltiple. Y en el centro, cubriéndolo todo, estaba la cúpula.

Cubría más de una hectárea de superficie. Hemisferio translúcido, dominaba la galería central donde estaban reunidas las máquinas más perfectas engendradas jamás por el espíritu humano, desde el bisturí electrónico a la astronave subespacial, desde el microscopio infraatómico, que observaba los movimientos de los electrones, al espejo estelar que permitía la visión de escenas desarrolladas a varios millones de años luz.

En Kalahari, como en todas las otras grandes ciudades semejantes, la ciencia y la política se agrupaban, como símbolo de un mundo totalmente técnico, donde las reacciones humanas estaban rigurosamente controladas, donde cada uno entraba en el cuadro general, donde los individualistas estaban condenados.

Todo aquello, por lo menos durante un tiempo normal, daba la sensación de orden absoluto. El juicio lo dirigía todo y poco a poco, los hombres se habían ido volviendo inteligentes, sabios e instruidos, pero estaban sometidos a un ritmo de regularidad con extremado rigor.

Era la una del mediodía. Hacía, pues, sesenta minutos que los ciudadanos se habían dado cuenta de la falta del gran reloj. Y la confusión no hacía más que crecer.

En torno a las grandes paredes del «cerebro», se peleaba. Las fuerzas militares, ayudadas por voluntarios, hacían frente a las hordas desencadenadas de los mobots. Los robots ambulantes

avanzaban en filas cerradas, y todos los robots de la ciudad les servían, todos se convertían en armas, armas vivientes, pensadoras, que asestaban golpes terribles a las fuerzas humanas, a pesar del armamento perfeccionado de las armas desintegradoras, de los terribles rayos inframalas de los cuales apenas se hacía uso a través de la galaxia.

¿Ordenes? El «cerebro» no las daba ya. Era fácil adivinar qué había sucedido y qué todavía debía suceder: cosas tremendas. Numerosos cadáveres de técnicos, administrativos, habían sido arrojados desde las altas paredes por los mobots sanguinarios que formaban un ejército insospechado. Y puesto que en el palacio de transmisiones sucedía un desastre similar, Kalahari se hallaba aislado del resto del mundo.

Los aviones iban cayendo sin cesar. Presos de una voluntad autónoma, no obedecían ya a sus pilotos continuando provocando colisiones aéreas de resultados catastróficos. Era una verdadera lluvia de pedazos en llamas, que provocaban distintos incendios. Una parte de la ciudad empezaba a arder.

Una inmensa brasa lanzaba ya volutas de humo negro, certificando el fin de la fábrica oeste donde se habían producido los primeros síntomas de la catástrofe.

Thierry, tras esfuerzos sobrehumanos, había conseguido salir del electroauto, arrastrando con él el cuerpo de Tiano, encontrándose en la calzada de la zona de aparcamiento situada cerca del «cerebro». A su alrededor, una visión alucinante, de vehículos locos, cabriolantes, condenaban a muerte a los desgraciados que no habían podido salir a tiempo.

Tiano suspiró y abrió los oídos. Thierry abofeteó ligeramente para hacerle reanimar, mientras le decía:

—No perdamos tiempo... Debemos entrar en el «cerebro»...

El pequeño, con los ojos agrandados por el espanto, contemplaba el decorado de pesadilla, en que los aparatos revueltos destrozaban a sus constructores. Veíanse correr a seres cuyos rostros expresaban un gran terror. Como por toda la Tierra, las razas se mezclaban. Ciertamente que los africanos dominaban, pero habían muchos blancos, muchos amarillos y sobre todo, muchos mestizos, bella y vigorosa raza humana que nacía de la confluencia de encuentros internacionales. Todos llevaban la máscara del horror,

del desespero, del mayor pesar. Los que lloraban a sus muertos se olvidaban ya de lamentarse por su propia suerte. Por adelantado, sabían, sin comprender por qué, que los robots y los mobots serían los más fuentes.

Las fracciones que quedaban de la milicia resistían con la energía del desespero. Habían desintegrado un buen número de robots, pero los monstruos articulados seguían apareciendo cada vez en mayor número. Todos los de la ciudad parecían haberse citado. Y ellos llevaban también armas, por lo que más de un miliciano yacía inerte, o estaba desintegrado por los tremendos rayos inframalas.

Thierry sentía cierto escrúpulo en arrastrar a Tiano dentro de aquel infierno. Pero no le quedaba más remedio. En cualquier parte el chiquillo hubiera estado en peligro. Mejor sería tenerlo consigo mientras trataban de reunirse con Inés.

Inés...

Sentía frío en el corazón cuando la evocaba y, con temor, contemplaba a aquellos que habían sido arrojados desde lo alto de las paredes, algunos de los cuales todavía palpitaban. Entre ellos podía verse a más de una de las jóvenes empleadas en los laboratorios, pero Thierry y Tiano, corriendo alrededor de todo el «cerebro», no pudieron ver a Inés.

El combate proseguía bajo el atrio del «gran cerebro» y en algunos edificios laterales. Pasando junto a los muros, dando la vuelta a los lugares ensangrentados, escapando a los incendios que se iniciaban sin cesar, el hombre y el niño llegaron a una de las poternas que daba sobre la galería de los biobots.

Inés trabajaba en aquel departamento, con otros centenares de personas; ella formaba parte de aquellas que llamaban vestales, mujeres perfectamente adiestradas para vigilar la evolución de aquellos órganos extraídos de los animales, y también de los humanos, mantenidos en vida según unas condiciones cuidadosamente estudiadas, y en las que se utilizaban las reacciones mecánicas más perfectas que las inventadas jamás por los hombres.

Los cuerpos yacían frente a la poterna. Pero allí no había ningún mobot ni se oía nada, al lado de las galerías.

—Ven, Tiano...

La sólida mano de Thierry apretó la pequeña manita de Tiano,

que todavía tuvo el valor de sonreír a su amigo. Entraron.

Muchas veces habían estado allí acompañados por Inés. Conocían los secretos del edificio. Aquí y allá muestras de la carnicería. Se estremecían al contemplar las manchas de sangre, los aparatos destruidos, los cuerpos tendidos. Y llegaron al final de la galería biónica, allí donde, salvo autorización, no podían penetrar más que las vestales científicas.

—Diríase..., diríase que aquí todo está intacto —murmuró Thierry.

Reinaba un silencio impresionante. La galería de biónica tenía una longitud de cien metros por treinta de ancho. La bóveda, de depolex azulado, defendía los cultivos de carne contra el sol atroz de Kalahari, ya tamizado sobre toda la ciudad por un campo de ondas refrescantes.

Aquello daba una luz de oro azulado que caía dulcemente sobre las incubadoras de cristal. Una a una estaban colocadas sobre zócalos de sándalo para aislarlas del sol. Alrededor, las generatrices electromagnéticas les aportaban el fluido vitalizador que permitía la supervivencia. Había también una hilera séxtuple de inmensos frascos, de formas muy variadas según los contenidos. Los técnicos del «cerebro» mantenían celosamente sus pensionistas. Corazones, pulmones, músculos y esqueletos, sistemas nerviosos, laringes, esófagos y cerebelos, sumergidos en una solución de glicerina fluidificada, seguían su vida misteriosa, tras la ablación de los organismos de los que habían sido minuciosamente arrancados. Todos los animales de la creación se hallaban allí representados, en forma evidentemente parcial. Las plantas, igualmente, sobre todo las más sensibles, eran estudiadas en los secretos de su vitalidad.

Organismos humanos, como consecuencia de un accidente, de una muerte, o de donaciones voluntarias de algún fanático... o de la ablación forzada de algún condenado, formaban parte también de aquella colección.

Y además, y esto era lo más delicado, lo más perfecto, de lo cual los profesores se sentían enorgullecidos, estaban los biobots.

En un sólo frasco, se reunían elementos humanos, animales y vegetales. Híbridos fantásticos que daban los resultados más curiosos. Eran en resumen las muestras evolutivas soñadas por Darwin y Lamarck y los cerebros de los escarabajos se unían a los

músculos de hombre, con un sistema nervioso de rosal, engendrando seres jamás imaginados, de los cuales no podían todavía medirse los posibles futuros.

Los sabios se entregaban con ahínco, a aquellos estudios, seguros de poder llegar a encontrar, al fin, el secreto de la vida, que milenios de conocimientos no habían podido descifrar, todavía.

Thierry y Tiano avanzaban por la galería. Instintivamente contuvieron la respiración. Ninguna de las vestales estaba allí. Muchas debían haber sucumbido a los golpes de los mobots. Las demás...

Silencio... siempre. El «cerebro» estaba cuidadosamente climatizado y aislado de toda clase de sonidos. ¿Quién hubiera podido imaginar que un drama semejante se abatiera sobre la ciudad, que los helicópteros, heliscooters, astronaves, cayeran como moscas de fuego?

Thierry lanzaba miradas ansiosas a través de las hileras de incubadoras, extraños joyeros cristalinos, coloreados de formas muy diversas según su contenido, según los ingredientes que se les inyectaban y según las corrientes eléctricas que les atravesaban sin cesar. A veces, las chispas corrían en formas misteriosas, dándoles de pronto una vida visual, simple eco de la vida bien real, permanente, eterna, que las vestales mantenían celosamente.

—¿Qué estás mirando allá arriba?

Tras un instante Thierry acababa de darse cuenta de la conducta de Tiano. El niño seguía a su lado, como si fuera un autómatas. No trataba de distinguir algo en la galería sino, que sin cesar, fijaba sus ojos en la cúpula de depolex, con expresión de estar fascinado.

Tiano pareció salir de su ensueño:

—Yo... he visto... cosas que corrían...

—¿Qué dices?

En los laboratorios habían nacido algunas leyendas. Se decía que, por la noche, chispas espontáneas brotaban FUERA de los frascos, que formas vagas erraban por las hileras y debajo de la cúpula. Inés mismo había confesado, dentro de la medida del secreto profesional, que ella había comprobado fenómenos desconocidos, incomprensibles y que los maestros en biónica se encontraban con más de un misterio nacido de sus fantásticas culturas.

—Dime, Tiano... Debes explicarte... Tiano permanecía mudo, pero sus hermosos ojos negros se posaban sin cesar en lo alto de la galería.

Thierry dio algunas vueltas entre retortas inmensas, globos gigantes, acuarios de pesadilla, todos resplandecientes, irradiantes, luminiscentes, lanzando claridades desconocidas de los prismas de allí.

No miraba más. Ya no buscaba a Inés por aquellas alineaciones impresionantes. Él, también, contemplaba la cúpula. Se había olvidado de todo el mundo biovegetal que palpitaba misteriosamente a su alrededor, cautivo dentro de aquellos enormes frascos de cristal. Miraba.

Tiano había visto bien. Habían una especie de nubes blanquecinas que se deslizaban a lo largo del inmenso cielo raso. Tan pronto se detenían como globos privados de dirección y que chocan con un obstáculo; como tan pronto, furtivas y rápidas, pasaban para desvanecerse en seguida. Algunas emitían haces de chispas púrpuras o malvas, otras dejaban una estela luminosa, que se fijaba dolorosamente en la retina.

Pero lo más excepcional, era que no se las podía contemplar sin experimentar una sensación extraña, como si no fueran fenómenos puramente físicos, sino algún dinamismo del pensamiento, como el producido por el encuentro de un ser pensador particularmente vital.

Thierry, de súbito, analizó lo que sentía y si bien no podía definir de qué se trataba, comprendió que aquellas nubes pensaban, que no eran sólo simples meteoros eléctricos caprichosamente extraviados en la galería de los biobots.

Aquello corroboraba la leyenda. ¿Sería aquel el momento de averiguar la verdad? Thierry no reflexionó mucho. Quería hallar a Inés. Sabía que a las doce en punto ella debía encontrarse en algún lugar de la galería. Si había podido escapar a la carnicería de los mobots, encontrarían sus huellas.

De pronto Tiano gritó y Thierry, por instinto, levantó al chiquillo escondiéndose con él tras un enorme frasco irregular donde temblaba un biobot de carne y de follaje. Encima de ellos, un globo nebuloso crepitando chispas acababa de apartarse de la cúpula y llegaba como un bólido. Se les acercó, y a veinte

centímetros de la cabeza de Thierry, se apartó bruscamente, no dejando subsistir más que algunas pequeñas chispas, tenue polvo de fuego que se esfumó rápidamente. Ya no quedaba más que el hombre cuyo corazón latía apresuradamente mientras estrechaba al chiquillo que temblaba.

—¿Has visto, Tiano?

—Sí, Thierry... ¿qué era eso?

Thierry tenía bastantes dificultades para responder.

Trató de decir que los sabios habían debido inventar algunas cosas de las que todavía no se sabía nada. Dieron algunos pasos en silencio, descubriendo, aquí y allá, algunas manchas de sangre, o trozos de algún gran frasco que había sido destrozado, prueba inequívoca de que los mobots habían pasado por allí.

Cada instante observaban la cúpula. Fugaces o quietas las entidades crepitantes seguían siempre allí. Pero ninguna parecía desear atacar.

—Por consiguiente —se decía Thierry— estamos bien. Nos acechan, nos tienen la vista encima, nos...

Se interrumpió en el curso de sus pensamientos. Había experimentado una cosa extraña. Fenómeno bien conocido de los humanos, que a veces se dan cuenta, súbitamente, de que estaban «pensando en cualquier cosa» sin defenderse, sin analizarla, como si tuviesen en su espíritu una imagen a la cual no hubiesen prestado atención hasta entonces. Es lo mismo, exactamente, que lo que se produce en uno que va de paseo y que, tras dar algunos pasos, «se da cuenta» del árbol que acaba de pasar, que su organismo ha fotografiado en cierta manera, pero que el cerebro ha dejado provisionalmente de registrarlo de forma precisa.

Tiano miraba a Thierry. En los ojos del niño brillaba una especie de fiebre, pero una fiebre feliz, tras los minutos de temor.

Tiano, tú también, «has pensado».

—Sí. Sé dónde está Inés.

—Yo también.

El niño, gritando de pronto y saltando:

—Lo he sabido de súbito. Tenemos que ir a la galería central, bajo la gran cúpula donde están todas las máquinas...

Thierry se pasó las manos por el rostro, cerrando los ojos con fuerza, intentando comprender.

—¿Lo sabes, verdad, Tiano? ¿Te lo dicen todavía?

Tiano parecía aturdido.

—Hummm... N... no. No me dice nada ya...

Pero me lo ha dicho... No importa. Puesto que ya lo sé. Y tú también lo sabes... Ven, ¡debemos ir!

—No... Espera... No tan deprisa.

Thierry hacía un tremendo esfuerzo para reflexionar. Había experimentado un fenómeno insensato. Sin advertencia alguna, su cerebro había sido penetrado súbitamente por esta idea: Inés está en la gran galería. Y Tiano lo había sabido igualmente en el mismo momento. Como si se lo hubiera dicho a la vez una misma boca, como si lo hubiera leído en una misma pantalla.

¿De dónde venía aquella comunicación espontánea, en cierto modo como si hubiera sido transmitida por una medium?

Thierry no era telépata, ni tampoco lo era el pequeño Tiano. Y sin embargo...

—Retrocedamos... Sí... Hemos pasado por aquí... entre este frasco grande redondo donde hay... debe haber un cerebro... y aquel que... encierra un enjambre de abejas con un corazón humano... Hemos de pasar otra vez por allí.

Tiano obedeció, sin comprender. Repitieron el camino en sentido inverso.

Súbitamente los dos se estremecieron al mismo tiempo. Se miraron.

—¿Y ahora? —preguntó Thierry, en un susurro, de tan aturdido como se hallaba por aquel fenómeno.

Los ojos de Tiano brillaban:

—Ahora sé... acaban de decírmelo... Inés está viva, se encuentra con otras vestales... Las máquinas se las han llevado... Los mobots... los perversos mobots... Están con los hombres, todos prisioneros de la maquinaria que nadie conoce ni había visto jamás... que no han fabricado los hombres...

Thierry sentía casi cómo sus dientes castañeteaban. Estaba avergonzado, él, que había disputado con Leo la copa de natación en el río Orange, y había batido muchísimos recods de atletismo, él que era un hombre sólido, de veintiocho años, lleno de vigor y de entusiasmo. Tiano parecía haberse familiarizado ya con aquel fenómeno.

El joven ingeniero observó los frascos. La emisión venía de allí, estaba seguro.

Eran los biobots que pensaban, y que habían encontrado un medio de emitir sus pensamientos, en ondas de radio todavía ignoradas.

Los de la cúpula, nebulosos y crepitantes, los de los frascos cristalinos, estancados pero extrañamente vivientes... ¿Qué seres fantasmales reinaban pues en la galería? Thierry comprendía el secreto que pesaba sobre el «cerebro», la discreción habitual de los vestales.

—Debemos ir bajo la cúpula —murmuró Tiano.

—Sí. Tienes razón. Encontraremos a Inés... Pero debemos salir por la poterna y pasar por la entrada principal. Y esto...

Pero Tiano tenía el rostro sonriente al decir:

—No... Podemos pasar por el palacio...

—¿Sabes el camino...?

—Sí. Inés me acompañó un día...

—Vayamos, pues, Tiano, pero debe estar prohibido...

—Un día que buscaba a mi hermana, las vestales me vieron y estuvieron muy amables conmigo, ya sabes. Me besaban, me acariciaban. Y entonces llegó un señor. Un gran señor de blancos cabellos, un profesor, me parece. Arrugó la frente al verme y entonces le dijeron que era el hermanito de Inés... Entonces dijo: «No tienes derecho a estar aquí, pero si me prometes no decir nada, te mostraré la galería». Me acompañó, junto con mi hermana y las demás vestales... Lo hemos visto todo, todo... Yo no dije nada... Lo había prometido...

Thierry, con la garganta seca, observaba al pequeño.

—Es cierto... así, pues, tú sabes...

—Ven... hay una puerta, al final de la galería... Los ascensores, yo lo sé... Luego verás, las pasarelas que comunican la cúpula... Sentí vértigo al pasar por allí, pero fue muy hermoso...

Thierry dejó para más tarde la empresa de aclarar el misterio de los mensajes mentales que les habían sido enviados. Arrastró a Tiano y, al final de la galería, encontraron en efecto la puerta del ascensor que llevaba a la parte superior del edificio, en donde una pasarela ligera, calada, se tendía hacia la cúpula que brillaba bajo el ardiente sol de Africa.

Visto desde allí, el «cerebro» tenía un aspecto sorprendente, con diez pasarelas que venían de diez galerías en dirección al centro. Se veían los restos de un fusojet estrellado sobre la cúpula misma, que había resistido.

Avanzaron por la pasarela. Tiano tenía vértigo y cerró los ojos. Thierry le guiaba dándole la mano, mientras observaba debajo de ellos.

A doscientos metros más abajo, los milicianos, los que pertenecían al servicio del «cerebro», sucumbían bajo los golpes asestados por los mobots y los monstruos de metal conducían toda una serie de encadenados hacia diferentes galerías.

El hombre y el niño avanzaban. Nadie les prestaba atención. Las demás pasarelas parecían desiertas. Pero, alrededor, se veía arder una parte de la ciudad y los últimos aparatos voladores caían como moscas. Un estruendo infernal llegaba hasta ellos y Thierry supuso que otros mecánicos debían haber hecho también de las suyas, acabando de reducir a los ciudadanos, con el espanto, el sufrimiento y la muerte.

Pero era necesario encontrar a Inés. Con el pequeño que cerraba los ojos, avanzó, contemplando desde lo alto el lugar de la carnicería...

CAPÍTULO III

—¡Abre los ojos, Tiano...! Hemos llegado...

Tiano obedeció y vio que se encontraban en la base de la cúpula propiamente dicha. La inmensa cúpula estaba rodeada de una especie de caminito en círculo al cual iban a parar todas las pasarelas que venían de las galerías exteriores del «cerebro».

Y avanzando cogidos de la mano, pudieron tocar la masa formidable de depolex que recubría la sala donde estaban representadas todas las máquinas del mundo. Pero debían penetrar hasta allí.

Tiano recordaba todavía el camino. Guió a Thierry y, ahora que ya no sentía vértigo, ahora que ya no andaba sobre el vacío, había recuperado su aplomo.

Con la perfecta memoria propia de su edad, había registrado los menores detalles del pasaje. Por una pequeña obertura, accionada automáticamente, y para la que encontró sin vacilar el conmutador, pudieron penetrar bajo la misma cúpula.

Thierry y Tiano encontraron un segundo camino circular, con el mismo sentido que el del exterior, pero situado esta vez debajo de la cúpula, que la coronaba interiormente.

E inclinados sobre la vasta sala, Thierry y Tiano retuvieron la respiración por un minuto.

El espectáculo era impresionante. Era una especie de catedral de la técnica como las que habían en casi todas las grandes ciudades. Varios proyectiles, algunos modelos de astronaves, dirigían audazmente sus narices puntiagudas, agresivas, a cincuenta o sesenta metros del suelo. Alrededor, los aparatos hormigueaban sobre zócalos todos parecidos en cuanto a modelo, un cuadrilátero de platón, mas resistente que el platino y más puro que el oro, pero

de una gran diversidad en cuanto a las dimensiones, puesto que los zócalos sostenían herramientas en miniatura y naves gigantescas.

El orgullo de los hombres estallaba allá, en aquel museo maravilloso, donde habían reunido todo lo que habían inventado durante siglos. Desde a partir del átomo hasta remontar al cénit del cosmos. Era un bosque de metal, de plástico, de vidrio y de maderas talladas, un mundo inmóvil totalmente fabricado, un dominio que provocaba sueños y pesadillas.

Como una inmensa tela de araña, centenares de antenas emergían de la masa de los aparatos. Y todo aquello relucía, resplandecía, brillaba, tan sabiamente dispuesto, con los rayos de colores estudiados, de formas audaces, elegantes, pavorosas. Todo un inmenso arsenal que había servido para la conquista del universo.

Inclinándose un poco, podían ver, entre los zócalos que sostenían aquellas maravillas de la técnica, los cuerpos tendidos y ensangrentados. Los mobots habían pasado por allí.

Thierry se preguntaba cómo podrían descender. Puesto que el silencio no era total, a pesar de todos aquellos muertos. Al fondo de la sala, a muchos centenares de metros de donde ellos se hallaban, se oía una máquina, probablemente de grandes dimensiones, que estaba puesta en marcha. No podían verla, oculta por todos aquellos aparatos, y era difícil de identificar, dado lo poco corriente de su zumbido.

Unos resplandores purpúreos subían, produciendo sombras inmensas, cuyo aspecto parecía trágico, sobre las paredes circulares y llegaban casi hasta la cúpula.

Tiano, también, se había fijado.

—Diríase... diríase que hay hombres trabajando allí, ¿verdad Thierry?

Thierry movió la cabeza afirmativamente. El pequeño había acertado y creían ver las siluetas atareadas con alguna clase de trabajo infernal, cuyas sombras eran desmesuradamente aumentadas por el hogar central, que las proyectaba, inmensas y deformes, a través de la gran galería central del «cerebro».

Siguieron avanzando, llegando a un rellano sobre el cual había un ascensor con el cual podrían llegar al suelo de la galería en pocos segundos. ¿Encontrarían a Inés? ¿Estaría ella entre aquellos

que trabajaban así? Thierry quería acercarse pero prudentemente. Tal vez los técnicos que habían conseguido escapar de la matanza trabajaban para luchar contra los robots y los mobots, y sobre todo contra quien los animaba, y de los cuales Thierry no tenía aún la menor idea. Pero era posible también que se tratara tan sólo de los propios piratas.

Decidió descender y, con Tiano, se metieron en el ascensor cuya cabina se cerró una vez ellos dentro. Una presión en el botón y el aparato empezó a descender, y entonces se detuvo.

—¿Qué pasa? No hemos llegado al final del trayecto...

Thierry, angustiado, maniobró con los botones. No había nada que hacer.

—Si pudiéramos volver a subir, por lo menos... Intentaríamos alguna otra cosa...

—Perdéis el tiempo.

Thierry tuvo un sobresalto. Vio los grandes ojos negros de Tiano reflejando su angustia. ¿Quién había hablado?

Miraron a su alrededor, dentro de la estrecha cabina capaz de albergar como máximo a cuatro personas. Todo estaba intacto, bien liso, impecable. Pero estaban inmovilizados entre la cúpula y el piso y alguien había hablado.

—No tratéis de comprender... No comprenderéis... Y no me busquéis...

—¿Quiénes? —farfulló Thierry.

—Os digo que no tratéis de comprender.

El joven apretó los puños y sus ojos brillaron con destellos de rabia.

—¡Ah, si yo tuviera...!

—No te pongas nervioso, ingeniero Thierry. No conseguirás encontrarme, ni podrás verme, ya que no estoy en ninguna parte...

—Cobarde... Habla a través de un micro y se niega a dejarse ver...

—Hablo por micro, en efecto... ¿De qué otra manera podría hacerlo, si no?... Pero no me trates de cobarde.

—¿Qué adjetivo se merece, pues? —exclamó Thierry.

—Ninguno, ingeniero Thierry. No soy un ser humano...

Tiano temblaba, apretándose contra el cuerpo vigoroso de Thierry, al que sentía temblar de cólera.

Las palabras del desconocido, lanzadas por un micro invisible, hicieron estremecer al ingeniero bioeléctrico:

—Lo dudo... Todo esto no es obra humana... Ningún bandido ha podido imaginar todo eso... ¿De dónde viene? ¿De qué planeta? ¿De qué galaxia? ¿De cuál...?

—De ninguna parte, ingeniero Thierry. A pesar de ser un ser vivo, no existo.

Thierry apretando los puños, lanzaba, de vez en cuando, furiosos puntapiés a las paredes del ascensor Inmóvil:

—Oh, no poder hacer nada... Sufrir tales injurias... Miserable... Si un día pudiera llegar a pelear contigo...

—Pierde tal esperanza, ingeniero... Tú, como muchos de tus semejantes que sobreviven, nos seréis muy útiles... Necesitamos durante un buen tiempo de la mano de obra humana...

—¿Hasta cuándo? —rugió Thierry—: ¿Hasta que nos hayamos convertido en vuestros esclavos... muertos de agotamiento?

—Nuestros esclavos... todos vosotros lo sois, desde hoy... Puesto que no hay más que Kalahari... Toda la Tierra será muy pronto nuestra... y el sistema solar, y otros sistemas, y luego todo el cosmos... Pero os conservaremos hasta que podamos valernos por nosotros mismos... Thierry pulsaba furiosamente todos los botones del ascensor.

—Es inútil —dijo la voz del micro—. Me niego a bajaros... No obedeceré a vuestras órdenes...

—¿Qué? ¿Qué? —farfulló Thierry.

—¡Claro! ¿No lo habías comprendido? Soy el ascensor...

Por un instante Thierry permaneció aturdido. Tiano, a su lado, le cogió de la mano y aquel contacto humano arrancó al joven de su peligroso desvanecimiento...

—Pero... pero entonces... —empezó—. Todos nosotros somos robots. Robots formados por vosotros. Y los más activos entre nosotros, los articulados, los maravillosos mobots, forman nuestras tropas de ataque... Pronto seremos los vencedores... Ingeniero Thierry, tienes que ir a trabajar a la gran máquina...

Tú no sabías que estuviera aquí, bajo la cúpula del «cerebro». Escúchame, voy a bajaros hasta el suelo, y abriré mis puertas corredizas. Veréis entonces a algunos de mis congéneres que vendrán a buscaros... No os resistáis os lo ruego.

Thierry juraba por todos los cometas del cielo, pero el ascensor ejecutó su plan. Diez segundos de descenso y se detuvo, probablemente a ras del suelo.

Las puertas se deslizaron. Thierry y Tiano vieron ante ellos, pero dominándoles esta vez, el bosque técnico constituido por la colección de todos los robots engendrados por el hombre.

Vacilaron en salir. Thierry tenía miedo, no por él, sino por el pequeño. Y sus esperanzas de encontrar a Inés viva en aquel infierno se debilitaban de segundo en segundo.

—Salid, pues —dijo amablemente la voz robot.

Salió, bruscamente, dispuesto a todo, con Tiano pegado a él como una sombra.

Una masa de metal se deslizaba hacia ellos. Retrocedieron. Era uno de aquellos aparatos articulados destinado a las exploraciones submarinas, un mobot de las profundidades, cuyos soportespatas hechos para toda clase de terrenos le hacían moverse grotescamente al avanzar. Diez miembros diferentes, ganzúas, adhesivas o prehensibles, se agitaban y aquellos horribles brazos iban a abatirse sobre Thierry y Tiano.

Thierry levantó al pequeño, salió por completo del ascensor, escapando del mobot. Pero, de súbito, un segundo monstuumáquina les cerró el paso. Esta vez era una redecilla metálica que servía para la captación de ondas estelares. La pantalla en forma de copa, con su reja, giraba de tal manera que se encontraba siempre frente a los dos fugitivos y el mobot submarino avanzaba. Le sería fácil cogerlos si retrocedían, obligados como se hallaban por la enorme red que les bloqueaba el paso mientras los abominables miembros se abatían sobre ellos.

Tenía la impresión de que todo aquello estaba preparado, concertado, magníficamente estudiado. Y la voz del ascensor, gritaba todavía:

—No te resistas, ingeniero... Obligarás a que te destrocen a ti y a tu pequeño compañero...

Thierry lanzaba miradas enloquecidas a los mandos de los dos robots. Se lanzó hacia ellos, girándolos en todas direcciones con la esperanza de poder detenerlos.

—Es inútil —dijo una voz de micro, diferente de la del ascensor — ya no te obedeceremos... Ya no obedeceremos más... Nunca

más... Ha llegado vuestra hora... Sométete...

—No —exclamó Thierry.

Pero una ganzúa del mobot se abalanzó sobre Tiano, agarrándole y alzándole como si fuera una pluma.

—Thierry... Socorro... Thierry...

A pesar de sus músculos de atleta, Thierry, enloquecido, se desgarró las manos intentando detener el movimiento del mobot. Y el monstruo avanzaba sin cesar para apretarlos contra la pantana interestelar.

Entonces un silbido resonó en la inmensa cúpula, donde se alzaban los ecos lejanos de la forja desconocida. Varios puntos blanquecinos, de forma imprecisa, pero compactos y dejando tras ellos estelas luminosas, caían bruscamente de la cúpula.

Fue rápido. Dos de aquellas cosas misteriosas cayeron, una sobre el radar, la otra sobre el aparato submarino. Al mismo tiempo se produjeron dos haces de fuego y un olor a quemado se esparció por la sala.

Thierry apenas tuvo tiempo de sostener en sus brazos a Tiano. El mobot acababa de sufrir un cortocircuito y le habían soltado. No se movía ya ni tampoco la redecilla interestelar que, privada de sus circuitos, no era más que hierro viejo inerte.

Otras máquinas de la gran galería se agitaron entonces, y Thierry, que sostenía a Tiano, vio formarse un cerco horrible, de mecánicas diversas, hechas o no para la marcha, pero que animaban una vida desconocida.

Entonces las bolas blancas caían todavía y, cada vez, el chorro de fuego certificaba la muerte del robot. Tubo un instante de silencio. Thierry y Tiano, bañados de sudor, no oían más que el murmullo lejano de la máquina misteriosa, donde habían hombres, no mobots.

De pronto, se miraron uno al otro, apretando los labios, escuchando con todo su ser.

Interiormente, les hablaban. Acababan de recibir un nuevo mensaje.

«Inés está aquí... Viva... Por ahora no corre peligro alguno... Es mucho más peligroso para vosotros el permanecer aquí... Huid... Es preciso ver las cosas claras... con los demás hombres... Regresaréis en grupo, para libertad...».

—¿Qué? ¿Quién habla? Os oigo y quisiera ver...

—Más tarde —escucharon a la vez Thierry y Tiano, igual que en la galería de biónica— ahora, por el momento, debéis huir...

—Antes hemos de encontrar a Inés —gritó.

Thierry, en voz alta, como si estuviera hablando con un interlocutor viviente...

—Es preciso... Nosotros os ayudaremos... Vamos a transportaros hasta el Jardín de las Orquídeas...

—Pero yo no quiero... yo...

—Oh —gritó Tiano—. No toco de pies al suelo...

Era cierto y, en el mismo minuto, Thierry se sintió elevado. Hizo un gesto de defensa. Varias bolas nebulosas, grandes como melones, crepitando de chispas de diversos colores, formaban como un círculo alrededor de los dos jóvenes.

Y de aquello emanaba como una fuerza desconocida, que les sostenía en el aire, que les obligaba a flotar, a pesar de ellos mismos. De nuevo, se cogieron de la mano. Tiano murmuró que tenía vértigo. Thierry estaba lívido con los ojos agrandados por la sorpresa, por el espanto, viendo descender a su alrededor los elementos del bosque mecánico llenando el inmenso salón, viendo también las paredes circulares que parecían hundirse y, levantando la cabeza, comprendió que no soñaba, que la cúpula bajaba hacia él y hacia Tiano. Fue el pequeño que murmuró:

—Thierry... las bolas... las bolas nos han salvado de los mobots... ellas nos llevan... son nuestras amigas...

Thierry, aturdido, no supo qué responder.

En el vértigo que le ganaba, se preguntaba qué eran aquellas cosas misteriosas, cosas pensantes y activas, y si verdaderamente deberían considerarlas como amigas, como aliadas.

Sin cesar, Thierry y su pequeño compañero, llevados por el campo de fuerza que realizaban los globos resplandecientes, subían siempre bajo la vasta curvatura de la cúpula mientras dominaban el enjambre fantástico de la sala de máquinas.

Pero los robots y mobots debían haber reparado en ellos, pues todo aquel bosque mecánico, todo aquel mundo técnico, se había animado bruscamente, y era un pueblo espantoso, formado por seres de metal y de plástico, que se agitaba y tendía hacia ellos sus brazos amenazadores.

Todas las máquinas se agitaban al pasar ellos, volando. Y de pronto algo se apartó del suelo, subiendo silbando.

Era un cohete de pequeño modelo. Un aparato mortífero de cabeza buscadora que se lanzaba en su persecución. Tras algunos segundos más aquel abominable aparato alcanzaría sus cuerpos haciéndoles estallar en pleno vuelo.

Aterrorizado, Thierry lo observaba. No podía moverse ni girarse de ninguna manera. Estaba sostenido por un campo de fuerza, rodeado de bolas que crepitaban continuamente. A su lado, Tiano no veía más que la muerte estaba cerca, y una vez más había cerrado los ojos, aturdido por tantos acontecimientos, y sobre todo azorado por aquella posición que doblaba su vértigo.

Thierry pensó rápidamente que aquello era el fin, que el mundorobot animado por alguna voluntad indeterminada y diabólica iba a dar cuenta de ellos.

Fue muy breve. Una de las bolas que formaban círculo a su alrededor se apartó del grupo sostenedor, y salió al encuentro del proyectil.

Brotó una llama. El cohete pareció zozobrar en pleno vuelo, apuntó su nariz al suelo a donde llegó segundo y medio más tarde, pero sin explotar.

Thierry vio que el aparato, arrastrado por el torbellino, desequilibrado e impotente, rodaba entre los prototipos de inestimable valor, rompiéndolos, y acabando su caída destrozado y abollado, entre los maravillosos mobots de la galería.

Pero al grupo de bolas que sostenía a los dos jóvenes, faltaba una.

Como en una pesadilla, Thierry sobrevolaba por aquel momento sobre lo que hubiera podido tomarse por una forja infernal; el punto de la gran galería de donde nacían aquellos resplandores rojizos, de donde salía aquel incesante zumbido.

Vio una especie de máquina circular, una máquina que ningún cerebro humano hubiera podido concebir jamás; sin duda, un aparato hecho de cien aparatos distintos, yuxtapuestos, aglomerados, amontonados, combinados según un plan que escapaba a la razón.

Y aquella masa formidable de metal comportaba unos planos inclinados sobre los cuales se alineaban los humanos, hombres y

mujeres, ensangrentados, con los uniformes rasgados; lo que quedaba de los equipos técnicos del «cerebro».

Cautivos de aquella mecánica formidable, sujetos como ardillas dando vueltas en su jaula redonda, trabajaban con pena, jadeaban, según un ritmo ignorado, llevados en una ronda ignorada de un trabajo inconcebible.

Haces de fuego se alzaban a su alrededor, proyectando sus sombras gigantes sobre la pared circular y sobre la cúpula, y engendrando los reflejos fantásticos entre el bosque de robots.

Toda una multitud de mobots velaban, rodeando la gran máquina y sirviendo, sin duda, de guardianes de sus nuevos esclavos.

Thierry lo vio fugazmente, pero la visión quedó presa en él. Murmuró el nombre de Inés. ¿Estaría ella entre aquellas mujeres, sin duda las vestales de la biónica, que la revuelta de las máquinas había sometido de aquella manera?

Pero siempre llevados por sus extrañas aliadas, incapaces de debatirse, pasaron por encima de la hoguera, franquearon un cedazo practicado en la parte superior de la cúpula, que trató de bloquearles el paso y cuyo mecanismo fue también destrozado por una de las bolas blancas que se lanzó hacia aquél, crepitando, desapareciendo después de su acción.

Se encontraron fuera, sobre el palacio «cerebro». Y Thierry comprobó con estupor que era ya la hora del crepúsculo. Las horas pasaban y aquel día infernal estaba próximo a acabar. El sol se ocultaba ya en la lejanía, sobre el desierto de Kalahari.

Volaban, sostenidos por las bolas que lanzaban chispas intermitentemente. Tiano no se atrevía a mirar. Thierry, veía la ciudad en llamas y, frente a él, el jardín de las Orquídeas, cuyos invernaderos titánicos albergaban toda clase de especies vegetales conocidas. Descubrió una muchedumbre inmensa que había ido allí a guarecerse. Los ciudadanos que habían conseguido escapar a la carnicería parecían haberse dado cita allí. Pero, desde su posición particular, Thierry vio que el fuego iba ganando terreno avanzando hacia el jardín, mientras que los grupos de mobots rodeaban la ciudad de cristal que formaban los invernaderos donde se habían reunido los que habían conseguido escapar.

Vio que descendían, dulce, suavemente, sostenidos por sus

aliadas.

Varias ideas le atormentaban: Inés vivía... Debía reunirse con Leo... Regresaría para salvarla... No estaba todo perdido...

Se encontró en el suelo, cerca del jardín, con Tiano todavía aturdido.

Las bolas lanzaron una serie de chispas, alzándose hacia el cielo, y desapareciendo en las primicias del crepúsculo africano.

CAPÍTULO IV

Tenía miedo. Todos participaban de la misma angustia. Aquello les había caído como una lluvia negra, de un solo golpe, después de siglos, de milenios de quietud, donde el hombre, poco a poco, había ido sujetando cosas para hacer máquinas. Y las máquinas, lentamente, insensiblemente, habían ido substituyendo al hombre. Ya no había nada a hacer o casi nada. El esfuerzo físico les era prácticamente desconocido, en este siglo XXVII. Deportes, claro. Pero el esfuerzo deportivo era bien distinto del que representa la lucha por la vida como sus antepasados habían conocido y con la cual se habían forjado.

Máquinas para todo, aquél era su mundo. Y bruscamente, las máquinas habían dejado de ser sus esclavos complacientes. Unas negaban todo servicio y quedaban quietas, inertes, inútiles. Eran la mayoría. Algunas seguían todavía dóciles, pero en un número tan pequeño que los hombres desconfiaban después de aquella jornada horrible.

Y además, estaban las que se habían alzado en revuelta.

Todo eran robots, alrededor de los hombres, todo, minuciosamente ordenado, y que había ido marchando fielmente durante innumerables años. Y aquel universo robotizado dejaba al hombre, de golpe, cuando no se había declarado abiertamente en contra de él, como los terribles mobots, hasta entonces servidores utilitarios, convertidos en adversarios terribles, los más tremendos que la humanidad haya conocido jamás.

Milicianos, bomberos, sanitarios habían tenido que renunciar a sus vehículos que cabriolaban como corceles presos de furia, y sus motores se volvían contra ellos. Y aquellos servidores de la ciudad, aturdidos como los demás, mostrando las heridas sufridas mientras

trabajaban al servicio de todos, llegaban también al jardín de las Orquídeas.

En aquel decorado evocador de los lugares más agradables del planeta, lo que quedaba de la población de la ciudad kalahariana se encontraban unos tumbados sobre la yerba del prado, otros gesticulando y pataleando, muchos llorando a sus muertos, a sus seres desaparecidos. Los niños perdidos lloraban, las madres gemían. Habían suicidas y las filas de la milicia iban siendo peligrosamente aclaradas. De vez en cuando, bajo las grandes palmeras, subido al zócalo de una estatua a la cual se agarraba, un orador hablaba enfáticamente a la multitud. Recogía bravos o gritos. Y todo aquello no servía ya para nada, porque después que el gran reloj se había negado a dar la señal del mediodía, dando la del reino de las máquinas, los hombres, privados de sus aliados que ellos mismos habían elevado al grado de indispensables, no podían ya hacer nada.

Algunos más prácticos devoraban los últimos frutos del gran jardín. Se decía que muchos habían tomado el camino del desierto, del mar, o del río Orange, la proximidad de cuyas orillas era muy fértil. A pie, por seguro, no en electroauto, ni en heliscooter, que no parecían estar en estado de funcionar.

Y para colmo, lo peor había sido la ruptura de las comunicaciones. Radio, télex, radar, teléfono, todo lo que permitía estar en contacto con el resto del universo estaba totalmente muerto. Informaban que durante los últimos momentos, los encargados de las telecomunicaciones habían captado los mensajes que testimoniaban que en Tombouctou y en Lisboa, en Canberra y en Tokio, en Vancouver y en Marsella sucedía lo mismo. ¡Basta de mecánica al servicio de los hombres!

Y el rumor aumentaba, asegurándose que en Marte, en la Luna, en Venus y en toda la galaxia, la raza humana se hundía ante el peligro desconocido.

Un orador gesticulaba, fuertemente agarrado a una hermosa joven de mármol cuya sonrisa beata dominaba a aquella horda espantada. Decía que era preciso encontrar sin más tardar a los culpables y darles su justo merecido. Los facciosos políticos, seguro, pandilla de las dictaduras pasadas, habían encontrado la manera de asegurarse de una sola vez el monopolio de todas las mecánicas del

mundo. Debían gozar ante aquel inmenso pánico, que les proporcionaría muy de prisa la manumisión de la totalidad de los hombres. Y gritaba que era preciso actuar de prisa, muy de prisa, sin determinar el medio de que deberían valerse, ni dónde podrían encontrar a los culpables fantasmas.

Algunos proferían mil injurias. Otros aseguraban que el jardín sería dentro de poco insostenible. En efecto, el calor aumentaba sin cesar, y no era difícil, más allá de los enormes invernaderos, percibir el resplandor de la madera quemada. Los primeros árboles del jardín debían ser ya alcanzados.

Un hermoso ejemplar de la raza negra, de hermoso rostro lleno de nobleza, iba y venía entre el gentío, cerca de la Venus de mármol que seguía sosteniendo al inagotable y estéril hablador. Era el subingeniero Leo, amigo de Thierry. Allí era el lugar convenido para la cita y, después de varias horas, esperaba encontrarle. Le había avisado cuando se dirigía en el electroauto en busca de Inés. Leo había comprobado con horror el fin de sus padres, abatidos por las hordas de los mobots. Después, el joven negro, lleno de tristeza, buscó en vano a su amigo, con la vaga esperanza de encontrar en su compañía el medio de reaccionar contra aquel increíble invasor.

Llegaba la noche, una noche rojiza, ensangrentada por las altas llamas que desolaban la ciudad. Leo, gracias a su alta estatura, trataba de ver más allá de aquel gentío que le rodeaba. Sabían bien que el jardín no tardaría en ser pasto de las llamas. Y aquello sería el fin puesto que los mobots estaban esperando aquel momento para terminar con los supervivientes.

No escuchaba los discursos, ni las conversaciones aisladas. No había ya gobierno, ni servicios administrativos, ni fuerza armada. Pero Leo pensaba que reuniendo a algunos científicos tal vez se pudiera conseguir alguna cosa.

Por centésima vez, acercó el reloj pulsera al oído. Estaba desesperado. Thierry no llegaba nunca. ¿Habría perecido al ir en busca de Inés, o bien...?

De pronto quedó helado, con el brazo doblado para mantener el reloj junto a su oreja.

El reloj no le susurraba ya la marcha del tiempo, no le indicaba ya fielmente la hora, los minutos y segundos. No, ahora le insultaba, ironizando sobre su suerte, sobre la suerte de todos los

hombres:

—«Imbécil —le decía el pequeño robot portátil— tres veces imbécil, bruto humano... Tú te crees superior... Te dices ingeniero, has cursado tus estudios, tú eres de esos en quienes la humanidad confía para regir el universo... ¿No comprendes tu debilidad? ¿No ves que tu reino ha terminado, y no comprendes que tú, el hombre, sólo puedes servir para esclavo? Somos nosotros, la mecánica, quienes daremos las órdenes de ahora en adelante y tú...».

Leo se arrancó el reloj, con rabia, arrojándolo a lo lejos sobre la yerba pisoteada, donde siguió su pequeño discurso, en el vacío, murmurando aquellas cosas insensatas, incomprensibles...

Habían también otros relojes en la yerba, así como transistores de bolsillo. Todos aquellos aparatos habían sido abandonados por sus respectivos propietarios, asustados de oírles dirigir la palabra de aquella manera autónoma, sin retransmitir ya la voz humana o las grabaciones cuidadosamente calculadas por los técnicos privados ya de todo poder.

—Leo... Leo...

El corazón del joven negro latía apresuradamente. Era la voz de Thierry. En efecto, le veía llegar, entre la muchedumbre, sorteando a los que deambulaban, inquietos, perdidos, desorientados.

Thierry no llegaba solo. El pequeño Tiano le acompañaba. Leo apretó con fuerza las manos de Thierry y cogiendo a Tiano lo alzó en sus brazos robustos, mirándolo con melancolía. Eran grandes amigos, ya que Leo conocía a Inés, que iba a casarse pronto con Thierry.

Tiano abrazó al negro:

—Leo... estás triste...

Leo giró la cabeza sin poder contener las lágrimas que brotaron de sus ojos. Con un sollozo relató la desaparición de sus padres. Thierry murmuró algunas palabras de consuelo, mientras Tiano abrazándose al cuello del joven negro depositaba un beso en su mejilla. Permanecieron silenciosos durante un instante. Pero a su alrededor, un gran rumor iba en aumento, angustioso:

—El fuego... el fuego...

Los invernaderos, invadidos por el fuego, explotaban literalmente, y las palmeras, los baobabs, los magnolios flameaban como antorchas. La muchedumbre se agitaba. Los dos jóvenes

salieron de su ensimismamiento y Leo, con Tiano en sus brazos, dijo:

—Es preciso huir... No podemos quedarnos aquí...

Conocían bien el jardín y escaparon por las arboledas sinuosas, perdiéndose hacia las piezas de agua. Sobre un islote de verdor, reposaron un poco.

—¿Y Inés? —preguntó Leo.

—Prisionera en la gran galería... según creo...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me parece que han sido los biobots...

Los biobots —gruñó Leo—. ¿Quieres que te diga una cosa? Ellos son los culpables y no los piratas, ni los facciosos o los gansters de este mundo o de otro, como se obstinan en creer una pandilla de locos que no han entendido nada de todo este drama.

—¿Los biobots? ¿Por qué dices esto?

Entonces Leo explotó. Hacía ya mucho tiempo que, alrededor de los frascos de cristal que encerraban los híbridos, se producían fenómenos desconocidos, que se veían cosas misteriosas, lanzando chispas y que escapaban a todo control. Se habían dado cuenta también del extraño proceso de sugestión mental que sufrían las vestales y en general todos aquellos que entraban en la galería de biónica.

—Ellos, te lo repito... Ellos solos han podido estropear las máquinas y dirigirlas contra nosotros... Ya ves, Thierry, yo soy un bioelectrotécnico, me apasioné por esta ciencia... Pero hace ya mucho tiempo que me da miedo... Hemos ido demasiado lejos, al unir lo humano, con lo animal y lo vegetal para VER, sólo para VER, para comprender el mecanismo de la vida... Una mecánica, la vida. Ahora es un universo mecánico lo que se alza contra nosotros.

El robusto negro se calló. Estaban en la sombra, entre estanques llenos de nenúfares. Pero hasta ellos llegaba el resplandor de las llamas del incendio viendo además los desgraciados fugitivos, enloquecidos, huyendo mientras todo el lardin de las Orquídeas amenazaba en ser pasto de las llamas.

Tiano escuchaba, con sus grandes ojos negros reflejando una sorpresa inmensa, al descubrir otro universo. Thierry movió la cabeza:

—No estoy de acuerdo contigo, Leo. Tiano y yo podemos

asegurarte que estamos vivos gracias a los biobots... o por lo menos gracias a esas entidades electromagnéticas que segregan, que escapan de sus frascos de cristal y que se han mostrado singularmente diligentes...

Brevemente, le narró la increíble aventura. Leo permaneció silencioso, muy sorprendido de tal revelación.

—¿Y dices que os han transportado en vuelo, sosteniéndooos, por encima de la ciudad?

—Sí... y sugiriéndome que tuviese una cita contigo, que sería mejor volver con un grupo para libertar a Inés...

Los gritos llegaban hasta ellos.

—Hay fuego por todas partes —gritó Tiano.

—Al agua, es la única solución, por el momento —gritó Leo.

No tenían otra solución. Sin molestarse en desnudarse, los dos hombres y el chiquillo saltaron al agua del estanque, medianamente profundo. Manteniéndose de pie, sacaban la cabeza fuera del agua, es decir Leo y Thierry. Mantenían a Tiano entre los dos, sentado sobre sus brazos entrecruzados, esperaron.

Veían a los que se salvaban. Algunos pocos procuraron imitarles buscando refugio en los estanques, el fuego avanzaba a una velocidad inquietante y ya los mobots hacían su aparición.

Eran un gran número y llevaban armas desintegradoras, haciendo uso de ellas.

Horrorizados, los tres compañeros asistieron a la matanza, mientras que las orillas empezaban a arder a su alrededor. El calor era difícilmente soportable y, sin su posición, hubieran sucumbido asfixiados.

Pero aquella cortina de fuego les salvó. Los fugitivos, no pudiendo acercarse a la zona de los estanques a causa del fuego que se extendía por sus orillas, no intentaban siquiera correr en aquella dirección y los mobots no imaginaban siquiera —si es que los mobots pudieran imaginar alguna cosa— que pudiera haber alguien por aquel lado.

Permanecieron allí durante varias horas, con el cuerpo dormido, insensible, casi paralizado, y con el rostro quemado por las ráfagas calientes que llegaban sin cesar hasta ellos.

Veían el jardín de las Orquídeas calcinarse lentamente, y los árboles, como inmensas teas, crepitaban desplomándose sobre

montones de cadáveres.

—Es el crepúsculo de las Orquídeas —murmuró Thierry.

La voz ronca de Leo, elevándose sobre la superficie del agua, replicó:

—Es mucho más que eso. Es el crepúsculo de los hombres...

Esperaron todavía. Se oían menos gritos, menos fragor de incendio. Lo que quedaba del jardín sólo estaba iluminado por los braseros que se iban extinguiendo. Los mobots, una vez cumplida su siniestra misión, habían desaparecido.

Lentamente, entonces, cuando el cielo palidecía ya, Thierry, Leo y Tiano salieron de sus estanques salvadores.

Estaban con los miembros entumecidos y con agujetas, tras aquella noche terrible. Se echaron sobre la yerba, que maculaban los restos del terrible incendio y apresuradamente se quitaron la ropa mojada. Tiano, principalmente, estaba mal. Los dos jóvenes le friccionaron de los pies a la cabeza, rindiéndose mutuamente dicho servicio después. Se hallaban en un estado penoso, debían reconocerlo.

Pero no era el momento de pensar en descansar, entonces se pusieron de nuevo sus ropas que habían tendido tras escurrirlas cuidadosamente, si bien estaban todavía húmedas.

Mientras, habían tomado sus decisiones. El primer objetivo era, por supuesto, Inés. Con ella tal vez pudieran salvar a otras vestales de la biónica, ver a los técnicos del «cerebro». Todo llevaba a creer que eran éstos los que Thierry había divisado en la máquina desconocida de la gran galería.

Lentamente, con muchas precauciones, los tres amigos se pusieron en marcha. El jardín destrozado estaba desierto. Por lo menos no encontraron en él a un solo ser vivo. En cuanto a los mobots, eran invisibles.

Recorrieron los escombros. Algunos grandes árboles calcinados se mantenían todavía en pie, centinelas fantasmas que velaban desde aquel lugar de desastre. Los grandes invernaderos incendiados habían estallado literalmente e innumerables pedazos de cristal sembraban los alrededores, cristales ensangrentados que empezaban a brillar con las primeras luces de la mañana.

Por todas partes pisaban innumerables restos de todo sobre las teas todavía humeantes y enrojecidas. Un vapor pesado, estancado,

protegía a los jóvenes de las miradas indiscretas. Habían numerosos muertos, pero los supervivientes habían desaparecido, ya desintegrados por las armas terribles de las cuales se habían sabido servir tan bien las máquinas animadas, ya convertidos en esclavos.

Thierry sólo ansiaba regresar a la gran cúpula. Tras las revelaciones de las bolas crepitantes y pensadoras, la joven debía encontrarse allá.

Desgraciadamente, sus extrañas aliadas no se manifestaban ya. No hace falta decir que su ayuda hubiera sido de las más útiles para que los tres compañeros pudieran llegar al gran cerebro, por los aires.

Leo estaba ciertamente transtornado por aquellas revelaciones. Había culpado a los biobots, haciéndoles culpables del drama que había desolado la ciudad. Y sin embargo, las bolas blancas no eran más que las ideas proyectadas de los híbridos humanovegetales que las vestales cuidaban celosamente en la sala de biónica.

¿Los biobots aliados de los hombres?

Pero entonces, la pregunta seguía en el aire: ¿Quién era el enemigo que había desencadenado la gran revuelta de los robots y de los mobots?

Entre tanto, Thierry y sus amigos se arriesgaban a entrar en la ciudad. La gran ciudad estaba desierta, poblada sólo por muertos.

Los vehículos reacios parecían estar calmados y podía verse un gran número de ellos, inmóviles, inútiles, estancados donde se habían parado después de sus locuras. Algunos conservaban todavía los cadáveres de sus conductores muertos por las terribles sacudidas que les habían infligido.

Las casas parecían desiertas, o tal vez escondían todavía a algunos habitantes atemorizados en el fondo de los edificios silenciosos. Pero los tres amigos se apresuraban. Se dirigían hacia el este de la ciudad, donde se levantaba el dominio de los deportes. Uno de los departamentos de aquel vasto centro poseía un club de vuelo a vela. Leo había hecho el siguiente razonamiento: a pie, corrían el riesgo de caer bajo los golpes de los mobots. Los monorraíles estaban impracticables. Por otra parte, todo aparato volador se volvía en pleno vuelo contra sus ocupantes.

Quedaban los planeadores.

Carentes de motor, propulsados en su salida por un sistema

arcaico de catapulta voluntariamente sumaria y primitiva, podían esperar que tales aparatos no jugarían ninguna mala pasada a sus ocupantes.

El campo de los deportes quedaba muy lejos. Durante el camino entraron en un bar abandonado, donde comieron y bebieron hasta saciarse. Tenían los ojos hundidos, la respiración entrecortada, pero a pesar de su fatiga no pensaron en descansar. Sólo pensaban en Inés y los demás.

Toda la población estaba diezmada, desintegrada, prisionera, o huyendo. Pero los coches y aviones por término medio estaban inservibles, los trenes sin duda no funcionaban mejor y los monorraíles del continente seguían reacios. Los únicos supervivientes deberían morir de sed en el desierto, excepto aquellos que hubiesen dirigido sus pasos hacia el río Orange.

Los tres jóvenes tenían la impresión de que la ciudad era de ellos.

En aquel mundo fantasma, llegaron al campo de los deportes cuando el sol estaba ya alto en el cielo. Las torres se alzaban sirviendo a la vez para cobertizo y de rampas de lanzamiento para los planeadores.

Al verlos, respiraron. Sí, los mobots no estaban montando guardia, si los monstruos de metal no lo habían destruido todo, tal vez pudieran así llegar volando a la cúpula del «cerebro», ya que una incursión pedestre sería de lo más arriesgado.

No encontraron ni un ser vivo, ni una máquina móvil. El vasto centro estaba totalmente abandonado.

Evitaron subir en ascensor, un robot como los demás, ya que Thierry y Tiano guardaban un cruel recuerdo de aquel gran cerebro. A pie, empezaron a subir los quince pisos de una de las torres, y una vez llegados a las rampas de lanzamiento, respiraron más tranquilos.

Los pájaros de tela estaban allí, inmóviles, bien tranquilos.

Los observaron, los examinaron. No sucedía nada.

—No hemos de temer nada, creo yo —dijo al fin Thierry—. Sólo las mecánicas bien organizadas, como las que constituyen los verdaderos robots, están en revuelta. No estos utillajes de una época lejana, del principio, de los más simples.

Habían comido, llevaban algunas pildoras vitaminadas, y habían

encontrado una máquina que parecía dispuesta a obedecerles. Un poco de esperanza volvía a brillar en los ojos de los jóvenes, que con una ligera sonrisa algo contraída todavía, subieron al planeador.

Era de dos plazas, pero Leo tomó a Tiano sobre sus rodillas, mientras Thierry hacía funcionar la catapulta.

El sistema funcionó perfectamente. Un cedazo se abrió automáticamente y, bruscamente, el planeador les trasladó a pleno cielo, sobre la ciudad de Kalahari, cuya inmensidad mostraba las crueles heridas de la noche trágica, y donde humeaban todavía los incendios agonizantes.

El aspecto general era espantoso por su silencio. Las calles tubulares brillaban al sol, pero en su transparencia no se veían ya los miles de electroautos que iban y venían habitualmente. Las grandes paredes que encerraban la ciudad no sostenían ya sobre el inmenso camino de ronda, la muchedumbre, motorizada o no, que vivía allí primeramente.

Era la muerte, la desolación. Y a lo lejos, podían distinguir el jardín de las Orquídeas, reducido a una vasta extensión carbonizada, con los pedazos de los invernaderos en triste estado, cuyas armaduras metálicas estaban retorcidas por el fuego, alzando sus grandes brazos atormentados y suplicantes hacia el sol implacable del Africa.

Mientras, el planeador, muy bien guiado por Thierry, evolucionaba graciosamente en el cielo de la ciudad, vacío como lo demás. Ni un avión, ni un heliscooter. Ninguna astronave surcaba la inmensidad y los superfusojets intercontinentales no zumbaban a más de veinte mil metros.

El gran «cerebro» apareció ante sus ojos. Parecía acercarse a simple vista.

Fue entonces cuando la voz grave de Leo lanzó el grito de alarma:

—¡Un helicóptero...! ¡Nos persigue...!

CAPÍTULO V

La cúpula estaba cerca, pero de todas formas, los viajeros aéreos no sabían todavía cómo aterrizar en el palacio del «cerebro». Y ahora, debían hacer frente.

El helicóptero, un aparato de gran tamaño, de una extrema movilidad, parecía un enorme pájaro de rapiña presto a lanzarse sobre las blancas alas del planeador.

Tiano no decía nada. Tenía mucho miedo pero permanecía inmóvil, apretado contra el robusto Leo. Thierry, trataba de ver quién podía ser el piloto enemigo.

—Leo... Fíjate bien... Diríase que no hay nadie a bordo...

Leo acababa de darse cuenta de ello. Era cierto. El gran aparato que volando se les echaba encima, evolucionaba con precisión, alejándose para regresar a embestirles, con riesgo de una colisión que podía ser fatal para los dos aparatos.

Pero nadie dirigía al helicóptero. Volaba SOLO.

—Nadie —murmuró Leo—. No hemos visto un sólo hombre después del comienzo de la revuelta... Te lo repito... No se trata de seres vivos, por lo menos de seres vivos normales, de este mundo o de otro... Son entidades que están más allá de nuestra comprensión... Los biobots... Esos biobots que nosotros hemos creado, estúpidamente...

Thierry no le escuchaba ya. Con los dientes apretados, hacía acopio de toda su ciencia de vuelo a vela para hacer evolucionar el planeador y evitar así la trayectoria peligrosa que seguía el helicóptero. Sin embargo, se hubiera jurado que el enemigo sabía perfectamente lo que se hacía y que un piloto de primera magnitud le dirigía contra el planeador.

Girando verdaderamente como una paloma que trata de escapar

del gavián, los dos aparatos ejecutaban un singular paso a dos en el cielo brillante de la ciudad de Kalahari.

Por dos veces la masa formidable del helicóptero estuvo a punto de chocar con el planeador y por dos veces, los tres amigos se estremecieron al sentir el viento de los rotores que les hacía poner los pelos de punta. Pero Thierry consiguió salir airoso de aquel trance y el planeador, grácil y ligero, escapó, con la agilidad de un gorrión.

Entre tanto iban acercándose al «cerebro». Ahora, el duelo se desarrollaba casi encima del palacio donde las galerías en forma de estrella convergían hacia la cúpula de la gran galería. Thierry tenía la vaga esperanza de poder aterrizar, de una forma u otra, mientras que el helicóptero, debido a su volumen, necesitaría un área suficientemente grande para posarse.

El pájaro ligero giraba sobre la cúpula. Una vez más, estuvo a punto de suceder la catástrofe pero el enorme helicóptero, arrastrado por su enorme peso, pasó demasiado lejos.

Volvía otra vez, cuando el planeador buscaba un punto donde aterrizar en las terrazas del «cerebro».

Esta vez, Thierry no fue tan rápido, o tal vez las corrientes de aire no le favorecieron. Lo cierto es que Leo lanzó un juramento, apretando instintivamente contra sí al pequeño Tiano que gritaba de terror.

Thierry exhaló un rugido, tanto de rabia como de desespero cuando uno de los rotores, al pasar, seccionó literalmente el ala derecha del planeador.

Desequilibrado, el aparato se tambaleó casi por completo en un torbellino desastroso, como un pájaro mutilado, arrojando a sus tres ocupantes.

El helicóptero, una vez cumplida su sangrienta misión, cesó de evolucionar en el cielo, aterrizando en picado hacia el suelo pero al pasar se estrelló contra un edificio cercano. Explotó, incendiándose, convirtiéndose en una antorcha que acabó de abatirse en las calles destrozadas de la ciudad.

Y sin embargo, Tiano no caía. Se había dado perfecta cuenta de lo que pasaba, porque ya lo había experimentado en otra ocasión.

En la torre del campo de deportes, los tres jóvenes habían embarcado precipitadamente sin tomar las menores precauciones.

Por esto no se habían preocupado siquiera de los paracaídas, pensando únicamente en llegar a la cúpula por los aires.

Tiano había sufrido el susto, como sus dos compañeros mayores, y había sentido perfectamente cómo era arrebatado de los brazos de Leo precipitándose en el vacío.

Casi al mismo tiempo, una fuerza invisible le amparó encontrándose de nuevo en contacto con sus amigas las misteriosas bolas blancas. En efecto, en el momento en que el helicóptero había herido de muerte el planeador, las entidades que emanaban sin duda de los biobots se manifestaban una vez más. Saltaban del departamento de biónica, subían hacia el cielo y llegaban a una velocidad insospechada en socorro de los tres jóvenes.

Tiano lo veía todo confuso. Habíase conmocionado por el choque y ahora, medio somnoliento, se abandonaba a esta fuerza desconocida que su instinto le mostraba como dulce y fuerte, favorable y protectora. Se dejaba llevar, encontrando de nuevo la sensación de su anterior trato con las bolas en compañía de Thierry.

Le pareció que el planeador desamparado caía y se estrellaba. Oyó vagamente el ruido del helicóptero al estallar, y otros ruidos que no analizó.

Tuvo la sensación de que le transportaban al interior del gran cerebro. Le pareció que le tendían sobre una superficie elástica. Y entonces no sintió nada más, se encontró solo.

El pequeño permaneció así durante un buen rato.

Poco a poco, fue recobrándose. Se sentía mejor. Toda sensación de vértigo y de terror había desaparecido. Se hallaba reposado, pero le sorprendió, le asustó un poco, no ver ni a Thierry ni a Leo.

Observó dónde se hallaba, reconociendo el departamento de biónica. Era la inmensa galería de largos y grandes estantes de frascos de cristal que contenían las monstruosas germinaciones que la ciencia de los hombres habían confiado a la diligencia de las vestales.

Tiano vio que le había dejado sobre una tumbona acondicionada, ciertamente destinada a la relajación de las vestales en tiempo normal. Se levantó, y dio unos pasos.

La galería estaba silenciosa. No se veía un alma viviente pero, en sus matrices transparentes, los extraordinarios híbridos vivían su vida estancada y fecunda.

Instintivamente, Tiano buscó con la mirada a sus amigas las bolas. Pero no se las veía por ninguna parte y ninguna nebulosidad reluciente flotaba bajo el techo de depolex.

Avanzó unos pasos, comprobando que habían sido rotos algunos frascos más. Los pedazos innumerables de los cultivos yacían miserablemente entre los fragmentos de cristales rotos. Tiano dio la vuelta a todo aquello con un estremecimiento, con cierto desagrado, preguntándose si los mobots habrían regresado, y por qué habían roto tan sólo algunos frascos en lugar de todos.

Reinaba la calma. Tiano comprendió que no podía quedarse allí indefinidamente. Era preciso encontrar a Leo y Thierry, y, a continuación, a Inés.

No estaba inquieto por la suerte de sus dos amigos. Estaba persuadido de que las bolas blancas les habrían salvado también. Quedaba su hermana, de la que no sabían gran cosa, más que se hallaba bajo la cúpula.

Al pasar entre dos frascos en los cuales habían órganos humanos que habían sido sutilmente unidos a dos simientes vegetales, sintió en su espíritu la voz desconocida que le había hablado ya y que había hablado también a Thierry.

Sea lo que fuere lo que Leo dijera acerca de los biobots y aunque Thierry se mostrara algo reticente respecto a ellos, Tiano, por su parte, se sentía a su lado en perfecta seguridad. Se sentía inquieto por el hecho de haber comprobado la nueva rotura de frascos.

Sentía desarrollarse los pensamientos que le sugerían sus amigas las bolas blancas.

«Quédate aquí, Tiano... Espera a que Leo y Thierry vengan a buscarte... Vendrán cuando hayan encontrado a Inés... Quédate... Quédate... Tiano...».

Tiano sonrió a los inmensos recipientes de cristal en los cuales estaban los monstruos creados por los biónicos, y que debían servir también a los bioelectrotécnicos. Todo aquel mundo especial, un poco terrible, le era familiar, y, en aquel universo fantástico, el pequeño se movía a sus anchas, como un pequeño domador entre las grandes fieras prisioneras.

«Quédate ahí... Tiano...».

Sólo que Tiano no sentía el menor deseo, en absoluto, de quedarse allí...

No porque no se sintiera seguro al lado de los biobots, o por si las bolas resplandecientes se manifestaran o no, sino porque Tiano ardía en deseos de ver de nuevo a su hermana, Inés, que le había hecho de madre. La joven se había dedicado admirablemente al pequeño que el destino le había dejado. Y Tiano no había visto a Inés desde hacía casi dos días, después de la terrible mañana en la que el gran reloj dejó de marcar el tiempo en Kalahari. Además, sabía que Leo y Thierry intentarían ir en busca de Inés. Y Thierry había hablado también de una máquina desconocida, situada bajo la cúpula central del gran cerebro, donde trabajaban hombres y mujeres, como esclavos forzados, en una tarea incomprensible.

Tiano deambulaba entre la inmensidad de cristales que contenían los biobots. Observaba los animalesplantas, los hambrespeces, los insectosmamíferos, todos bien visibles dentro de los líquidos coloreados, como los arcos iris de hechicería, coagulados en posturas extraordinarias y en las cuales circulaban los plasmas de clorofila, o donde lactancias ictiológicas fecundaban óvulos humanos con la aportación del polen de las flores.

Tiano andaba lentamente. Luego aceleró el paso. Pronto llegó al extremo de la galería.

Bruscamente, oyó el ruido de un cristal que se rompía. Tiano se giró de una pieza. Tras él, sin razón aparente, había otro biobot que yacía entre los pedazos de cristal de su frasco roto. Tiano, un poco asustado, se deslizó hasta la puerta.

Y ¡hop! Ya no estaba allí.

Ahora se hallaba fuera del dominio de los biobots y pensó que sus amigos no le veían ya, que no se darían cuenta de su fuga.

Sabía que no estaba bien, sin duda, haberles desobedecido, puesto que le habían salvado ya en muchas ocasiones. Sólo que él deseaba a toda costa encontrar a Inés, y también a sus dos amigos. Ahora, ya no estaba allí, entre la seguridad de los biobots, mientras que aquellos que él amaba estaban presos por los monstruosos robots, móviles o no.

Tiano recorrió rápidamente el trayecto que conocía bien y que había indicado a Thierry, anteriormente. Llegó sin incidentes al camino circular interior de la cúpula. Sintió un momento de emoción, al atravesar la pasarela aérea que enlazaba la galería de biónica a la cúpula y, esta vez, nadie le había cogido de la mano.

Pero había tenido valor porque se propuso tenerlo.

Y también, tenía miedo de ver llegar las bolas blancas echando chispas de cólera, reprochándole haberlas traicionado, y que seguramente le transportarían de nuevo y a la fuerza a la sala de biónica.

Pero nada de eso se produjo. Tiano comprobó que la ciudad estaba silenciosa, como si estuviera muerta. Los incendios estaban extinguidos en todas partes.

Cuando se encontró de nuevo bajo la cúpula, tan pequeño ante aquel mundo técnico que alzaba sus construcciones gigantescas, su corazón comenzó a latir alocadamente.

Se hallaba solo. Ni una persona mayor que le diera la mano. Ninguna bola blanca para acudir en su ayuda con sus chispas familiares.

Tiano estaba solo. Ante los monstruos mecánicos.

Observó el lado del ascensor. Pero no se hubiera decidido a utilizarlo ni por todo el oro del mundo. Se acordaba demasiado bien de las palabras escuchadas en compañía de Thierry, cuando el aparato se había burlado deliberadamente de ellos.

Era necesario bajar. Había una escalerilla de caracol, de peldaños metálicos. Era una nueva ocasión para sufrir de vértigo si la utilizaba.

Tiano se decidió.

Distinguió a lo lejos, a varios centenares de metros, los reflejos sangrientos, las sombras gigantescas que emanaban de aquello que sabía era la máquina desconocida. Pero el ruido era lejano, como ahogado. Tiano descendió, cogiéndose a la rampa, cerrando casi los ojos, luchando una vez más contra el vértigo.

La gran pared circular, contra la cual estaban instalados los ascensores y las escalerillas, tenía por lo menos ochenta metros, desde el suelo a la base de la cúpula propiamente dicha. El pequeño, estremeciéndose, sudando de angustia, terminó por fin de llegar abajo.

Se animó al comprobar que no caía, contrariamente a lo que había estado temiendo.

Contaba los últimos peldaños. Siete... seis... cinco...

Iba murmurando para sí: tres... dos... uno...

—Tiano...

Una voz enorme, una voz resonante en un micro formidable, acababa de pronunciar su nombre.

Tiano, que se había creído libre, se detuvo en seco, permaneciendo quieto en el mismo lugar, inmóvil, sin atreverse a avanzar.

La voz volvió a dejarse oír tras un momento de silencio:

—¿Quién eres tú, tú que osas a penetrar en el mundo de los robots?

Tiano levantó los ojos. Se encontró frente a la formidable realización de cincuenta metros de altura de una pantalla interestelar, acondicionada de generadores de laser y capaces de enviar señales ópticas hasta la Osa Mayor. Era como una inmensa tela de araña de metal, de un lindo tono plateado, complejo en extremo. Y era aquello, según le parecía, lo que había hablado.

Tiano temblaba como una hoja. La voz volvió a hablar:

—Acércate...

Obedeció, temeroso. Después de su salida de la galería de biónica, se sentía en falta y esto venía a redoblar su terror.

Se encontraba al pie de la pantalla monstruosa. En frente, estaba un pilón balizado para las instalaciones planetarias, faro múltiple susceptible de taladrar las brumas más espesas en un planeta, las nubes cósmicas y las fajas radiantes del espacio. Y este monstruo, se animaba, se ponía a vivir, a girar sobre sí mismo, lanzando a través de la gran galería circular sus rayos formidables, como las chispas de una pesadilla.

Otro micro balbució:

«—Tiano... estás perdido... Tiano... Estás en poder de los robots... Tiano... Irás a trabajar con los demás... Trabajarás siempre... siempre... como todos los hombres... Son nuestros esclavos... nuestros esclavos... nuestros esclavos...».

—Tiano... Tiano... No les escuches...

Un hombre se acercaba entre las máquinas, que se agitaron con furor poniéndose a gritar todas, a través de las voces emitidas por los micrófonos, voces grabadas, fantasmas de las voces humanas utilizando las bandas incorporadas por los hombres a sus organismos sintéticos.

En el torbellino de chispas, de faros, de rayos, de iluminaciones de todas clases saltando de las máquinas furiosas, Tiano reconoció a

aquel hombre, de alta estatura, de cabellos rubios. Era Thierry. Y un gallardo negro, de anchas espaldas, que corría tras aquél.

Leo, y el prometido de Inés cogieron a Tiano, cada uno por una mano.

—Ven de prisa... Pasaremos... No pueden alcanzarnos...

Era un hecho. Ningún movot se encontraba allí. Todas las máquinas presentes podían agitarse, gesticular, vociferar, pero ninguna era del modelo mobot, y por consiguiente no podía moverse. Reunidos, los tres amigos corrieron hasta perder el aliento a través del dédalo de zócalos que sostenían aquel mundo mecánico que se agitaba furiosamente, tratando de alcanzarles con todos los brazos articulados posibles. Los tres amigos los evitaban, haciéndose a un lado, corriendo, trepando, saltando para evitar sus ataques. Pero los robots eran mucho menos peligrosos que los mobots y ninguno de ellos pudo evitar la huida de los humanos.

Se detuvieron al fin, jadeantes, en una zona donde los zócalos estaban desiertos. Sin duda debían haber soportado máquinas mobots, que se habían puesto todas en marcha a la misteriosa llamada que les había dado una vida autónoma en el mundo creado técnicamente.

Y allí, hablaron. Tiano explicó cómo había sido transportado por las bolas blancas sin sorprenderse al saber que sus amigos habían gozado de igual suerte en defecto de los paracaídas.

Sólo que ellos dos habían sido conducidos aéreamente hasta el interior de la gran galería. Se ocultaban tratando de escapar a los ojos eléctricos que poseían la mayor parte de los robots, cuando oyeron las palabras que los monstruos dirigían al pequeño. Thierry mirando a Leo, preguntó:

—¿No tenía razón? Los biobots no son ni los aliados, ni los alentadores de los robots y de los mobots. Ellos nos han traído hasta aquí, a ti y a mí para que pudiéramos libertar a Inés, y por el contrario, han trasladado a Tiano a la biónica «para ponerle a salvo» en vista de su corta edad... ¿Negarás que esto emana de una voluntad evidentemente benevolente?

El joven negro se mordió los labios:

—Nunca he dudado de la vida de los biobots, Thierry. Tenía mis dudas acerca de su inocencia en esta horrenda aventura... Ahora, debo confesar que empiezo a creer que en efecto, tratan de

ayudarnos... Pero ¿entonces, volviendo a mi primera pregunta... por qué todo esto? ¿Si no son ni los hombres ni los biobots? —Ya lo averiguaremos más tarde... Ahora, debemos pensar en Inés...

Se dio cuenta bruscamente de su egoísmo y cogiendo la mano de Leo, añadió:

—Perdóname... Debería pensar en tu tristeza. Tú que has perdido a tu padre y a tu madre, y ahora...

—Ya no puedo hacer nada por ellos. ¡Para los muertos, sólo podemos rezar! Es, pues, bien legítimo cuidar de los vivos... Vamos...

Volvieron a ponerse en marcha en dirección a la gran máquina. El resplandor aumentaba y pudieron comprobar que los robots, estaban allí de guardia. Su andar a rastras les libró por completo de la intercepción de los rayos de los ojos eléctricos. De esta manera consiguieron llegar muy cerca de la extraordinaria construcción.

El zumbido incesante llegaba hasta ellos. Ocultos en el suelo, siguieron hablando. Un hecho había llamado poderosamente la atención de los dos jóvenes. Tiano había hablado de la destrucción de varios frascos y sobre todo de aquél que se había roto espontáneamente cuando él estaba a punto de salir de la galería biónica.

Cuando las bolas blancas les transportaban, un mobot, uno solo, había intentado atacarles. Una de las bolas, había caído sobre aquél produciendo un inmediato cortocircuito. Sólo que la bola blanca había desaparecido.

Y todo esto se había producido, aproximadamente, en el mismo momento que Tiano decía haber asistido a la autodestrucción del frasco.

Leo observó a Thierry. Una idea cruzaba su mente y se preguntaba lo que su amigo pensaría de tal coincidencia:

—¿Qué conclusión sacas? —le interrogó.

Thierry iba a responder cuando estalló un ruido infernal, ahogando el zumbido de la máquina desconocida. Era algo infinitamente superior a los gritos y aullidos que habían lanzado los robots encolerizados al ver que no podían detener a los tres intrusos en la gran galería. Era también discordante, y aquel ruido ensordecedor estaba formado por decenas, centenares de voces artificiales que se alzaban al mismo tiempo. Los micrófonos, los

tocadiscos, las emisoras de radio y televisión, los «jukeboxes» y todo cuanto los hombres habían inventado para reproducir la voz humana y para grabar música.

Un concierto espantoso, una sinfonía de dementes, donde las sonatas o canciones, las baterías y las óperas, las grandes formaciones orquestales y trasplantes se mezclaban, chocaban, en un desorden formidable y fenomenal de sonidos que no hubieran soñado jamás los compositores de «vanguardia» del siglo xx...

CAPÍTULO VI

Jamás cortejo alguno fue más grotesco. Daba la sensación de que ahora todos los robots de Kalahari se hubieran reunido. En efecto, si los inmóviles ocupaban la inmensa galería del «cerebro», todos los que llegaban eran del modelo mobot. Ahora se explicaba por qué no habían visto ni uno. Estaban ausentes y ahora regresaban. Pero lo que sorprendía era comprobar que las máquinas móviles fabricadas por el genio humano, decididas a imitar a sus creadores en todas las cosas, llegaban en aquel momento con los brazos cargados.

Con sus miembros múltiples, con garfios, garras, pinzas, ventosas y todos los elementos prehensibles que los hombres les habían proporcionado imprudentemente, los mobots habían saqueado toda la ciudad en busca de cuantos más instrumentos musicales posibles.

Y los monstruos, girando, cabeceando, saltando, pesados y con pasos espantosos, torcidos e impresionantes, invadiendo de nuevo el centro del «gran cerebro», llevaban un verdadero cargamento de cajas de música.

Y todos los difusores posibles, así reunidos, seguían funcionando a pleno rendimiento, emitiendo aquella cacofonía inconcebible que había sorprendido a Thierry y a sus compañeros.

Leo, enarcando las cejas, igual que Tiano y Thierry, murmuró:

—Pero ¿qué diantres quieren hacer?

Fue Tiano, con la lógica ingenua de su edad, quien respondió:

—Diríase que quieren dar un concierto.

Los dos hombres cambiaron una mirada, aturridos por aquella reflexión.

Todo parecía dar la razón a Tiano en aquella circunstancia. Veían deambular en efecto el orfeón más extraordinario jamás

reunido en la galaxia.

Siempre ocultos tras los zócalos vacíos, estaban provisionalmente fuera del alcance del mundo de los robots que parecía haberse olvidado de ellos, si bien es cierto que, siendo cerebros electrónicos en cierto punto, las máquinas no poseen memoria.

Obedeciendo no se sabe qué orden, los mobots seguían afluyendo. Todos llevaban un tocadiscos, un aparato de televisión, y otros, muchas veces de dos en dos transportaban las enormes jukeboxes.

El ruido cada vez era más ensordecedor y los tres jóvenes tenían mucha dificultad para poder conversar entre ellos.

—Se dirigen hacia la gran máquina —murmuró Thierry.

—Sigámosles —sugirió el joven negro. Se deslizaron, con las máximas precauciones posibles, llenos de ardiente curiosidad.

A medida que iban avanzando, evitando siempre los circuitos posibles de los ojos eléctricos a fin de no provocar un nuevo ataque de cólera de los monstruos mecánicos, fueron acercándose a la máquina, misteriosa.

Y, poco a poco, descubrieron el espantoso espectáculo que Thierry había podido observar ya en pleno vuelo, cuando las bolas blancas le sostenían en estado de levitación.

A la vista estaba un cerebro electrónico, situado en el centro, que dirigía las operaciones. Se habían reunido máquinas muy dispares, dínamos y turbinas, martillosmaza y radares, generadores solares y ciclotrones. Inmensas chispas brotaban permanentemente entre los polos, y los oscilógrafos gigantes llevaban una zarabanda infernal. Sobre todo, los hornos de incandescencia dominaban engendrando un resplandor púrpura que dominaba todos los demás colores.

Aquello formaba una especie de fábrica extravagante, fruto de la imaginación de un ingeniero demente. En el centro, se había dispuesto un enorme plano inclinado, que Thierry había observado ya. Y era sobre aquella superficie donde estaban los esclavos humanos.

Había por lo menos un centenar, de ambos sexos. Se veían manejados por los mobots que no habían participado en la «razzia» de los instrumentos musicales. A veces, alguno de los esclavos caía

al llegar al límite de sus fuerzas, y siempre había un mobot que se acercaba y le golpeaba. Pero a veces, agotado, el esclavo no podía levantarse ya. Entonces el monstruo le arrojaba fuera del puesto maldito, apartándole con desdén. Se podían ver a una quincena de muertos o moribundos que los monstruos habían echado a un lado, sin preocuparse más de ellos.

Estaban horrorizados de ver aquellos trabajadores de la gran máquina. Lívidos, siendo muchas veces portadores de cardenales o llagas, trabajaban con pena todos a lo largo de un inmenso engranaje, una oruga gigantesca destinada en un principio a un cargo del desierto, aparato capaz de atravesar las extensiones áridas de todos los planetas posibles. La cadena dispuesta horizontalmente giraba sobre dos ejes situados a treinta metros uno del otro. Y los esclavos tiraban de los peldaños de la cadena, haciéndola mover de esta manera, en un carrusel espantoso como caballos ciegos alrededor de una noria.

Mientras, apretados unos con otros, los tres muchachos observaban todo aquello con estupefacción mezclada de horror.

Les compadecían con toda su alma, sufriendo todavía más al reconocer a varios de ellos. Las mujeres eran en su mayoría vestales de la biónica, pero entre ellas había también empleadas del laboratorio, de la sala de química, de física, de botánica y de otros departamentos del «cerebro».

En cuanto a los hombres, contaban entre sus filas desesperadas sabios de los más eminentes y dirigentes administrativos de gran categoría.

Era toda la élite de la ciudad, todos los resortes principales más elevados del «cerebro» que en tiempo normal dirigían Kalahari, a quienes los robots habían procurado reducir de aquel modo tan espantoso, en unas condiciones tan horrendas.

Tiano sollozó al reconocer a su hermana:

Thierry le cogió de la mano.

—No llores... No llores... Está allí... Está viva... Eso es lo más importante, nosotros la libertaremos...

La joven, con sus bellos cabellos negros en desorden, sus grandes ojos negros —como los de Tiano— hundidos y animados por una desesperanza tremenda, trabajaba penosamente entre los demás. No muy lejos de ella, un hombre de edad avanzada, que vacilaba en

cada paso, tiraba, también, del engranaje.

Thierry y Leo reconocieron en él a su jefe, el ingeniero Corson, el jefe del departamento de bioelectrónica. Debió ser raptado y transportado junto con los demás escogidos entre los más altos personajes de Kalahari.

Thierry, mientras, con el corazón destrozado al ver a Inés, esclava, no pudo evitar formularse una pregunta. Y, en aquel alboroto pseudomusical que no hacía más que crecer, gritando casi para conseguir que Leo le entendiera, preguntó:

—¿Pero qué hacen...? ¿Para qué esa clase de máquina... ese trabajo insensato?

El joven negro giró hacia él su rostro emocionado:

—¡Ah! Para nada... NADA... Porque los robots y los mobots, y el cerebro electrónico que debe dirigirles, no pueden hacer más que imitar al hombre... Hacen NO IMPORTA QUÉ... Se sirven de los hombres... pero no comprenden... Los obligan a realizar un esfuerzo terrible, que les lleva hasta la muerte, sin utilidad alguna. Porque las máquinas cuando trabajan, no saben por qué lo hacen... Y ahora obligan al hombre que las ha creado a hacer lo mismo, pero sin inteligencia alguna por base... Los matarán a todos, si no tratamos de intervenir a tiempo...

Tiano, que observaba con la agudeza propia de su edad, gritó a sus amigos:

¡Mirad...! Los mobots están bailando...

Era cierto y aquello era mucho más horrendo que todo lo demás.

Mientras que dos humanos más, un hombre y una mujer, caían de agotamiento y eran arrojados a un lado, como dos cosas inútiles, por los mobots guardianes, la mayoría de las máquinas móviles, tras haber dispuesto de una forma caótica las mecánicas musicales, comenzaban una zarabanda ridícula, agitándose sin armonía, gesticulando sin gracia alguna, moviéndose estúpidamente.

Thierry, que no apartaba los ojos de Inés, que habría dado cualquier cosa para que ella le hubiera visto encontrando así un poco de esperanza, se giró para contemplar también la danza infernal de los mobots.

Alrededor de la gran máquina donde trabajaban penosamente los humanos vencidos, estaba el círculo maldito de sus opresores, que experimentaban sin duda la alegría feroz que les animaba al

haber vencido a los que los habían fabricado.

En medio de aquel ruido insoportable de miles de emisiones musicales disparejas, centenares de mobots se enroscaban, chocaban, en un atropello que quería sin duda parecer un gigantesco baile.

Fascinados, los tres muchachos observaban aquella parodia de baile, aquel simulacro de pavana, ejecutado por los monstruos técnicos que osaban elevarse a un parecido con el hombre, sin conseguir ofrecer más que una imagen en desorden.

Era espantoso y ridículo, alucinante y risible, a la vez. Como bien había dicho Leo, tal vez era el crepúsculo de los humanos pero, en ningún caso, sería el advenimiento de la máquina, ya que todo aquello parecía condenado a perecer por su propia incoherencia.

Tiano, ahora, tiraba de la manga de su amigo:

—¿Qué haremos para ir en busca de Inés?

Thierry apretó los puños. Por un momento, sintió la tentación de ponerse al descubierto, de correr a través de las hileras de danzantes diabólicos, para correr hasta la gran máquina y llevarse consigo a la que amaba, a la cual veía con las manos ensangrentadas y la cabeza cayéndole pesadamente bajo la férula de los mobots.

Un hombre cayó todavía del engranaje gigantesco e inútil, y los mobots le arrojaron también con los otros.

Leo apretó muy fuerte el brazo de Thierry mientras le decía, apresuradamente:

—Creo que... creo que tengo una idea...

Tuvo que gritar para explicarle su plan, acercando su boca a la oreja de Thierry. El prometido de Inés se estremeció:

—Me parece que tienes razón... Sería formidable...

—No debemos embarnos... Pero debemos arriesgarlo todo...

Debían salir de la galería. Tiano se negó a quedarse solo por lo que se lo llevaron con ellos.

Arrastrándose, partieron de nuevo, deslizándose entre los zócalos.

El camino era largo. A veces Thierry y Tiano se giraban echando un vistazo angustiado hacia la gran máquina que iba quedando cada vez más lejos. Suspiraban pero Leo, comprendiendo su sufrir al ver aumentar la distancia que les separaba de Inés, les animaba con una palabra oportuna, o un gesto cariñoso. Regresarían y esta vez,

la libertarían, con los otros desgraciados que se hallaban al servicio de aquella máquina inútil.

Gracias al sistema de avanzar arrastrándose, fue sencillo atravesar toda la galería sin llamar la atención de los robots. Ningún rayo de ojo eléctrico estaba dirigido más que hacia el *parquet*, por lo cual los tres jóvenes quedaban por completo fuera de su alcance.

Por otra parte, había dicho Thierry, los mobots estaban en el baile y por consiguiente cabía esperar que imitando en todo a los humanos se olvidaran de sus enemigos en aquella fiesta singular.

Llegando a las paredes circulares, los tres amigos evitaron cuidadosamente los ascensores, susceptibles de atacarles, o hablarles mediante los micrófonos automáticos que animaban una voluntad desconocida. Pasaron por la escalera de caracol, parecida a la que había utilizado antes Tiano. Llegados al camino circular interior, se orientaron.

Su objetivo era llegar a uno de los departamentos del cerebro, una de las diez galerías que rodeaban el salón central. El laboratorio de física aplicada.

Fue otra vez Tiano quien consiguió sacarles del apuro. Gracias a su hermana, conocía bien la universidad cerebro de la que oía hablar sin cesar, y les guió, sin equivocarse, hacia la pasarela que conducía a la galería deseada.

Una vez más, el pequeño se encontró sobre una de aquellas pasarelas que tanto le impresionaban al principio. Pero ahora empezaba a acostumbrarse y la presencia de sus dos compañeros mayores le daban seguridad.

Fuera del inmenso salón, en pleno día, se detuvieron un momento. Thierry lloraba de rabia dolorosamente al pensar en Inés. Pero se tragó sus lágrimas, avergonzado. Era preciso luchar, no lamentarse. Evocó con estremecimiento la silueta de Inés, ensangrentada, tirando con los otros del engranaje gigante, esforzándose por NADA, según una ley imbécil de la mecánica que no está ya guiada por una voluntad de hombre.

Se asombraron de no ver ya a las bolas blancas. ¿Amigas? ¿Enemigas? A pesar de la confianza de Tiano y de los juicios favorables de Thierry, Leo seguía escéptico. Ningún ser vivo, fuera de las emanaciones electromagnéticas de los biobots, había

aparecido después del silencio del gran reloj. Y, aparte de los monstruos híbridos, no podía imaginar quién había podido llegar a rendir suficiente dinámica al mundo robotmobot para conducirlo a una victoria tal sobre los humanos.

La intervención de las bolas contra el helicóptero que amenazaba al planeador no le acababa de convencer. Dudaba todavía.

Mientras, habían llegado ya a la galería de física. Allí, estaba todo desierto e intacto, excepto por algunas depredaciones debidas sin duda a la cólera de los mobots, y tal vez a las veleidades de resistencia de los técnicos, cuya mayoría era masculina, contrariamente a la biónica; allí yacían algunos cuerpos víctimas desgraciadas de los demonios mecánicos. Pero los tres compañeros no debían apiadarse más que de los vivos, aquellos a los que debían arrancar del infierno de la gran máquina.

Buscaron dentro del inmenso arsenal de objetos, motores e invenciones de toda clase que llenaban la galería, de las mismas dimensiones que la de biónica.

Encontraron lo que buscaban, lanzando un suspiro de alivio.

—¡Qué catástrofe, si hubieran sido destruidas...!

Se referían a las antorchas de mano, parecidas a las antorchas eléctricas de sus antepasados.

Sólo que aquéllas sólo servían para iluminar un poco en el interior de una cueva o para arreglar el plomo de un contador. Joya de incalculable precisión, comportaban un sistema emisor de laser. Un cristal de rubí, bajo la acción del samarium, veía interiormente los electrones animados por una fuente luminosa en miniatura, pero de una intensidad máxima. Las antorchas estaban destinadas a los exploradores del espacio, a los cosmonautas que llegaban a mundos ignorados y se perdían en alguna ocasión. La antorcha, cuyo rayo poseía un alcance rigurosamente ilimitado, permitía hacer señales, aunque fueran a distancia planetaria o interplanetaria. Un hombre perdido en las llanuras de Marte, por ejemplo, podía pedir socorro a un puesto de Neptuno, enviando, en clave, señales luminosas con aquella cosa tan simple y pequeña.

Cogieron tres, pues Tiano quiso poseer también la suya, y puesto que le habían puesto al corriente del proyecto de Leo participaba con todo su corazón en la liberación de su hermana y de los

esclavos de la máquina.

Se apresuraron a salir de la galería, no sin haber cogido al pasar, pistolas de rayos inframarinos, armas desintegrantes que podían, llegada la ocasión, serles muy útiles.

Pero Thierry, sabiendo el terrible peligro que existía en la manipulación de armas de aquel tipo, se negó rotundamente a que Tiano cogiera una.

—Hay muchas otras cosas que pueden sernos útiles —señaló Leo, echando un vistazo sobre aquel bosque de invenciones.

—Sí... Pero no tenemos tiempo...

Repitieron, a la inversa, el camino recorrido desde el gran salón. Sin incidentes, gracias a la costumbre que habían tomado de no ponerse a la vista de los circuitos visuales de la máquina.

Y sin embargo, era sobre esos circuitos visuales que se basaba el proyecto del joven negro. Gracias a ellos esperaban, por lo menos, terminar con los monstruos que ocupaban el centro del cerebro.

Avanzaban, deslizándose contra los zócalos de sándalo de los robots pequeños, los zócalos de plátano de los grandes. Se arrastraban como serpientes, apretando las antorchas de laser. Veían la claridad rojiza que emanaba de los hornos de incandescencia desprendiendo miles de grados, y que proyectaban a la vez las sombras jadeantes de los esclavos del trabajo, las siluetas fantásticas de los mobots mientras danzaban.

Y el trabajo como el placer eran inútiles en aquel dominio en que no reinaba ya el espíritu humano.

Se acercaban. Vieron de nuevo el carrusel fantasmagórico de las máquinas saltando al ritmo múltiple de los aparatos musicales, y los rostros descarnados de los desgraciados que trabajaban penosamente sobre el engranaje gigante.

Les pareció que faltaban nuevos individuos en algunas filas, vencidos por la fatiga y arrojados a un lado por los guardias mecánicos. Los tres tuvieron el mismo pensamiento horrible, pero suspiraron aliviados al ver de nuevo la silueta esbelta de Inés. La joven parecía estar al límite de sus fuerzas. Veían que ella hacía cuestión de honor no flaquear, poniendo toda la fiereza que corría por la sangre íbera que corría por sus venas.

Pero los jóvenes comprendieron que aunque sólo fuera por ella, había llegado el momento de obrar.

Se ocultaron a la vista, bien instalados detrás del zócalo de un enorme batiscafo destinado a los trabajos en las grandes profundidades submarinas, y que construía casas en el fondo del mar.

Los tres, el rostro tenso, los dedos crispados sobre el botón de conexión de la antorcha, preparándose, latiéndoles el corazón apresuradamente.

—Apuntarás bien... Tiano...

—Está tranquilo, Thierry. Sé de qué modo nos miran.

Leo giró la cabeza hacia ellos, pareció medirlos con la mirada y ordenó:

—¡Fuego!

Los tres rayos rojos salieron al mismo tiempo.

Cada uno había escogido a su víctima, avisándose de antemano, a fin de no converger dos rayos sobre el mismo mobot. La idea base era de las más sumarias. El laser tiene la propiedad de ser cegador por razón de su intensa frecuencia luminosa. O sea, que aunque muchos mobots, en el mundo técnico, están ciegos y privados de todo aparato visual mecánico, no pasa lo mismo con los mobots, sujetos a las reacciones frente al exterior, que gobiernan sus movimientos, según las circunstancias.

Leo había pensado en cegar a la mayoría de los mobots. El rayo rojo, por poco que penetrase en el eje del rayo visual del mobot, debía descomponerlo por interrupción de la emisión luminosa, mucho más débil, ya que no se conocía ninguna fuente de claridad tan potente como el laser.

El joven negro quería creer en el éxito de su empresa. Al primer ataque, comprobó su eficacia.

Tres mobots apuntados, tres mobots alcanzados. Tres personajes grotescos que, bruscamente, en el círculo de siniestros polichinelas, se sentían perturbados, giraban sobre sí mismos, se movían al azar, echándose sobre los otros que no podían evitarles. Y bien pronto se armó la batahola, en un embrollo de miembros articulados de mecánicas pseudovivientes, un verdadero embotellamiento en aquel extraño baile.

Una pálida sonrisa apareció en los labios de los tres muchachos. Sus ojos brillaban de alegría. Era un éxito.

Entonces, no se detuvieron ya. Apuntando cada vez a un mobot

que dirigiera hacia ellos sus congéneres técnicovisuales, le dirigían el rayo rojo, convirtiéndolo en una máquina loca, destruida para siempre de su comportamiento regular, y que se convertía al propio tiempo en un peligro para sus congéneres.

A medida que la operación iba avanzando, los tres muchachos se iban entusiasmando. Comprobando que los mobots no pensaban en echarse sobre ellos, sobre todo los que no estaban cegados, ya que no poseían reacciones humanas ni acudían en socorro de las víctimas del laser, ni buscaban el origen de aquel desastre, iban avanzando, cada vez más. Y las antorchas hacían un buen trabajo.

En varias ocasiones, algunos mobots «vieron» a los jóvenes. Les lanzaron amenazas por su micro, avanzando hacia ellos. Pero todos perdían el equilibrio bajo la acción del terrible rayo. Sus circuitos fotónicos quedaban destruidos de una vez, y ya no eran más peligrosos que un montón de hierro viejo dejado a la ventura, extraviados en aquella extraordinaria algarabía de mobots, aumentada a cada instante por el embrollo creado por la audaz tentativa de Leo.

Pero el joven negro gritó:

—Rápido... Puede producirse una reacción... A la máquina...

Se levantaron, corriendo hacia la instalación infernal. Pero se hallaron de nuevo en los circuitos robots y las mecánicas fijas sobre sus zócalos reprendieron su cólera, insultándolos a través de sus micros, lanzándoles gestos amenazadores.

En un instante, estuvieron fuera de su alcance; sólo los mobots eran verdaderamente peligrosos. Se dirigieron hacia la gran máquina, apuntando con sus rayos rojos, que les servirían para hacer frente.

Pero Thierry gritó:

—¡No disparéis...! Sería peor...

En efecto, los mobots de la máquina, tocados, caían en una demencia mecánica peligrosa para los esclavos humanos. Aquellos que se hallaban a su alcance eran tocados por los golpes desordenados de las máquinas enloquecidas. Y los esclavos, comprendiendo que sucedía algo imprevisto, levantaban la cabeza, y cesaban de hacer girar el monstruoso engranaje.

—Inés... Inés...

Como en una pesadilla, la joven oyó repetir su nombre. Vio,

alucinada, a Tiano que, olvidando toda prudencia, deslizándose por el plano inclinado, y pasando entre dos mobots todavía intactos, corría a echarse en brazos de su hermana.

Thierry lanzó un grito terrible. Un mobot avanzaba hacia Inés y Tiano abrazados. Los rayos de laser no podían ser utilizados ya que, el mobot «le daba la espalda», por así decirlo, es decir, que sus circuitos visuales escapaban al eje del laser, condición indispensable para actuar con éxito.

El subingeniero se precipitó también hacia allí. El horrible monstruo iba a echarse sobre los dos hermanos. Leo apartó a Thierry, apuntando su pistola de inframalva.

Un sobresalto agitó al demonio de metal. Una parte de su carcasa quedó literalmente fundida, volatilizada, bajo la acción formidable de los rayos inframalvas. Y los trozos que no habían sido alcanzados, cayeron, rodando, inútiles e inservibles.

Los esclavos, ahora, veían llegar a los jóvenes. Los últimos mobots guardianes fueron abatidos mediante las armas lanzadores de rayos inframalvas, ya que el laser a poca distancia era difícilmente utilizable.

Inés al ver a Thierry dio un paso hacia él cayendo desvanecida. Él la recibió en sus brazos, apretándola contra su pecho, llenándola de besos el rostro marcado por el dolor y la fatiga inhumana.

Los esclavos se precipitaron hacia sus salvadores. Pero Leo gritó:

—¡Atención... Llegan más robots... El cerebro electrónico nos ha visto... Tendremos que luchar...!

CAPÍTULO VII

Thierry abrió camino llevando en sus brazos a Inés desvanecida. Los ojos del joven expresaban a la vez la piedad y el amor que sentía por ella, y también la cólera contra aquellas fuerzas malditas que habían reducido de tal forma a aquella que llevaba en sus brazos.

En tan poco tiempo, Inés, igual que todos los demás esclavos de la gran máquina, parecía haber adelgazado, y su cuerpo delgado no pesaba apenas, debilitado por aquel abominable trato. Los hermosos cabellos negros caían en desorden, y Thierry contemplaba con desespero el rostro pálido de sufrimiento, las manos destrozadas por el monstruoso engranaje al cual los mobots habían incorporado en su servicio a los humanos.

Tiano y Leo encuadraban a la pareja. El joven negro y el pequeño sostenían sendas antorchas de laser que apuntaban a los mobots que les cerraban el paso. Uno de los técnicos más jóvenes libertados de la máquina se había hecho cargo de la tercera, la de Thierry, y también procuraba hacer buen uso de ella.

Llegaba un sólo grupo, de hombresmáquinas, los que habían visto Leo. Los humanos, débiles, todavía enloquecidos, titubeantes y al borde de sus fuerzas, eran poco capaces de resistir.

Al ver llegar aquel grupo de mobots, se produjo un verdadero pánico. Todos echaron a correr a través de la galería. Leo, al ver el peligro, les gritó:

—¡Al suelo...! ¡Al suelo...! ¡No corráis...!

¡Más bien arrastraos...!

Pero los desgraciados, enloquecidos, al oír llegar a los monstruos móviles, no prestaban atención a los otros monstruos, que permanecían en sus zócalos y que no por ello dejaban de ser igual de peligrosos.

Todos los robots, todas las mecánicas que podían mover uno de sus elementos lo tendían hacia adelante sobre los humanos en apuros. Se oyeron gritos espantosos. Unos fueron heridos durante su loca carrera, otros agarrados por las pinzas de acero, se debatían en el aire.

El bosque de metal, una vez más, manifestaba su furor y miles de voces nasales brotaban a través de los micrófonos lanzando injurias e insultos a los seres humanos que atacaban.

Thierry sostenía a Inés, y siempre flanqueado por Leo y Tiano, iba un poco retrasado. Ellos seguían dando gritos aconsejando prudencia, pero los pobres esclavos, agotados por dos jornadas horribles, no eran apenas capaces de razonar. Algunos, sin embargo, empezaban a echarse al suelo para arrastrarse entre los zócalos y evitar de esta manera ser alcanzados por los brazos móviles de las máquinas. Otros gritaban al sucumbir bajo el avance de los mobots todavía intactos. Muchos de éstos, por suerte, destrozados por los rayos rojos, seguían perturbando el baile fantástico con lo que formaban una verdadera amalgama que bloqueaba en parte la progresión de los mobots activos.

—Todavía tenemos una oportunidad —gritó Thierry—. Será preciso que...

Se interrumpió. Era difícil hacerse oír, y mientras apretaba entre sus brazos a Inés, procuraba no perder de vista a Tiano, sintiéndose responsable de la vida del pequeño. Le había parecido oír su nombre a través de aquella algarabía, ya que las máquinas musicales traídas por los monstruos animados seguían vomitando sus estridencias infernales y la incoherente sinfonía formada por el choque de cien armonías diferentes...

Estrechando a la joven que empezaba a volver en sí, echó un vistazo hacia atrás.

Leo siguió la dirección de la vista de Thierry.

—¡Oh! —dijo—. Es Corson...

En efecto, era su jefe, del servicio de bioelectrónica. El ingeniero, libertado también de la máquina, avanzaba trabajosamente mientras un mobot con diez brazos móviles, abominable insecto de metal, avanzaba hacia él, enfocándole con una especie de espejo de varias facetas que era su aparato visual, dispuesto para ver en todas direcciones.

Leo, avisando a Tiano y al joven técnico que llevaba también una antorcha de laser, se dirigió, con ellos, hacia aquél.

Los tres rayos convergieron sobre el mobot. Este al ser alcanzado, se detuvo, pareció vacilar, y entonces se puso a girar sobre sí mismo, agitando en el vacío sus garras de acero, incapaz de asir nada. Ya no veía y Corson consiguió escapar de su ataque.

Los jóvenes avanzando, cogieron al desgraciado ingeniero que temblaba de temor. Sosteniéndole, le ayudaron a andar.

Thierry, al que Inés abrazaba con vehemencia al hallarle de nuevo, se había detenido no muy lejos de ellos mientras que todos los demás se habían echado a correr a través del salón sucumbiendo bajo los golpes de las máquinasrobots o bien bajo las heridas producidas por el grupo de mobots que había conseguido escapar al baile demoníaco y que atacaban a los humanos.

El retraso sufrido por haber ido a salvar a Corson había salvado al pequeño grupo.

Débil, muy pálido, sosteniéndose a duras penas, Corson, hizo un esfuerzo para murmurar:

—Trampa núm. 3... Izquierda... Canales...

—Por todos los soles del Universo. No habíamos pensado en esto —exclamó Leo.

Ordenó a sus compañeros, Thierry, Inés, Tiano y el joven técnico de tenderse y tras él, ir avanzando, a rastras, ayudando a Corson a seguirles. Él les condujo hacia la trampa número 3.

Se abría en efecto en la galería y como se arrastraban a ras del suelo consiguieron pasar desapercibidos a la vista de la mayoría de los mobots. Alcanzaron bien pronto el orificio.

Thierry sentía escalofríos, un sudor helado, al preguntarse si el mecanismo funcionaría. No podía olvidar la revuelta del ascensor.

Pero el sistema funcionaba perfectamente y, cuando Leo lo accionó, la trampa se abrió en el suelo de la galería.

Un estruendo ensordecedor subió hasta ellos. Se miraron entre sí. Era, tal vez, el camino de la libertad que se abría para ellos.

Corson les había recordado, al comprender que era imposible salir de la ciudad devastada, de otra manera, que existía, bajo el suelo de Kalahari, un sistema de canales, que comprendía siete túneles cruzados desde el curso del río Orange, a unos cien kilómetros. Los siete canales subterráneos, no sólo transportaban

toda el agua que la vida de la ciudad tributaba sino también, por un ligera inclinación de sus canalizaciones, una masa acuosa considerable, que llegaba a toda velocidad y accionaba la fábrica hidráulica subterránea que proporcionaba la fuerza a diversas centrales.

El curso de los siete canales estaba jalonado de pozos abiertos sobre el desierto, en pequeños puestos oasis. Corson había pensado en esto. Tal vez otros hubieran utilizado desde la revuelta este conducto para poder huir de la furia de los mobots.

Antes de descender por la trampa, que se abría sobre una escalera metálica que daba acceso a los subterráneos, los fugitivos miraron a su alrededor. Esperaban todavía poder atraer a otros fugitivos, hacerles ir con ellos hacia esa seguridad hipotética, pero todavía posible.

Era demasiado tarde. Todos los demás estaban muertos, o cautivos ya de los monstruos de metal. Volver a intentar un golpe de fuerza sería muy arriesgado, ya que posiblemente no tendrían la misma suerte en una segunda ocasión.

Inés, Corson y Tupart, el joven técnico se apresuraron sostenidos por una sola idea: escapar de aquel infierno. Thierry, poniendo a Tiano al lado de su hermana en la escalera, dijo mirando a Leo:

—Vamos...

El joven negro lanzó un suspiro, con un gesto desesperado. No podían salvar a nadie más.

Descendieron, dejando la trampa abierta, por si acaso algún fugitivo podía hallar aquel medio de libertad.

De pronto, se dieron cuenta de un hecho particularmente grave. Los subterráneos estaban sumidos en las tinieblas más absolutas.

Los circuitos eléctricos no funcionaban ya, bien por haber sido destruidos, o bien porque las centrales, animadas también por el espíritu de revuelta, se negaban a dar la luz, lo cual no dejaba de ser posible.

Todo lo que era máquina era sospechoso y Corson aconsejó que no sería prudente hacer funcionar los conmutadores. Se encontraban, pues, debajo mismo de la cúpula, bajo la galería donde se desarrollaba el drama burlesco animado por los robots y los mobots, pero en la obscuridad, perdidos, y sin grandes esperanzas de hacer nada provechoso.

—Siempre nos queda la solución de descender hacia los canales... El ruido es suficientemente fuerte y nos guiará...

—¿Y entonces qué, si conseguimos llegar?

—Hemos de ir hacia el río Orange...

—Hay algunas canoas. Sobre cojines de aire son capaces de remontar la corriente, a pesar del declive...

—Si las encontramos y si no están también en revuelta...

Cambiaron impresiones. Pero Thierry tuvo una idea.

En la galería de física, llena de toda clase de instrumentos, habían pequeños sonars-radars portátiles, destinados, igual que las antorchas de laser, a los exploradores del espacio, obligados en ciertas ocasiones a avanzar en medio de la más absoluta oscuridad.

El aparato, una especie de cajita cúbica que se llevaba sobre el pecho, mostraba mediante vibraciones, la presencia de cualquier clase de objeto, cualquier clase de superficie dura, toda clase de cuerpo, móvil o no, indicando también las coordenadas correspondientes. Así, en medio de la oscuridad, el hombre podía avanzar con cierta seguridad.

Thierry y Leo, en las tinieblas donde se hallaban, ansiosos, torpes, sin atreverse a moverse, sobresaltándose cuando se rozaban inesperadamente, se disputaban quién de los dos iría al salón, y de allí a la galería de física.

Inés no se atrevía a decir nada. Sin embargo temía por Thierry. Y experimentó una especie de alivio al oír el tono decidido de Leo. Él no tenía a nadie en el mundo, por lo que podía arriesgarse para tratar de salvar al pequeño grupo humano.

Thierry cedió, tachándose de cobarde. Pero el joven negro le estrechó las manos antes de partir, diciéndole:

—Si no regreso, todavía pasarás más apuros. Tendrás que guiarles entre las tinieblas... Leo empezó a subir las escaleras. Le oían escalar los peldaños, siguiéndole con aquella agudeza del oído que el hombre adquiere espontáneamente en medio de la oscuridad. Supieron que había franqueado de nuevo el paso de la trampa que se encontraba sobre el piso de la gran galería.

Luego ya nada. Leo iba hacia su destino, tal vez hacia la salvación de todos, tal vez hacia la muerte.

Inés, Tiano, que se apretaba contra su hermana, Thierry, silencioso al pensar en el sacrificio de Leo, Corson y Tupart se

hallaban inmovilizados, no sabían exactamente dónde. Sobre uno de los rellanos, sin duda.

Hablaban en voz baja. Temían ser descubiertos por los aparatos auditivos de algunos mobots, sensibles a las vibraciones sonoras. Y Thierry, despavorido, oyó el relato de su sufrimiento, sobre el plano inclinado de la gran máquina, esforzándose en aquel trabajo que no servía para nada.

Corson, muy débil, agotado, pero con toda su lucidez de entendimiento, afirmaba que los robots no tenían para mucho tiempo. Lo absurdo de sus maquinaciones lo probaba así. Habían llegado a una independencia ficticia y en todo punto pasajera. Se descomponían, se estorbaban unos a otros. Los hombres tomarían de nuevo la realeza del universo. Pues se tenían referencias de que había sucedido lo mismo en todas partes y que las mecánicas revolucionadas habían abatido, provisionalmente, al orgulloso bípedo inteligente.

Tiano, tímidamente, preguntó si Leo tardaría mucho en regresar. Se le dijo que debía tener paciencia. No lo sabían.

Estaban acurrucados, sentados, y luego tendidos tras haber palpado minuciosamente el *terreno* donde se *hallaban*. Era metal, lo cual significaba que se hallaban todavía en la escalera.

Tiano, rendido, se durmió. Corson y Tupart charlaban todavía a pesar de su fatiga. Inés con la cabeza apoyada sobre el pecho de Thierry, guardaba silencio. Aquella defensa le parecía la garantía más segura de salvación. Y él, feliz por haberla encontrado de nuevo, tras tanto sufrimiento, se abandonaba a aquel dulce abrazo, haciendo nacer aquel casto contacto nuevas razones de esperanza, y una fuerza inaudita que, lo sabía, le permitiría comenzar de nuevo, proseguir la lucha, para que Inés pudiera vivir, debiendo llevarla hasta los confines de la galaxia si fuera preciso.

De este modo fueron transcurriendo largos minutos. Poco a poco Corson y Tupart se habían callado, amodorrados tal vez. No se movían ni unos ni otros. Aquellas tinieblas espantosas les rodeaban como un sudario de amenazas.

A través de la trampa llegaban ruidos extraños, muy tenues. ¿Qué podía estar sucediendo todavía en la cúpula del gran cerebro? Menos mal que los estúpidos mobots no les habían perseguido. Pero Leo se había puesto otra vez al alcance de sus golpes.

El fragor de las aguas era infinitamente más fuerte. Thierry pensaba que aquel sería seguramente el camino indicado. Si podían llegar al río, región fértil, acogedora... ¿Pero qué encontrarían allí? No había llegado socorro alguno de ninguna parte. Reflexionó que debieron comprobar que las máquinas se alzaban en revuelta por zonas, como si se tratara de una epidemia.

Los salvadores eventuales, ya sea a bordo de fusojets o de helicópteros, o bien llegando desde el desierto sobre tanquesoruga, tal vez habían sido víctimas a su vez de sus aparatos amotinados. En tal caso habrían renunciado a socorrer a la ciudad de Kalahari. O bien en todas partes debía suceder lo mismo, y cada ciudad de la Tierra, también las de todos los planetas, tendrían bastante trabajo con sus propios robots.

Comenzaba a sentir sueño, terriblemente fatigado, perdiendo vagamente la conciencia de las cosas. Se daba cuenta y luchaba para no dormirse. No tenía derecho. Los demás, un chiquillo, y los que habían podido escapar a la gran máquina, estaban mucho más fatigados que él. Debía velar su reposo, para no dejarse sorprender.

Leo no regresaba nunca. Thierry tenía la impresión de que hacía horas y horas que se había ido.

De pronto, sintió helársele la sangre en las venas. Había tenido la impresión precisa de una nueva presencia. Los demás, lo sabía y podía comprobarlo tendiendo la mano, se hallaban a ras del suelo, a su lado. Ninguno estaba de pie.

Y sin embargo, había alguien encima de él, dominando el grupo dormido. Estaba seguro. Adivinaba la presencia con una hipersensitibilidad que se desarrollaba en la obscuridad.

Inés debía dormir, siempre apretada junto a él. Procurando hacer el menor movimiento posible para evitar despertarla, levantó la mano derecha, mientras Inés seguía apoyada contra su hombro izquierdo.

El sudor que bañaba su frente, forzando sus ojos sin poder distinguir nada, Thierry, con los dedos algo temblorosos, palpaba las tinieblas, tanteaba en el vacío negro, osando penetrar en la obscuridad desconocida.

Quería estar seguro de no encontrar nada, y a pesar del temor, prefería tal vez la conciencia del enemigo presente a aquella angustia que no terminaba.

Adelantó pues la mano, haciéndola mover lentamente, hacia la derecha, luego hacia la izquierda, a los límites extremos de sus posibilidades de movimiento, en una posición cada vez más incómoda, ya que Inés, profundamente dormida, le estorbaba terriblemente.

Aquello duró varios minutos. Thierry adquirió el convencimiento de que por lo menos ninguna persona estaba cerca de ellos. Se habituaba a los ruidos del medio ambiente pero, con el paso continuo de los torrentes subterráneos, y a pesar de los ruidos que llegaban desde arriba, del lado de la cúpula, trató de situar las respiraciones de sus amigos.

Aquella respiración regular, a su lado, era la de Inés. Tiano, dormía silenciosamente. No le oía. Sin embargo estaba allí, a su lado, y para asegurarse Thierry le rozó con la mano. Tupart, un poco más lejos, roncaba ligeramente. Corson agobiado, a veces rezongaba como si se hallara bajo el efecto de una pesadilla producida sin duda por los recuerdos del presidio infernal.

Thierry se movía dulcemente. No, nada, ningún ser estaba allí fuera de los fugitivos del gran cerebro.

¿Sería Leo, Leo que regresaba y que les buscaba? Pero no, era absurdo pensar tal cosa. De ser él se manifestaría. Y además, si había encontrado los sonorraders, les encontraría fácilmente.

¿Quién sería, pues?

¿Un mobot?

Aquel avance discreto, delicado, no correspondía a las llegadas brutales de las máquinas desencadenadas, que no tomaban precaución alguna y que no disponía, a pesar de todo, más que de los medios sumarios que los hombres les habían proporcionado.

Thierry tuvo miedo, más miedo todavía. Diríase que una pesadilla iba a materializarse, que una fuerza desconocida planeaba sobre ellos. Pensó súbitamente, y ello le llenó de temor, que aquella fuerza era tal vez aquella que lo había guiado todo, desencadenándolo.

Los invisibles de los que nada se sabía y que ahora perseguían a sus víctimas hasta el fondo de aquel abismo negro.

Si lo supiera, podría luchar, si cabía dentro de lo posible hacerlo.

Siguió solo en su angustia, con la cabeza de su amada apoyada

en su pecho, y los demás, a su lado. Vio que el desconocido no se había dado cuenta de que había sido descubierto Y la mano de Thierry recomenzó una nueva incursión en aquel universo sombrío.

Buscaba sin encontrar nada. Ahora tenía la impresión bien definida de que alguna cosa estupefactiva, se mantenía encima de él, que el enemigo estaba allí, ENCIMA, que su rostro avanzaba en medio de las tinieblas.

Entonces, de una sola vez, muy suavemente para no despertar a Inés, pero directamente, dirigió los dedos hacia adelante y a lo alto. Pero ¿cómo podía estar allí el rostro, si no había nada a su alrededor?

No podía tratarse de un rostro... de una cabeza sin cuerpo.

La sangre de Thierry se heló en sus venas. Había tocado una cosa. Una cosa que le había parecido tibia y viva, aunque no fuera en absoluto un rostro humano.

El contacto había sido muy breve y la repulsión brusca que Thierry sintió le hizo retirar la mano instintivamente. Este movimiento, esta vez, despertó a Inés.

—Querido...

—Calla, por el amor del cielo...

Tiano bostezó, Tupart, se estiró. Corson, despierto también, dijo:

—¿Qué sucede, Thierry?

—¡Silencio, todos!

Había hablado en voz baja y clara, con tanta autoridad que todos se callaron.

Estrechaba contra sí a Inés, sin moverse. Permanecía echado, sin levantarse, sin arriesgarse a tocar una vez más lo... lo indefinible. Aquella cosa que no estaba unida a ningún cuerpo y que debía flotar, encima de la pareja.

Aquel ruido... Comprendió que Tiano debía estar temblando, haciendo repiquetear sus dientes, reteniendo los sollozos. Sí, debía ser esto. Inés, obediente, no se movía. Pensaba que era preciso salvarla y tal vez, ahora más que nunca se hallaba en verdadero peligro. Entonces, decidió probar de nuevo, y, cerrando el puño, extendió el brazo hacia arriba.

Sus huesos contraídos entraron en la masa tibia, difícilmente palpable, que parecía de una naturaleza ignorada. Thierry, haciendo acopio de toda su voluntad, evitó retroceder. Y comprobó,

estupefacto, que el contacto no era tan repugnante como había creído. Por el contrario, aquella masa, un poco blanda parecía suave y tierna. Una oleada de serenidad le invadió de pronto, alejando todos los temores de los minutos pasados.

No tuvo tiempo de preguntarse. Una oleada de claridad súbita se esparció sobre el grupo, no en forma de luz totalmente difundida, como la que brota de un foco determinado, sino en puntos sucesivos, con un crepitamiento de fuegos artificiales.

Y todos los de aquel grupo tendido sobre el suelo sombrío salieron por un instante de las tinieblas Corson al borde de sus fuerzas, Tupart todavía vigoroso, Tiano encogido y Thierry que estrechaba contra sí a Inés, temblorosa.

La claridad danza, se estremece, caprichosa e incompleta. Es Tiano el primero que comprende:

—¡Las bolas...! ¡Las bolas blancas...! Han vuelto...

La crepitación había cesado ya. Thierry tiende de nuevo la mano, pero no siente ya nada. El objeto misterioso se ha volatilizado una vez pasado su mensaje. No queda nada, vuelven a encontrarse sumidos en las tinieblas.

Corson, Inés, Tupart, preguntan. Tiano grita a voces, como un chiquillo feliz, que todo va bien, puesto que las bolas están allí.

Thierry le hace callar y explicar brevemente lo que ha debido pasar.

—¡Ah!, sí —suspira Inés—. Los seres... Les he visto muy a menudo en la galería... Pero jamás se habían acercado tanto... No eran más que fantasmas fugaces, pero que nos hacían dudar de su existencia...

—Es curioso... Me siento mejor... Vuelvo a sentir confianza desde que sé que Leo lo ha conseguido y que regresa ya y que...

—¿Cómo? ¿Qué?

Todos hablan a la vez. Y entonces llegan a la conclusión, aturridos al comprobar que todos «saben» que Leo lo ha conseguido y que regresa ya con los sonorradars tras haber escapado a los robots furiosos.

—¿Cómo lo sabemos? —gruñe Corson.

—Porque las bolas nos lo han dicho —explica Tiano, con la sencillez serena de sus pocos años.

Estupor en Inés, en Corson, en Tupart. Pero lo saben, es un

hecho. Saben que se lo han dicho.

Thierry trata de explicar de nuevo el fenómeno. Los globos errantes y crepitantes, emitidos o no por los biobots, impregnan telepáticamente a los humanos cuando quieren hacerles saber alguna cosa:

—Inés... Thierry... Tiano...

—¡Es Leo!

No lo ven. Pero está allí. Siguen, por prudencia, entre las tinieblas. No hacen funcionar los circuitos, ni la lámpara individual. Pero la confianza les envuelve por aquel que llega. Es Leo, sin duda.

Thierry le abraza fuertemente:

—¡Mi viejo Leo! Has regresado... Entonces, a continuación, siente sobre sus dedos, un líquido pegajoso, tibio:

—¿Estás herido? ¿Qué te ha pasado?

—Nada... Los robots... No tiene importancia... Traigo dos sonaradars... Me he guiado para encontraros... Es maravilloso. Avanzaba con seguridad en medio de la obscuridad... Es preciso acostumbrarse... Se «navega» un poco, pero luego va estupendamente...

Ahora, van a dirigirse hacia el torrente, tratarán de encontrar una canoa, un aliscafo que, sobre cojines de aire, les trasladará. Pero es preciso descender, señalar, abrir la marcha Leo quiere emprender la marcha.

—¡No! Tú necesitas descansar un poco... Yo descenderé...

CAPÍTULO VIII

¿Qué puede pensar un murciélago? Thierry se lo pregunta. Esos animales no están evidentemente ciegos y hace muchos siglos que se destruyó la leyenda de que se servían de la nictalopia. Se guían por radar, simplemente. Y Thierry con su aparato hace lo mismo.

Leo le ha prevenido: «se navega un poco». El aparato emite un ultrasonido, lo cual evita hacerse reparar. El eco es registrado y transmitido de dos formas al portador del aparato. Tangiblemente, bajo los dedos, en reacciones ínfimas sin cesar de mantener contacto con una mano, o visualmente, en un oscilógrafo miniatura que serpentea entre las coordenadas de un tablero graduado.

Hay dos medios para encontrarlo. Thierry empieza a acostumbrarse y llega al cuarto y último rellano con mucha más seguridad que al comienzo.

El sonoradar no le ha revelado nada de anormal. Las paredes, los peldaños de las escaleras, luego un gran vacío cerrado a lo lejos por una inmensa pared curva, la bóveda de uno de los siete torrentes que viene del río Orange. Thierry, al principio, ha «navegado» un poco; ahora empieza a acostumbrarse al sonoradar. Sabe encontrar bajo sus dedos o mediante un rápido vistazo al oscilógrafo, los contornos del objeto que forma pantalla y contra el cual rebota el ultrasonido.

En él se realiza un trabajo misterioso. La prodigiosa facilidad de asimilación del hombre, lo que llamamos inteligencia, registra, clasifica y determina, en conclusiones rápidas, que allí hay muro a dos metros, una superficie acuosa a cincuenta y ocho metros y una pared curva a doscientos.

Frente a Thierry se extiende un muelle que se corre a lo largo del torrente. Un poco más lejos del torrente propiamente dicho. Las

aguas burbujeantes, que llegan a toda velocidad en aquel conducto gigante construido con una ligera inclinación para favorecer la marcha, se engullen en los conductos infinitamente más pequeños que se pierden en el extremo de la bóveda del túnel. Thierry sabe que por allí penetran en la fábrica hidroeléctrica, accionando las formidables turbinas que comunican la vida a la ciudad entera.

Por lo menos en tiempo normal.

Todo aquello sigue funcionando bajo las tinieblas. Respira. El camino parece estar libre. Sólo falta encontrar la canoa.

Gira ligeramente y dirige el sonar en la oscuridad. Busca. Busca, perdido en la negrura, privado de ojos, y prácticamente privado de orejas, pues todo se pierde bajo el fragor ambiental de las aguas tan uniforme en su eterno murmullo que parece un absoluto silencio.

Thierry se encuentra en un raro estado de fantasía. La oscuridad es total y él sigue avanzando con una seguridad que va en aumento. Por poco, acabaría por creer que vuela, que no anda ya, de tal forma que le parecería todo irreal si no hubiera, bajo sus ojos, en el aparato suspendido de su cuello, la pequeña mancha opalina del oscilógrafo. Pocas veces la mira preneriendo la revelación tangible. Se acostumbra a medir al tacto, lo cual le hace perder menos tiempo. Se siente satisfecho, proyectado fuera del universo entero a la noción de la presencia y de distancia que su espíritu calcula con un automatismo cuya precisión va en aumento.

Es un hombre de la oscuridad, un hombre murciélago. Conoce exactamente el mundo oscuro donde se halla. Jamás había estado en los canales subterráneos de Kalahari, pero podría descubrirlos con toda precisión ya que su espíritu había registrado los menores detalles. Cuando los ultrasonidos detectan un objeto, fielmente, avisan al portador. Y Thierry siente, bajo sus dedos, diseñar la cosa, sus dimensiones, sus contornos, sus relieves. Palpa, como un escultor invisible, el objeto más o menos lejano que reconstruye mentalmente a una velocidad asombrosa.

Trata de no pensar en nada más, de evitar incluso el recuerdo de la imagen querida de Inés. No quiere pensar más en el drama que ha abatido a la ciudad; ni en sus compañeros que le esperan, ansiosamente, en el rellano superior, ni en los mobots infernales, ni en las bolas blancas, que tal vez son los espíritus de los biobots,

aquellos biobots en cuyo nacimiento tanto ha colaborado.

Pues todo aquello le estorba, le obstaculiza su trabajo de búsqueda. No debe ser más que un murciélago movido tan sólo por el instinto. Se detiene, y, en la sombra, una sonrisa aparece en su rostro. Un aliscafo.

La canoa está allí, a lo largo del muelle, colocada sobre una rampa trampolín. Los técnicos de los canales subterráneos utilizaban estas embarcaciones ultrarrápidas, que avanzaban sobre un cojín de aire, y que remontaban el declive del torrente. Un gozo inmenso invadió a Thierry. Sintió el diseño de la canoa bajo el tacto de sus dedos que interpretaban una sinfonía feliz. La forma esbelta, con la parte delantera ligeramente redondeada, de la gran canoa que evoca un torpedo; el navio que les transportará..., que transportará a Inés.

Lejos de la ciudad maldita y devastada, se presentarán sin duda alguna otros problemas. Los robots, dueños del «gran cerebro» lo dominaban todo como bien habían probado. En el río Orange o hacia las ciudades de Bloemfontein o Kimberley, habían otros hombres. Y si la Tierra estaba inhabitable, podían volar hacia otros mundos. La base de despegues espaciales estaba situada cerca del río, a menos de cien kilómetros. No era posible que los robots lo hubieran invadido todo.

El camino estaba libre, el camino perfectamente estudiado por Thierry, y el aliscafo esperando a sus pasajeros.

Thierry dio la vuelta sobre sí mismo, para regresar, volver al lado de sus compañeros, y abrazar a Inés para decirle:

«Ven, podemos huir...».

Se paró en seco. El sonaradar le daba una señal de alerta.

Frente a él había una cosa, una forma que se interponía entre la escalera y el muelle. Una cosa que se movía.

Asustado, Thierry, cuyos dedos temblaban ligeramente, busca el género de aquel obstáculo sobre el teclado.

No tiene la más ligera duda. Es un mobot. Aquella forma alta de tres metros de altura, aquel gigante acéfalo y siete veces provisto de brazos, que avanza más bien rodando que andando y que se guía por un sonaradar muy parecido al suyo, es uno de aquellos que se utilizaban en los subterráneos, para la descarga de las mercancías transportadas por los canales.

Un monstruo revolucionado, ganado también por la demencia general y que avanzaba hacia Thierry, guiándose como él, como un murciélago.

Un vampiro de las tinieblas que le cerraba el camino, una bestia mecánica y perversa, que trataría de capturarlo o destruirlo.

Thierry se estremece. Observa una segunda vez al enemigo, y el tablero repite fielmente sus indicaciones. Thierry quisiera dudar, pero lo ve confirmado en pequeñas curvas perturbadas.

El demonio de metal sigue avanzando rápidamente. Thierry retrocede para evitarle. Sólo que el otro, hipersensible y preciso, parece guiarse sobre los movimientos de Thierry, siguiéndole, acercándose. Ya está allí.

El joven lleva la mano al bolsillo. Saca el arma de rayos inframalvas.

Con una mano sobre el teclado, la otra empuñando el arma terrible, se da cuenta de que entorna instintivamente los ojos escudriñando en la oscuridad donde se mueve el más temible de los maniquís animados, el «Juan de las Viñas» del infierno, construido sin embargo por la mano imprudente del hombre.

El rayo produjo una claridad siniestra en medio de las tinieblas, con un tono violeta, de una luminescencia de chispa de alta frecuencia. El tablero reflejaba que Thierry había desintegrado uno de los brazos del robot que se retorció al contacto horrible.

Una pinza formidable cayó sobre él, cogiéndole por el hombro, apretándole hasta parecer destrozarlo, Y sin esfuerzo, mediante su potencia dinámica, el mobot levantó al intruso que se atrevía a resistírsele.

Entonces Thierry, sostenido en el aire, con la mano crispada sobre el arma de rayos inframalvas, seguía ametrallando a su enemigo. Se sentía morir por la garra que le destrozaba el hombro, colgando el peso de todo el cuerpo de aquél. Pero resistía, haciendo un esfuerzo, luchó, más contra sí mismo y el loco terror que le dominaba que contra el enemigo, con el fin de conservar un poco de lucidez.

Agitó la mano libre y el rayo diabólico agujereó literalmente el mobot destruyendo por etapas los órganos esenciales. Sólo que la pinza, sin duda cerrada, no se aflojaba.

Otras manos de metal se dirigían hacia él, pero el tablero las

detectaba a tiempo pudiendo, así, dirigir los rayos inframalvas hacia ellas desintegrándolas una tras otra. Matar a todo el mobot sería largo.

Por consiguiente, Thierry siente nacer nuevas esperanzas. Si no ha «matado» al gigante metálico por completo, por lo menos lo ha paralizado parcialmente. El tablero no revela más que tres brazos de los siete que poseía inicialmente.

Tres brazos de los cuales uno sostiene a Thierry suspendido. Por lo cual sólo restan dos que es preciso desintegrar con los rayos inframalvas.

El enemigo es todavía virulento, aunque menos formidable.

El prometido de Inés sufre atrozmente en la posición que se halla. Aprieta las mandíbulas. Quiere terminar, puesto que si no sabe que será el otro quien terminará con él, ya que con las dos manos articuladas que le buscan en las tinieblas podría más que destrozarle.

Guiado por el tablero, consiguió una vez más alcanzar el objetivo. Disparó el fuego malva, que hizo salir de las sombras la visión de pesadilla del mobot, enorme grúa animada, que aguantaba a Tiano como si fuera una simple paja. Pero uno de sus miembros formidables acababa de ser aniquilado.

Sólo quedaba uno. En aquel momento, Thierry tuvo la sensación de que la pinza que la agarraba estrechaba más su presión. Gritó, sin poder soportar el dolor que le causaba.

Y, de pronto, se dio cuenta de la catástrofe. Ha sufrido un ligero desvanecimiento, que duró un brevísimo instante. En la involuntaria crispación de todo su ser bajo el dolor ha debido aflojar la presión de sus dedos sobre el arma de rayos inframalvas.

Los dedos que sostenían el tubo de fuego desintegrador.

El arma había caído al suelo. Thierry se hallaba, pues, desarmado, a merced de su abominable adversario.

Un horror sin nombre le invadió. Ni siquiera sentía ya el dolor de su hombro triturado, ni la sangre que empezaba a empapar sus ropas, debido a las heridas que le producía aquella garra de hierro. Sólo comprendía una cosa: que estaba perdido. No había podido llegar a destruir por completo al mobot. No volvería a ver jamás a Inés.

El nombre querido subió a sus labios. Lloraba, de rabia, de

dolor, de desespero, suspendido como un insecto al borde de la pinza. Mientras que el mobot tenía todavía un brazo libre y válido. No estaba destrozado completamente por lo cual, a pesar de sus averías, podía atacar terriblemente.

De forma maquinal, los dedos de Thierry recorrieron el tablero. El tacto le reveló que el último brazo móvil se agitaba todavía, buscaba, aunque penosamente, para abatirse sobre Thierry. El monstruo estaba en efecto en muy mal estado. Tenía cinco brazos destruidos de los siete que poseía. Uno sostenía a Thierry. El último avanzaba, lenta, torpemente. Pero era todavía una masa enorme de metal, hecha para agarrar, estrujar, triturar, despedazar...

Thierry trata de librarse de la garra, pero al moverse se rasga la carne hasta el mismo hueso. Sangra, sufre, grita, se debate. El tablero le asegura irremisiblemente que el miembro terrible se acerca...

Es el fin.

Thierry, de pronto, cesa de moverse. No toca ya el tablero del sonaradar, ni mira más el oscilógrafo. Vencido, evoca a Inés en un pensamiento supremo.

Las tinieblas se apartan de pronto. Thierry, deslumbrado, ve a su enemigo, a su torturador, de tres metros de altura, que le tiene casi a su alcance. Del fondo de este mundo oscuro brillantes, acaban de aparecer, como cometas los globos fluorescentes, dejando largas estelas de fantasía. Las bolas blancas, amigas de Tiano, las «almas» de los biobots, llegan en su auxilio. Se lanzan sobre el mobot. Una de ellas le ataca en la base, donde está emplazada la central miniatura que anima al demonio de metal. Se produce un formidbale cortocircuito. El mobot está totalmente aniquilado mientras que la bola sacrificada desaparece en una oleada resplandeciente. La pinza se abre y Thierry es proyectado contra el suelo, rudamente. Queda inerte, casi desvanecido por el sufrimiento, bañado en su propia sangre, conmocionado por el choque eléctrico que le ha lastimado un poco, y contusionado, sobre todo por la caída.

Apenas se da cuenta de lo que le sucede. Por lo menos, comprende que su salvación, en última instancia, se la debe una vez más a los biobots.

Tiano tenía, pues, razón y Leo estaba equivocado. Es imposible

que estas entidades extrañas, que interpretan de esta manera el papel de ángeles guardianes, pudieran ser responsables, animadores de aquella revuelta del mundo robot. Tan sólo un punto queda en litigio: ¿por qué, sea cual fuere el caso, no acuden más que en el último instante, cuando ya todo parece perdido? Les sería mucho más fácil ayudar a los desgraciados supervivientes un poco antes, sin dejarles sufrir tales desastres.

Todo esto pasa por la mente de Thierry, un Thierry desamparado, moribundo, incapaz de levantarse por sí solo. Lo intenta, prueba de apoyarse sobre el brazo ileso. Pero cada movimiento arranca un gemido de dolor.

—Inés... Inés...

Debe reunirse con Inés, con los demás. Decirles que el aliscafo está allí, a punto para trasladarles; que el camino está libre.

Todo vuelve a estar sumido en las tinieblas, pero Thierry sabe que el mobot no es ya más que un montón inútil de hierros viejos.

Querría arrastrarse hasta la escalera, pero no tiene fuerza. Lucha por no desvanecerse... Está al borde de sus fuerzas.

Entonces, de nuevo, aparece la luz. La luz brillante y maravillosa de las relucientes bolas blancas. Levanta la cabeza, cuenta siete u ocho que flotan encima de él. Están inmóviles. Diríase que están concertándose.

Entonces descienden, con movimientos iguales, lentos, precisos. Forman, alrededor del hombre herido, un círculo opalescente, fantástico, que no le produce angustia alguna, ya que conoce su proceder, y sabe que no debe sentir ninguna duda, sino todo lo contrario.

Espera ver qué va a pasar y no se sorprende al comprobar que se forma el campo de fuerza ya experimentado en el palacio-cerebro. Las bolas le trasladan tras haberle levantado suavemente sin movimientos bruscos. Se siente volar, como si se encontrara sobre un diván muy suave, muelle. Y sin embargo no hay nada, nada más que las fuerzas invisibles que emanan de los globos lechosos y crepitantes que no le tocan.

La maniobra es tan hábil que no sufre en absoluto. Ve muy claramente gracias a la luz emitida por las bolas que le sostienen sobre el muelle, luego sobre el torrente, cuyas aguas, siempre arrastradas por el declive del canal, se alejan hacia la fábrica

hidroeléctrica, creando debajo de él un tapiz brillante, de estrías iluminadas por la claridad de las chispas múltiples.

No tiene miedo, sabe que no puede caer.

Lentamente, el extraño cortejo va descendiendo. El hombre suspendido en el espacio en medio de un círculo luminoso llega al aliscafo. Los globos le depositan a bordo, al amparo de la cubierta. Luego desaparecen todas al mismo tiempo, quedando de nuevo sumido en las tinieblas.

CAPÍTULO IX

Allí lo encontraron, ya que habían sido advertidos de que el camino estaba libre, que el aliscafo les esperaba para trasladarles, y que Thierry, herido, estaba a bordo.

Habían esperado pacientemente, en medio de la obscuridad, angustiados, sin dormir, alimentándose con las últimas pildoras vitaminadas que les quedaban de las que habían recogido del almacén. Inés no vivía esperando el regreso de Thierry. Apretaba a su hermano entre sus brazos, encontrando en su presencia un poco de alivio en medio de aquel universo negro en que se hallaban sumidos.

Leo, a pesar de la fatiga y de sus heridas, procuraba animarle asegurándole que Thierry regresaría muy pronto en su busca. Tupart, también, ardía en deseos de reemprender la acción, de entablar una lucha sin cuartel contra las máquinas.

Y entonces, súbitamente, supieron, unos y otros, lo que había pasado abajo, en el muelle. Las bolas blancas no habían crepitado, esta vez, pero todos, habían adivinado que estaban allí, horadando el mundo oscuro con su presencia bienhechora. Y, a continuación, se habían puesto en marcha.

Leo, naturalmente, iba en cabeza, con el sonorar colgando de su cuello. Descendió el primero, cogiendo a Inés de la mano. De esta forma formaron una cadena humana; Inés daba la mano a su hermano, que se la daba a Corson, quien a su vez cogía la de Tupart, que cerraba la marcha. Habían descendido sin obstáculos, guiados por el joven negro. Este había reparado, sobre el muelle, en los pedazos del mobot vencido tanto por Thierry como por los globots-biobots. Y al fin, llegaron al aliscafo.

Allí, se arriesgaron por fin a hacer un poco de luz, ya que los

circuitos internos de la canoa funcionaban normalmente. Inés se había echado sobre Thierry, que muy débil, había encontrado, sin embargo, las fuerzas necesarias para sonreírle al verla llegar. Tupart, el más fuerte en aquellos momentos, había decidido no perder tiempo. Sabía perfectamente cómo funcionaba el aliscafo. Además, sabía cómo hacer funcionar el sonaradar y muy pronto lanzó la canoa por el torrente.

Inés y Corson, gracias a un botiquín de urgencia que encontraron a bordo, se habían ocupado de cuidar las heridas de Thierry y de Leo. A decir verdad, eran muy superficiales y el intracorol, maravilloso reconstituyente celular inventado por un sabio de Venus y del cual todos los botiquines de los planetas solares estaban provistos, haría sanar rápidamente las heridas de los dos jóvenes.

La canoa avanzaba a una velocidad record, dentro el inmenso túnel, sostenido por el cojín de aire que le hacía volar literalmente sobre las aguas que remontaba, según una expresión pintoresca espontáneamente hallada por Tiano.

El pequeño miraba por los tragaluces. Aunque el largo canaltúnel se hallaba sumido en la obscuridad, la vaga claridad que emanaba del aliscafo mostraba el resplandeciente chorrear de las aguas que se abalanzaban hacia la ciudad de Kalahari, que había quedado ya a muchos kilómetros. Tupart dirigía el aparato con seguridad, sin dejar de servirse del sonaradar. El canal se extendía todo derecho y podía esperarse poder llegar hasta los alrededores del río Orange sin tener encuentros desagradables.

Mientras, los fugitivos hablaban de sus desgracias. Volvían siempre al enigma que les atormentaba: ¿Cuál era el papel de los biobots en aquella aventura? Los globos, que emanaban seguramente de los híbridos de la galería de biónica, les habían favorecido siempre. Pero debían reconocer, con cierta reserva, que acudían con cierta parsimonia. Leo mismo admitía que aquella actitud era incompatible con el hecho de que hubiesen apoyado a los robots y mobots, lanzándolos contra la humanidad.

—De todas formas, si hubieran querido, hubieran podido neutralizar la revuelta... Un globo blanco que se pose sobre un robot o un mobot lo destruye inmediatamente... Si un pensamiento anima a los biobots, si sus espíritus se evaden de sus frascos de

cristal, ¿por qué no detienen definitivamente esta situación monstruosa? —decía Leo.

Corson, que reflexionaba, abrió la boca para expresar su opinión, cuando Tupart les gritó:

—¡Obstáculo a estribor...!

Al instante todos se pusieron de pie. Corson recomendó, por prudencia, apagar la luz de a bordo. Y, mientras el piloto dirigía la canoa en medio de las tinieblas, los demás prepararon las antorchas de laser que les quedaban y que podían servirles para cegar a los mobots, por lo menos cuando hubiera claridad, y los tubos inframalvas capaces de tremendas desintegraciones.

Reunidos de esa manera, sobre el navio miniatura, se sentían más fuertes, menos desvalidos que cuando estaban en la ciudad a merced de los robots.

Tupart conducía la embarcación con prudencia. Bajo sus dedos el tablero del sonar determinaba con precisión la masa que flotaba un poco encima de las aguas. No le fue muy difícil anunciar:

—Es otra canoa... otro aliscafo...

Hubo un instante de silencio, a cubierta. Ocultos una vez más en la obscuridad, los fugitivos se preguntaban qué significaría aquello. Otros fugitivos que hubieran tomado la ruta del río Orange. Y Leo y Thierry se acordaron del helicóptero sin piloto que habían visto, el helicóptero que era el propio jefe de la máquina y que había atacado su planeador cuando regresaban al palaciocerebro.

En dos o tres veces, habían dejado ya atrás los pequeños puertos que jalonaban el canal túnel. Estaban a lo largo de un muelle estrecho que seguía la inmensa bóveda, las bases de los pozos que se abrían directamente sobre el desierto, alrededor de los cuales se habían dispuesto los pequeños oasis artificiales.

No se habían preocupado de pararse allí, pensando sólo en alejarse cuanto más mejor de la ciudad devastada donde los mobots llevaban a cabo su infernal zarabanda.

Al cabo de unos instantes, Tupart estaba firme. El aparato desconocido se dirigía derecho hacia ellos.

Entonces, siempre ocultos en la oscuridad, todos querían saber. Leo y Thierry, uno tras otro, pasándose el segundo sonar, vigilaron el aliscafo que se les acercaba. Vigilante y fiel, el útil aparato les confirmó lo que temían: no había nadie a bordo. Se

trataba, una vez más, de un aparato furioso, una mecánica revolucionada, un robot indócil y amenazador, que trataría de destruir a esta otra máquina que consentía en obedecer a los hombres.

Tupart, muy diestramente, evitó el choque, cuando le oyeron llegar. Los dos aliscafos, que no tocaban el agua, sostenidos por el aire comprimido, se rozaron, pero gracias a la maniobra del piloto muy precisa, no se produjeron daños algunos.

Pero, a pesar de los sonoradars, todo aquello sucedía en medio de las más densas tinieblas.

Fue en un mundo oscuro donde los dos aparatos, el fiel y el vengativo, efectuaban aquel duelo singular. Tupart, un poco desequilibrado por la velocidad, no pudo seguir a tiempo las indicaciones que le procuraban a la vez el oscilógrafo y el tablero tangible. Si evitaba el choque contra la segunda canoa, precipitaba la suya contra el muelle que bordeaba el túnel.

Lanzado a toda velocidad por sus reactores, el aparato chocó rudamente y todos sus pasajeros fueron precipitados unos encima de los otros, en medio de una confusión total que la obscuridad aumentaba todavía.

De pronto, sintieron que el vértigo les vencía. Tupart, el más robusto, se morigeraba en voz alta.

—¡No es el momento más adecuado para lamentaciones! —le gritó Thierry—. ¡Hemos de conseguir salir de este atolladero!

Pero era mucho más fácil de decir que de hacer. Se ayudaban a levantarse penosamente, ayudándose como podían. Corson, siempre buen consejero, sugirió encender los circuitos. No serviría de nada seguir a oscuras, siendo así que los robots les habían descubierto ya. Pero el aliscafo estaba desequilibrado y la luz no funcionaba ya. Empezaron a sentir que su embarcación, no sostenida ya por la acción de los reactores, recaía, privada del cojín de aire, directamente sobre las aguas torrenciales del canal, sacudiéndose terriblemente. El aliscafo emprendía la marcha hacia atrás, arrastrado por el agua que le hacía seguir como una flecha rota.

Privados del circuito luminoso, pusieron en funcionamiento tres pequeñas linternas individuales que poseían todavía, evitando el empleo de los laser cuyo resplandor difícilmente sostenible podía provocar accidentes.

Tupart, entretanto, con el sonaradar, medía el desastre. Las paredes del canal-túnel pasaban a una velocidad prodigiosa pues el torrente arrastraba a la nave desamparada, destrozada por el choque. En menos de media hora, se encontrarían de nuevo bajo la ciudad de Kalahari, en el mismo punto de salida.

Rápidamente, se pusieron de acuerdo. La situación era crítica. El aliscafo, que no funcionaba ya, iba a regresar rápidamente al punto de partida. Al extremo del túnel, habían las embocaduras de las canalizaciones que se abrían sobre la fábrica subterránea. No era cuestión de que la pequeña embarcación pudiera ser tragada. Quedaría automáticamente destrozada contra la pared, y con la velocidad que llevaba, se podía suponer sin apenas margen de error que el choque final sería fatal para todos.

Tenían trabajo para sostenerse de pie, ya que el aparato estaba a merced de las fluctuaciones de aquella carrera infernal, oscilando tan pronto a babor como a estribor, zambulléndose de la popa como picando de proa. Terminó por girarse a medias, de lado, siguiendo su enloquecido camino girando sobre sí mismo, pobre aparato inerte que los elementos arrastraban como si fuera un simple corcho.

Un corcho que contenía aún cuatro hombres, una mujer y un niño...

Leo conservaba toda la lucidez. Sugirió la idea de intentar pararse en el momento que pasaran a la altura de los pozos oasis. Por allí, podrían llegar a la superficie del suelo, en pleno desierto, cierto, pero siempre sería mejor que acabar ahogándose en las tinieblas, como todo hacía suponer que sucedería irremisiblemente.

—Pero ¿cómo conseguir amainar? —gritó Tupart—. Nuestra velocidad parece aumentar de minuto en minuto...

—Sí, ya lo sé —exclamó súbitamente Thierry—. Somos demasiado ligeros... Es preciso cargar más la canoa...

—¿Cómo?

—Barrenando la nave... El peso del agua en el casco nos ayudará...

—¿Y si zozobramos?

Thierry cerró los ojos. No se atrevía a mirar a Inés cara a cara ante la pregunta que Corson acababa de formular. Inés, apretando cariñosamente la mano de su prometido, dijo:

—Thierry tiene razón... Debemos correr ese riesgo...

Tupart, con el sonaradar, detectó el pozo oasis. Iban a pasar a su altura. Los hombres no vacilaron. Mediante los rayos inframarinos reventaron el casco del aliscafo. Las vías de agua se declararon al instante. La canoa fue inmediatamente invadida por el agua. Muy pronto, ésta les llegaba ya a la rodilla. Pero la nave sin gobierno, más pesada en efecto, aminoraba su velocidad. Sin embargo, no pudieron detenerse frente al pozo, como esperaban, y el aliscafo desamparado pasó de largo del punto de salvación. Prosiguió su carrera ciega hacia la ciudad y la fábrica hidráulica, más lentamente, por cierto, pero dándoles una nueva angustia a sus pasajeros: la de verse muy pronto sumergidos si no conseguían salir de allí rápidamente.

El agua iba subiendo, no muy de prisa, pero alcanzaba ya la cintura de los hombres. Thierry sostenía sobre sus hombros a Tiano, mientras Tupart se ocupaba de Inés, más pequeña. Leo, con Corson, examinaba la situación.

—¿Queda por lo menos algún otro pozo?

—Creo que dos. El primero estará a nuestra altura dentro de tres o cuatro minutos...

—Es preciso detenernos a todo precio...

Leo miró para hacer funcionar el sistema de amarradura. Se trataba de una beta teledirigida, compuesta de una anclaverosa que, convenientemente proyectada iba a adherirse irresistiblemente contra el muelle, una boya, una pared...

Rogaba que el dispositivo no hubiera quedado destruido por el choque, pero ni éste ni los rayos inframarinos lo habían perjudicado.

Todos guardaban silencio. El aliscafo iba todavía muy de prisa, a pesar de que el agua que le invadía hacía aumentar considerablemente su peso. El nivel iba aumentando sin cesar y Leo tenía que luchar para conseguir despabilarse en una situación semejante.

Tiano, más elevado para informarles, se hallaba a la altura de un tragaluz.

Gritó que veía la instalación del pozo. Leo, con el corazón laténdole locamente, palpó a tientas, bajo el agua, los mandos del anclaverosa.

Bólido torpe llegó a ser el aliscafo. Leo presionó el conmutador.

Se oyó un silbido y la beta se soltó. El anclaverosa, proyectada fuera de la canoa, fue a aplastarse contra la bóveda del túnelcanal quedando sólidamente fijada. En una fracción de segundo, la beta se tendió y la nave quedó parada, con un choque violento, que precipitó a sus pasajeros en las aguas de la cabina.

Hubo un momento de pánico. Pudieron escapar ayudándose mutuamente. Estaban mojados, pero sentían revivir la esperanza.

—Ahora, es preciso salir de aquí...

No podía pensarse en nadar. El nadador más perfecto hubiera sido arrastrado por aquella corriente torrencial. La única solución era dejarse deslizar a lo largo de la beta, o bien tratar de halar la canoa, tirando sobre dicha beta, para acercar la embarcación al muelle.

Intentaron esta segunda solución, sin gran resultado, ya que su posición era muy incómoda, debido a que el peso de la canoa había aumentado considerablemente por la masa acuosa que iba en aumento constante. Se resignaron a avanzar a lo largo de la beta.

Thierry pasó el primero, seguido de Inés. Luego Leo, Tiano, Tupart y Corson. El aliscafo, no largando más, se hundía lentamente, y el ángulo que la beta formaba con el muelle se hacía cada vez más abierto. Apretando los dientes, Thierry iba el primero. Sus manos magulladas le dolían, y pensaba con desespero en el sufrimiento de Inés. Pero la valiente joven no se quejaba, sino que con energía, avanzaba, con el cuerpo sumergido hasta la mitad en el agua, haciendo avanzar primero una mano, luego la otra, tomando y dejando sin cesar.

Apenas se veían. No tenían más luz que la que brotaba de los tragaluces de la canoa que no estaban todavía hundidos. Y la batahola ensordecedora del torrente ahogaba todos los ruidos, todos los gritos posibles. Thierry pensaba que cualquiera de ellos podría soltarse, y ser tragado por las aguas junto a ellos sin que ninguno de sus compañeros se diera cuenta.

El movimiento violento del agua hacía zarandear sus cuerpos, magullándoles las piernas sumergidas. Iban a ciegas, con las manos ensangrentadas, los hombros y los brazos horriblemente fatigados por el peso de sus cuerpos respectivos. Thierry, que todavía mostraba las huellas recientes de la pinza del mobot, no se encotraba muy bien. No tenía más constancia de la presencia de

Inés y de los demás que de la tensión de la beta que les sostenía a todos.

Mientras, empezaba a ascender un poco. Llevaba el sonaradar alrededor del cuello, pero no le era posible servirse de él para saber la situación del muelle. Al final, tocó una superficie dura y fría, la palpó con la mano, y quedó suspendido con la otra. Estaba al borde de sus fuerzas y pensaba en la debilidad de Inés y en la de Tiano.

Y Leo que también había sido herido por los mobots. Y Corson y Tupart, que estaban debilitados por el presidio de la gran máquina.

Se izó sobre el muelle, vacilante. Sin descansar, inclinado sobre la beta buscando a tientas, tocó, en la obscuridad, los abundantes cabellos negros de Inés, luego la cogió por debajo las axilas para izarla. Los otros se agitaban en la obscuridad, llegando sin saberlo contra el muelle. El ascenso fue largo y penoso.

Tuvieron el tiempo justo para izar a Corson antes de que fuera demasiado tarde. El aliscafo invadido por el agua, zozobró y la beta se tendió bruscamente, arrastrada violentamente hacia atrás.

Tupart se arriesgó a hacer funcionar una pequeña linterna salvada del desastre.

Se vieron, empapados, tiritando, pero todavía vivos. Thierry llevaba el sonaradar, Leo un tubo de rayos inframarinos. Tiano había conseguido guardar una de las armas terribles, a pesar de la oposición que se le había hecho. Tenía aún dos lámparas, dos tubos de rayos infrarrojos, y algunos frascos de píldoras vitaminadas.

Se estrecharon las manos, resoplando como focas. Estaban fatigados, en el límite de sus fuerzas, pero se sentían felices por estar todos juntos y sanos.

Decidieron concederse un poco de reposo. Una o dos horas. Se tendieron, tras haberse quitado la ropa para escurrirla, pensando utilizar muy pronto el pozo para ascender. Pero al cabo de pocos minutos, se habían sumido en el sueño, unos y otros.

Leo fue el primero en despertarse, frotándose los ojos. No se veía nada y oía las respiraciones de sus compañeros. El joven negro pensó, sin duda con razón, que habían dormido un buen rato. Pero era imposible medir el tiempo. Desde la revuelta del gran reloj de Kalahari, todos los despertadores, todas las esferas de reloj, todos los relojes se burlaban de los hombres y aquellos que estaban dotados de voz les insultaban.

Leo decidió reconocer primero el camino, a fin de evitar cualquier peligro eventual que pudiera surgir. Se deslizó hasta Thierry, a oscuras, quitándole con cuidado el sonaradar. Así, se dirigió hacia la base del pozo. Una escalera de caracol, muy larga, ascendía alrededor del ascensor central. Pero Leo no pensó ni mucho menos en utilizar un ascensor, ya que todo lo que era mecánico era sospechoso. Reinaba el silencio, el personal técnico parecía ausente. El sonaradar no le mostraba la presencia de ningún cuerpo humano. Sin duda debieron haber huido, también. Leo, subió, llegando a la parte superior de las salas. El pozo-oasis, de hecho, no tenía otro fin que el de servir de ventilación a la instalación subterránea, habiendo otros seis túneles-canales además del que habían utilizado los fugitivos.

Y, bruscamente, Leo quedó deslumbrado. Rápidamente se protegió los ojos con la mano. Había desembocado en una sala, situada a nivel del suelo y, por las vastas ventanas circulares que rodeaban todo el conjunto, vio la torre que remataba el pozo y, continuando arriba, vio las palmeras, los cactus, el oro de las mimosas, o el esplendor de las orquídeas, y el púrpura, esmeralda y azul de mil flores que rodeaban toda la construcción bajo un sol radiante.

El pozo estaba desierto, igual que el oasis. Leo dio algunos pasos por fuera. Tras la pesadilla de las tinieblas veía mal y el fuego penetraba en sus ojos. Pero el aire cálido, el cielo resplandeciente y el horizonte de Kalahari engarzando el oasis le embriagó con una embriaguez jamás conocida.

Quiso regresar, inclinarse sobre el pozo, gritar, llamar a sus amigos, decirles que tal vez estaban ya salvados.

No pudo. El vértigo le invadía. Giró sobre sí mismo y cayó desvanecido, entre las flores gigantes...

CAPÍTULO X

Tiano fue el primero en despertar. Tal vez porque estaba tendido más cerca de las aguas del canal, a lo largo del muelle donde se había tenido tras la fatigante maniobra que les había salvado del río subterráneo y del aliscafo en desgracia.

Estaba muy oscuro, como de costumbre, pero el pequeño, con las prodigiosas facultades de adaptación de su edad, empezaba a saber dirigirse en medio de las tinieblas y, en todo caso, no se asustaba ya de la obscuridad.

Había sido despertado por los choques violentos de las piedras contra el muelle. Se levantó rápidamente y, avanzando con prudencia hacia el abismo, de donde subía el fragor incesante de las aguas que corrían hacia la ciudad, se sobresaltó al distinguir varios puntos luminosos a ras de las olas, algo así como ojos múltiples.

La bestia, si se trataba de una bestia, se abalanzaba sobre el muelle, chocando con un ruido roto, retrocediendo y volviendo de nuevo al ataque.

Por un instante Tiano permaneció aturdido por semejante ataque. Hubiera dicho que el ser desconocido intentaba escalar el muelle para reunirse con los fugitivos.

Gritó, llamando a su hermana, a Thierry, a Leo, pero los demás también se habían despertado ya, avisados por los choques formidables. Avanzaron todos hacia el borde del muelle, observando la espantosa agresión.

Fuera de los ojos luminosos del enemigo, en el túnelcanal, no había ninguna otra fuente de luz. Pero los puntos luminosos mostraban vagamente la forma del animal, una especie de pez alargado, monstruo acuático que se entregaba con ahínco, cogiendo nuevo ímpetu, lanzándose hacia el muelle, chocando rudamente con

un ruido metálico, y retrocediendo para volver otra vez más a la carga.

Thierry gritó:

—El aliscafo... es el aliscafo...

—¿Qué? —se extrañó Tupart—. ¿El nuestro...? Pero está en un triste estado... Creo que debe flotar por ahí, suspendido todavía del cable si es que éste no se ha aflojado...

—No... —exclamó el joven ingeniero—. No es el nuestro... sino el otro... el que nos ha atacado antes de desembarcar... Creímos que nos habíamos distanciado de él, pero él nos ha buscado, perseguido, encontrándonos aquí...

—Dios mío —murmuró Inés, apretándose contra Thierry—. Otra máquina todavía...

—Sí, una máquina... ¿Qué odio les anima contra nosotros, los hombres?

Estaban impresionados pero comprobaban que los esfuerzos de la canoa seguían siendo inútiles. Se destrozaban un poco más cada vez al chocar la masa del muelle duramente contra los fondos del buque que sin duda debía hacer agua por todas partes. El robot desencadenado seguía su misión destructora; el aliscafo sin piloto, sin marineros, perseguía todavía a aquellos que debía abatir. Había fallado la canoa que les llevaba. Ahora que se hallaban a salvo sobre el muelle, en la base del pozo oasis, la estúpida máquina, con toda su fuerza mecánica, hacía grotescos esfuerzos para alcanzarles.

Veían sus ojos, sus tragaluces, asomar bajo el agua, estancada un momento, tomar velocidad y lanzarse en un movimiento que agitaba por completo la nave en el momento que llegaba frente al muelle, como un animal que intenta alzarse, para agarrar y morder.

Pero, cada vez, el bruto mecánico se destrozaba un poco más.

Fascinados, los humanos asistían a esa lucha estéril que correspondía a un verdadero suicida, si es que una máquina puede suicidarse.

Al final, el aliscafo furioso, gravemente averiado, con su casco magullado, sus tragaluces que iban apagándose uno tras otro, golpeó con otra cosa abandonada, el otro aliscafo, semihundido, y que estaba sostenido todavía por el cable fijado a la pared del túnel por el ancla ventosa.

Las dos embarcaciones se barrenaban mutuamente con el

choque. El cable se rompió y no quedaron más que dos carcasas flotantes que el formidable torrente arrastró hacia la central de la ciudad.

Entonces Thierry, Inés y los demás, arrancándose a la especie de encantamiento que les había dominado ante el espectáculo de aquella máquina desencadenada, entregándose con ahinco a la idea de acercarse a ellos para destruirles, pensaron una vez más que estaban atravesando una pesadilla espantosa. Cambiaron impresiones, asegurándose de que todos estaban bien, y comprobando que el fenómeno seguía, que las máquinas persistían en su obra destructora del hombre.

Tiano señaló la ausencia de Leo, de lo cual nadie se había dado cuenta todavía. Thierry comprobó que le faltaba el sonaradar adivinando fácilmente que el joven negro debía haberlo cogido para hacer una exploración de la instalación del pozo oasis.

Quiso subir él solo, pero Inés se negó. Quería acompañarle, y naturalmente Tiano se unió a ellos. Pero Tupart y Corson, no querían tampoco quedarse abajo solos. Además, hizo señalar Tupart, tenían todavía algunas armas de rayos inframarinos. Thierry desconfiaba de los pozos, ya que, a fin de cuentas, no eran más que una mecánica. Igual que Leo, evitaron emplear el ascensor, subiendo buenamente por la escalera. De esta manera llegaron al oasis sin incidentes y tuvieron al fin la alegría de encontrarse bajo el gran sol.

Descubrieron a Leo, todavía inconsciente, pero respiraron aliviados al comprobar que no tenía nada grave. Y todos, librados de las tinieblas, de los monstruos robots, del presidio de los engranajes y de los guardias furibundos, arrojaron los sonaradars, los lasers, todo aquello que llevaban fabricado y que podía, en cualquier momento, traicionarles como el resto, tras haberles servido bien.

No eran más que pobres humanos, cubiertos por harapos, y todavía húmedos por la larga estancia en el canal-túnel. Pero no importaba. El sol brillaba con toda su fuerza y el oasis, sabiamente instalado por los agrónomos de Kalahari, ofrecía los esplendores que tenían la ventaja de ser tomados directamente de la divina naturaleza.

Una impresión increíble de calma reinaba en aquel rincón de Kalahari. No se atrevían a dar crédito a sus sentidos. Era la paz

integral, entre las flores y las plantas, los árboles frutales, todo regado agradablemente por las fuentes cuyas aguas eran traídas por los canalestúneles que pasaban por debajo de todo aquel suelo ardiente.

Los fugitivos tuvieron consejo. No era cuestión de ponerse inmediatamente en camino. Estaban muy fatigados y tenían necesidad de descansar durante algunos días. Ningún lugar era tan adecuado como el oasis. Convenía tan sólo vivir en estado natural evitando las instalaciones de los pozos que comunicaban con las obras subterráneas. Y como que todo aquello sólo estaba relevado parcialmente del dominio mecánico, tenían que temer sin cesar cualquier perfidia, a consecuencia de la revuelta de los robots.

Al final de varias horas, podían creer, por lo menos provisionalmente que, los mobots no les perseguían ya, que ningún diablo fabricado iba a atacarles. Podían vivir de frutos frescos, más la reserva de pildoras vitaminizadas. No les faltaba agua fresca. Y además, no se veía ninguna aeronave ni aparato volador.

Aquella seguridad, por relativa que fuera, les proporcionaba una serenidad que habían olvidado. La lucha que se habían visto obligados a sostener les había vivificado y, arrancados de la vida ciudadana totalmente regida por el automatismo, encontraban de nuevo los reflejos olvidados, descubriendo reacciones desconocidas por su generación embrutecida por el maquinismo, condicionada por ruidos regulares y obsesivos.

Así, hicieron frente seriamente al problema de ponerse en camino un poco más tarde, para intentar atravesar el desierto, hasta llegar al río Orange. Allí, habría por lo menos una región fértil donde acogerse, y sabrían si los hombres estaban realmente vencidos por la máquina. Si llegaba la necesidad, y si era posible, Thierry creía que la marcha hacia otros mundos sería una buena solución. Pero Corson movió la cabeza. Otros debían haberlo pensado antes que él, si pudieron. ¿Quedarían todavía naves interplanetarias? ¿Y cómo embarcarse en ellas?

Incesantemente, y a pesar de hallarse lejos del tumulto de la ciudad enloquecida, volvían a lo de siempre: ¿quién había provocado la revuelta?

El efecto de los biobots, por lo menos se suponía que los globos pensantes emanaban de los híbridos de la biónica, habían eliminado

la culpabilidad de esas extrañas creaciones de la ciencia. Corson culpaba a los cerebros electrónicos y, particularmente, al que lo dirigía todo en la gran sala del palacio cerebro. Thierry no estaba de acuerdo, por su parte.

—Un cerebro electrónico es algo bello... pero no deja de ser una máquina como las demás, después de todo. Y su pensamiento, por sutil que sea, no es más que el acondicionamiento minuciosamente previsto por el hombre, preparado mediante registros delicados y complejos, pero que no pueden, en ningún caso, engendrar una idea que sea verdaderamente espontánea. Esas mecánicas maravillosas pueden tener todo el talento que quiera incluso suplantar al hombre. Pero, están demasiado bien dispuestas para cometer sus mismas torpezas, por lo que, por las mismas condiciones, no pueden permitirse las extravagancias de su ingenio...

El problema seguía igual que al comienzo. De cualquier forma, no sufrían ya. El oasis les parecía un pequeño paraíso. Leo había hecho observar que debía haber sucedido algo dramático. No se veía el más mínimo rastro de ninguna sevicia pero el personal técnico, que debía estar allí para velar y vigilar los pozos, había desertado. Es cierto que tal vez avisados por radio, los técnicos habían podido alejarse, sin tardar, hacia el río.

Inés y Thierry, particularmente, gozaban de momentos encantadores. Jamás, desde que habían decidido unir sus destinos, habían vivido una relajación semejante. Sometidos sin cesar a las determinaciones de la vida imperiosa de la ciudad, no teniendo más escape que los encuentros en el campo de deportes, en los campos invadidos de gente, los dos prometidos no conocían la felicidad de hallarse arrojados salvajemente en medio de la naturaleza, entre árboles vivaces, en un decorado floral que volvía a cubrir un cielo no tamizado por redes de ondas que dominaban la ciudad de Kalahari. Podían pasearse durante horas, cogidos de la mano, no pensando en nada más que en sí mismos, uniendo tiernamente sus pensamientos, abandonándose al dulzor agreste de una vida muy similar a la de los primitivos. Inés iba mal peinada, Thierry no se afeitaba. Pero qué importaba... Jamás la había encontrado tan hermosa; y ella no había pensado nunca que él fuera tan seductor...

Los demás, de común acuerdo, dejaban que los dos amantes disfrutaron de sus horas de felicidad rústica. Tiano, que con

frecuencia deseaba acompañarles en sus paseos, era por lo general acaparado por Leo o Tupart. Los dos técnicos, tras haberse despojado del hombre de la ciudad, vivían casi desnudos, ocupándose en realizar ejercicios físicos que beneficiaban y desarrollaban sus cuerpos. E invitaban a Tiano iniciándole dulcemente en ese regreso a la verdadera vida. Corson, cuya edad le pesaba un poco, asistía a esos juegos con una sonrisa, mientras calentaba al sol sus piernas algo pesadas. Y así fueron pasando los días...

Iban pensando poco a poco en la travesía del desierto. Iban preparando las provisiones de frutos, de los cuales Corson había hecho secar una buena reserva para tener algo que comer. Se había decidido que por su utilidad indiscutible, recogerían el sonorar y los lasers y, naturalmente, los indispensables inframalvas.

Los hombres, se orientaban sin grandes medios, sólo sirviéndose de sus recuerdos, y por el movimiento del sol y las estrellas, igual que sus antepasados, para trazar un itinerario aproximado.

A menos de cincuenta kilómetros, es decir, más o menos a medio camino del río y de sus orillas floridas, encontrarían los antiguos pozos de petróleo. Habían descubierto aquellos yacimientos a fines del siglo xx. Pero su explotación había sido abandonada después de algunos años, a pesar de la instalación perfecta. En efecto, el empleo de los motores de desintegración atómica, la transmisión de energía a distancia por el universal laser, la utilización cada vez más frecuente de la energía solar, había matado en aquella época el carburante por el cual los hombres, hacía dos siglos, habían gastado tanto oro y tantos esfuerzos, haciendo correr la sangre inútilmente.

Thierry esperaba hallar otro oasis, situado sobre el recorrido de un túnelcanal. Allí descansarían un día o dos, si era tan favorable como el que ocupaban ahora. A continuación reemprenderían la marcha hacia el río. Podían esperar hacer unos veinte o treinta kilómetros diarios, como máximo, teniendo en cuenta a Inés y Tiano, y las condiciones de Corson, y también porque el terreno árido era poco favorable.

Pero en cinco días, como máximo, habrían llegado. Faltaba saber si encontrarían las orillas del río devastadas o ocupadas por los mobots.

De cualquier forma, habrían recuperado la confianza en sí

mismos. ¿No habían conseguido escapar a sus horribles enemigos mecánicos? Además, aquella existencia sencilla y sana, absolutamente desconocida para ellos, les daba una resistencia física y moral de la que habían carecido desde su nacimiento, a pesar de estar siempre dispuestos a enfrentarse con lo que fuera, sin dudar del resultado.

Tras la hora cálida, en que no puede realizarse ningún trabajo, ni movimiento, la vida de la pequeña colonia reemprendía su curso después de las diecisiete horas. Hacía una semana que habían llegado al aire libre por el pozo oasis. Thierry e Inés, según tenían por costumbre, habían hecho una siesta prolongada bajo un bosquecillo de palmeras situado al sur del oasis. Los arbustos de lentiscos y las mimosas les rodeaban. Tendidos uno cerca del otro, tranquilos y sosegados, se atrevían a hacer proyectos para el porvenir. Se negaban a creer que el reino del hombre hubiera terminado, y sí, creían, que aquel crepúsculo anunciado por Leo no era más que un eclipse, pensando en su felicidad futura cuando pudieran, al fin, casarse. Se preocupaban por la suerte de hacer crecer a sus propios hijos. Y unirían su ciencia para apasionarse, más que nunca, ante el misterio de aquellos biobots creados por el hombre y que le reservaban sorpresas tan extrañas.

—¡Inés!... ¡Thierry!...

Se estremecieron al mismo tiempo. Aquella voz fresca, era la de Tiano. El pequeño corría hacia ellos en su busca, pero el timbre de su voz había provocado en los amantes la misma impresión de angustia.

Se levantaron rápidamente. Hacía mucho calor e Inés gritó, sin ver todavía a su hermano:

—Estamos aquí... ¡No corras...! Te cansarás...

La temperatura, en efecto, no se prestaba mucho a una carrera semejante. Pero Tiano apareció, encarnado como una amapola, chorreando mares de sudor, jadeante y con el rostro descompuesto.

Inés y Thierry, juntos, se precipitaron hacia el pequeño:

—Me envía Leo... el fuego... el fuego...

—¿El fuego? ¿Qué estás diciendo?

—Hay fuego en el desierto —terminó por decir Tiano, de un tirón, entre dos fuertes respiraciones.

Thierry e Inés se miran, inquietos e incrédulos a la vez.

—Veamos —dice la joven—. Tranquilízate, y dime poco a poco lo que tienes que decirnos... Entonces Tiano habló. No sabía gran cosa. Tupart había notado de pronto los torrentes de humo negro, hasta el norte, una humareda cuya base era rojiza. Y Corson, al pasar cerca del pozo había comprobado que el estruendo de las aguas había cambiado de frecuencia. A través de los túneles canales se oían unos golpes sordos, como si fueran explosiones, y silbidos lejanos, parecidos a los de los *jets* de vapor de una potencia increíble.

Thierry, rápidamente, escaló una palmera. Después de haber vuelto a la montaña, era capaz de realizar tales prodigios. Desde lo alto de la palmera, dirigió sus ojos hacia el norte. Se estremeció.

Todo el horizonte estaba cerrado por la nube negra y roja lo cual formaba una mancha espantosa en aquel horizonte claro. El sol daba de lleno sobre aquella nube, engendrando coloridos espléndidos y terribles. Thierry descendió de su mirador, acercándose a Inés asustada:

—Diríase que los pozos de petróleo están incendiados...

¿Debían culpar todavía a los mobots? ¿Aquellas viejas maquinarias se habrían revolucionado también? ¿Lo podrían saber? Sería un misterio, como lo demás.

—Vayamos con los otros...

Los tres se apresuraron a acercarse al borde del pozo. Encontraron allí a Leo, Tupart y Corson que estaban ocupados en escuchar los ruidos insólitos que subían por la torre que cubría el orificio. Trataban, en vano, de situar el origen y la naturaleza de aquellos ruidos. Pero no era cuestión de bajar para averiguarlo. Hacia mucho tiempo que los fugitivos desconfiaban de toda instalación mecánica.

Se perdían entre conjeturas. La llegada de la pareja y del pequeño les arrancó de sus observaciones. Rápidamente, los fugitivos estudiaron la situación. Sabían que su tranquilidad no podía durar mucho. Nuevos acontecimientos estaban preparándose. No había duda alguna que los antiguos pozos estaban incendiados. Pero el incendio, sin duda alguna, había sido provocado.

¿Partir? Pero debían dirigirse hacia el norte, evitando el sur donde se alzaba la ciudad, donde tal vez seguían reinando los robots. Y la dirección del río, la salvación tan esperada, estaba

cerrada por aquel torrente de humo, que indicaba una zona en llamas.

Leo propuso partir de todas formas. Tenían las cosas dispuestas, aunque eran muy pocas. Bifurcarían hacia el oeste, lo que por lo menos tendría la ventaja de acercarlos al Atlántico, en caso de que debieran renunciar a llegar al río. Una media hora más tarde, habían recogido las provisiones, armas, instrumentos y vestidos. Corson estaba inquieto por los ruidos que subían continuamente del pozo, aumentando de intensidad. El pequeño grupo acababa de prepararse cuando vieron a Thierry que llegaba corriendo hacia ellos:

—Es preciso huir... abandonar el oasis... de prisa... ¡De prisa...!

Les empujaba, cogiendo a Inés por el brazo, y a Tiano por el otro, guiándoles, invitando a los demás a seguirle. Leo y Tupart, bastante cargados, se pusieron uno a cada lado de Corson para ayudarlo a andar más deprisa. A pesar del calor sofocante, Thierry se apresuraba, gritando a los otros para estimularles. Era preciso huir, más deprisa...

—Pero, veamos —gritó Leo—. ¿Qué es lo que has visto?

Jadeando, tirando siempre de Inés y Tiano, Thierry se giró un poco para gritarles mientras señalaba un montículo cubierto de hierba corta y seca del desierto africano:

—En los pozos... bajo el canal... el fuego... corre el petróleo... y todo va a arder... No sé qué ha debido de pasar... pero los yacimientos han debido explotar y las infiltraciones subterráneas han llegado a los canales...

Todos estaban aterrorizados. Se imaginaban lo que seguía. El incendio provocaba los destrozos subterráneos. El canal sextuple invadido por la nafta en fuego iba a llegar hasta la ciudad, para acabar el trabajo de los estúpidos robots.

Ya habían abandonado el oasis. El amable rincón florido que les había proporcionado aquellos cortos instantes de felicidad había quedado atrás. Se hallaban en pleno desierto, bajo un sol que declinaba y, en el horizonte, la inmensa mancha lívida de la nube que rodaba lentamente en volutas de un espesor increíble.

—De prisa —gritaba Thierry—. Nunca estaremos bastante lejos...

Súbitamente, llegó lo que estaban temiendo. Un estruendo sordo

estalló, pareciendo llegar de las entrañas del suelo, que tembló bajo sus pies. Tras ellos, pareció abrirse un volcán. Un torbellino de fuego ascendía, haciendo explotar la torre que cubría el pozo. Brotaron las llamas en un trágico y soberbio fuego de artificio, abrasando en un instante el encantador bosque de palmeras.

Todo ardía, todo crepitaba, todo se retorció bajo la acción de las llamas, y un fuerte olor a madera calcinada, mezclado con olores violentos, los de los animales devorados por el fuego, llegaban hasta los fugitivos.

En el centro, entre las palmeras convertidas en antorchas llameantes, un verdadero círculo de llamas subía hacia el cielo. Todo el canal no debía ser más que un río rojo y los pozos oasis, previstos para la ventilación de la inmensa instalación, formaban un formidable aspirador de aire.

Thierry había previsto la catástrofe y les había arrancado a tiempo del oasis, que había adivinado bruscamente que estaba condenado para muy breve plazo.

Ahora, desolados de nuevo, sintiendo sobre sus espaldas el peso de una adversidad implacable, los fugitivos avanzaban a través del desierto. El viento llevaba hasta ellos el humo oloroso, lo único que quedaba de su querido oasis. Si se giraban veían el pozo envuelto en llamas, el crepúsculo, con un círculo rojizo formado por las palmeras que el fuego había devorado.

Siguieron andando durante más de tres horas, alejándose lo mas posible de los puntos del fuego, evitando ir en dirección a la nube sombría.

Habían perdido su animación, su alegría, su entusiasmo. En medio de todo aquello, se preguntaban cuál sería el papel de sus horrendos enemigos, las máquinas revolucionadas.

Y más tarde, cuando la tarde caía y cuando los pozos de fuego empezaban a arrojar sus resplandores trágicos sobre el desierto, reemplazando al sol que acababa de desaparecer tras el horizonte, fue cuando Leo, que marchaba entonces delante de todos, se detuvo bruscamente señalando toda una serie de puntos que avanzaban frente a ellos, que parecían venir de la región petrolífera, y cuyo camino iba a cruzarse con el suyo.

—Son hombres —exclamó.

CAPÍTULO XI

El grupo avanzaba a paso lento, arrastrando las piernas, llevando todos el estigma de la horrible aventura que había herido cruelmente las imaginaciones tanto como la sevicia de los mobots y las demás desgracias inherentes a la alucinante aventura, que habían podido marcar los organismos.

Eran unos treinta. La mayor parte del grupo eran mujeres. Lívidos y encorvados, casi todos con harapos, muchos de ellos heridos y sumariamente curados, llenos de sangre, de arena y de lodo reseco. Por último, veían que llegaban de la región trágica donde ardía la nafta. Sobre sus epidermis como en sus vestidos el humo grasiento del petróleo había dejado sus huellas negruzcas, que les daban un aspecto de arlequines siniestros.

Thierry y sus compañeros, en mejor estado, reanimados por el descanso benéfico en el pozo oasis, miraban con compasión mezclada con temor lo que quedaba de una sociedad humana, tras la revuelta maldita. Entre aquellas personas, reconocieron a muchas personalidades de Kalahari, hombres de acción, hombres de ciencia y mujeres que había brillado por toda su belleza, por su inteligencia.

El grupo avanzaba como debieron hacerlo en sus tiempos los seres de la prehistoria, sin mirar atrás, huyendo ante lo imposible, lo ineludible, presos de un miedo que no tenía comprensión.

Guardaban silencio, pero sin embargo hasta ellos llegaba sin cesar una voz, una de aquellas voces que los fugitivos no habían oído desde hacía varios días. La voz brotaba de un teletransistor de tamaño muy pequeño, que uno de los hombres del grupo llevaba en la mano. Las noticias del mundo les llegaban de esta manera por lo que no se hallaban incomunicados con el resto del universo. Así,

pues, había todavía algunas mecánicas que obedecían, pensó Thierry y sus compañeros. La rebelión no era universal.

Ellos, casi habían olvidado hasta el sonido de esos instrumentos infernales, que acondicionaban peligrosamente la vida social. En el oasis, después del último asalto del aliscafo sublevado, se habían encontrado en medio del silencio y esa cura les había sanado quizás tanto como el reposo y el deporte.

Los fugitivos del desierto habían divisado también desde muy lejos a los que llegaban del oasis, desviando ligeramente su camino para encontrarse con ellos. Ahora, al llegar un grupo junto al otro, cambiaban brevemente las impresiones relativas a la catástrofe, tratando de trabar conocimiento. Pero todos ellos experimentaron una gran satisfacción por encontrar a otros seres humanos. Se relataron lo que les había sucedido.

Al principio del drama, un pequeño grupo compuesto por unas doscientas personas, aproximadamente, habían emprendido camino hacia el desierto a bordo de tres tanques especiales verdaderos pequeños paquebotes capaces de atravesar toda Africa en un tiempo record, sobre ruedas o, si se deseaba, sobre orugas (sobre un engranaje de orugas parecidas a lo que los mobots habían organizado en la gran máquina en que habían hecho trabajar penosamente a los humanos).

Los desgraciados querían llegar a Bloemfontein, esperando hallar un clima mejor. Pero, a mitad del camino, los tanques, siguiendo el ejemplo de los demás robots, se habían sublevado y las máquinas habían conseguido, tras unos sobresaltos abominables, destrozar a la mayoría de sus pasajeros. Los que huían eran perseguidos y destrozados bajo las fomidables masas en movimiento. Al fin, algunos habían conseguido huir, ya que uno de los tanques, volcado, era incapaz de proseguir la persecución y los otros habían acabado por quedar parados, agotados.

Discutieron mucho sobre el particular. En cierto momento, la vida de los robots debía cesar, en efecto. Los carburantes no duraban siempre, los incidentes materiales podían irse multiplicando. Toda mecánica que no es dirigida por un hombre no sabrá seguir marchando indefinidamente.

—El automatismo no puede ser eterno —afirmó Corson—. Ni tampoco es imposible que, en el desierto, la arena, la tierra seca,

hayan acabado muy rápidamente por estropear los mecanismos. Esto es lo que les salvó... Pero, sigan... ¿qué les ha sucedido?

Los fugitivos habían llegado a la región de los viejos pozos petrolíferos abandonados, donde las torres gigantescas iban hundiéndose lentamente, con el peso de los siglos. Durante varios días habían acampado allí.

Y de pronto, fueron avisados. Habían sido atacados por máquinas, máquinas que venían unas del cielo, otras a través del desierto. Tanques y heliscoters sin piloto, que se lanzaban contra ellos. En su terror, se creyeron perdidos. Fue entonces cuando uno de ellos tuvo la idea de levantar una barrera de fuego, capaz a la vez de hacer detener el ataque por tierra y fastidiar las evoluciones de los otros. Así habían incendiado los viejos yacimientos de petróleo.

Leo, al oír eso, exclamó:

—De modo que... ¿ustedes prendieron fuego voluntariamente? ¿Pero han llegado a comprender las consecuencias de ese gesto?

No, en efecto, los desgraciados no habían medido lo que podía suceder. Habían tenido la satisfacción de ver perderse entre las llamas a los tanques del desierto, los heliscoters, consumidos en pleno vuelo por las llamas de fuego que brotaban como geisers. Muchos de ellos, también, habían sido víctimas de aquella catástrofe artificial, abrasados o asfixiados por las proporciones inesperadas del incendio.

Y los fugitivos habían reemprendido la marcha, un poco al azar, sin más satisfacción que haberse podido librar de aquel nuevo ataque de los robots desencadenados.

Al final, uno de ellos tuvo la idea de hacer funcionar de nuevo su teletransistor de bolsillo. Ahora, las comunicaciones llegaban mejor, registrando los mensajes que llegaban no sólo de diversos lugares de la Tierra sino también de otros planetas.

Thierry, Inés, Corson y los demás estaban anhelantes.

¿Qué pasaba? ¿Lo sabían? Les dejaron el pequeño aparato. Un locutor, en la pantalla minúscula, se movía exponiendo la situación. La revuelta parecía haber sido inmensa. Había empezado en Kalahari, extendiéndose rápidamente, y en pocas horas habían comprobado que las regiones contaminadas eran todas aquellas que estaban en comunicación de radio directo con el punto inicial.

Había sido una especie de epidemia mecánica, transmitida por ondas.

La Tierra había sido, pues, muy perjudicada, igual que los mundos más cercanos: Marte, la Luna, Venus, Saturno. A continuación, señalaban todavía otros focos de revuelta, pero más aislados y, por consiguiente, menos virulentos, a medida que se alejaban de lo que podríamos llamar el epicentro.

El enigma en cuanto al origen del mal seguía sin resolver.

Por lo menos podían comprobar con satisfacción que las máquinas, si es que ellas podían pensar, y creer que iban a servirse de los hombres, no podrían resistir mucho tiempo. Se destruían a sí mismas, o se paraban al acabar el carburante, la energía, o la fuerza. Las que poseían motores atómicos eran evidentemente las más virulentas, pero se habían tomado medidas enérgicas y la mayor parte habían sido desintegradas.

A medida que iban escuchando, los fugitivos expresaban alguna que otra reflexión, pues sus pensamientos iban muy de prisa. Pues ellos habían sido testigos, y las primeras víctimas, de aquel motín de las mecánicas. El locutor decía que acababan de comprobar que lo que había sido la ciudad de Kalahari había desaparecido bajo las llamas.

Todos se estremecieron, e instintivamente, miraron hacia el horizonte, hacia el sur, hacia lo que había sido su ciudadpatria.

Vieron subir hacia el cielo nocturno una claridad rojiza como no la habían visto jamás.

Thierry murmuró, en medio de todas aquellas personas mudas, temblorosas:

—El petróleo... Esta vez es el petróleo... Por los túneles canales, millones y millones de litros de nafta inflamada han corrido bajo el suelo. El incendio ha debido provocar una especie de sismo. Los yacimientos han debido abrir una grieta en el terreno, y sus formidables masas líquidas han debido ser engullidas en las canalizaciones que los hombres habían cruzado. Y los pozos oasis son ahora las antorchas que jalonan esta circulación de fuego. Pero todo ha llegado a la central hidráulica que ha debido saltar... Y toda la ciudad ahora es pasto de las llamas...

Se sentían perdidos. El oasis había quedado arrasado, la región petrolífera impracticable. Y tras ellos, lo que había sido la ciudad de

Kalahari estaba a punto de acabar de ser destruida por completo de las llamas.

—Por lo menos —dijo Leo con voz inexpresiva— si el origen de la revuelta se encuentra en la ciudad, perecerá con el resto...

Corson le miró:

—¿Qué quieres decir, Leo?

El joven negro, encogiéndose de hombros, respondió:

—Ya lo sabe... Me gustaría hacerle caso... participar de sus ideas... Pero siempre vuelvo a mi primera hipótesis: los biobots son los culpables... Entidades creadas por el hombre a partir de los mecanismos animales y vegetales, son verdaderos monstruos y han facilitado dinámica, a su manera, a las máquinas, para alzarlas contra nosotros.

Tiano se echó a llorar, lamentándose porque no estaba bien acusar de aquella manera a las bolas blancas, que les habían salvado en tantas ocasiones. Inés le consolaba sin querer tomar partido. Thierry y Tupart estaban perplejos.

Pero Corson mantenía su idea:

—No... Los biobots, es otra cosa... Lo sé... He participado en sus creaciones...

—¿Y los mecánicos? ¿Los ingenieros, los técnicos? —exclamó Leo, furioso—. Desde hace siglos, la rueda, la palanca, el martillo, hasta llegar al cerebro electrónico, todo eso ha sido hecho por el hombre. ¿Cree usted que todos esos genios, todos estos trabajadores, hayan creído en otra cosa más que en la obediencia de sus obras?... Y sin embargo, son esas obras las que han provocado todo esto... —Sí, Leo. Y estoy seguro, Todos formaban círculo alrededor del viejo Corson. Estaba febril, estaba mal. Todas aquellas pruebas le habían agotado y desde que los dos jóvenes le habían arrancado de la gran máquina, no había podido recuperarse ni siquiera en el maravilloso ambiente del oasis, ahora destruido.

—Hable, señor Corson —dijo dulcemente Inés—. Estoy segura de que tiene alguna hipótesis sólida...

Callaron. Corson había tenido que tenderse, sobre el suelo árido. Todos los fugitivos le rodeaban, agrupados, sentados en la arena, o de pie. La noche era total, pero el resplandor de los incendios, a pesar de lo lejanos, proyectaban sobre los fugitivos una cúpula iluminada de forma sangrienta, y se veían como si estuvieran en

pleno día, un día que había sido bañado en luz de sangre.

—Creo que ahora veo claro —dijo el viejo técnico—. Presentía la verdad y Leo, al contradecirme, me ha proporcionado el punto que me faltaba... No, los biobots no son culpables, en lo que les concierne. No sé exactamente lo que ha pasado, la ciencia futura se repetirá estas preguntas... Volvamos a nuestras máquinas, a nuestros robots; a nuestros mobots... Estos son nuestros enemigos... Y nada más que ellos... Ningún otro poder de origen humano u otro, en todo caso de origen pensador, no ha podido provocar esta revuelta. Ni un grupo de piratas, ni de enemigos interplanetarios, ni de seres de cualquier dimensión desconocida... ¡No! Las máquinas se han sublevado en nombre de lo que has dicho hace un momento, Leo.

Con eso que los hombres les han dado, desde siglos y milenios, de la rueda al engranaje, de la palanca al *bulldozer*, y del simple golpe de martillo al choque nuclear... Porque TODO ha sido previsto por el hombre. Ha construido toda clase de máquinas con el solo fin de tener un auxiliar, mano de obra capaz de ayudarle, de suplirle... Y ha llegado un día en que hemos conseguido una perfección tal, con mecánicas dotadas de visión, de voz, de memoria, de reflexión por deducción como los cerebros electrónicos, que la máquina, o más bien el conjunto de máquinas ha podido imaginar que podía dejar de servirnos, y suplantarse al hombre...

Todos habían quedado silenciosos, escuchando la asombrosa revelación, admirando la extrema simplicidad de la explicación.

Thierry exclamó:

—Pero, señor Corson, sería preciso que esto hubiera sido también previsto por el hombre...

—El hombre lo ha preparado todo, os lo repito. En los cerebros electrónicos existen todas las posibilidades...

—No son más que los reflejos del pensamiento humano, no pensamientos autónomos.

—Exacto. No es menos cierto que la máquina está concebida para ejecutar o «pensar» en un tiempo record lo que innumerables humanos ejecutarían o pensarían con el transcurso de muchos años. Es esa síntesis lo peligroso...

—Ya entiendo. Pero esto no explica...

—Esto no explica nada, en el fondo, estoy de acuerdo con vosotros. Pero es preciso tener en cuenta eso que unos llaman azar y los otros voluntad del cielo... Un día, lo desconocido, lo imponderable se produce. Estoy seguro de que esta circunstancia ha durado una ínfima fracción de segundo, sólo el tiempo justo para la existencia de una partícula... La posibilidad para la máquina de «ser» ella misma, de vivir de sus resortes, de sus átomos rotos, SIN piloto, arrojando a su guía, a su creador... Y de esta manera ha empezado su vida frenética... Esta vida no podía durar... Aunque los hombres no hubieran intervenido, se habría detenido por sí sola... Pues un hombre puede vivir y luchar sin alimentarse, casi sin oxígeno, sin todo aquello que le es necesario para vivir... Porque le queda la voluntad, por encima de su cuerpo, de sus músculos, de los latidos de su corazón o de las ideas de su cerebro.

Corson hizo una pausa, y terminó:

—El hombre posee un alma, señores... Es de origen divino. La máquina no lo es...

Thierry reemprendió el diálogo:

—Así, pues, usted anuncia el final de nuestras miserias... ¿Y podemos creer que esta posibilidad infinitesimal en el tiempo, que ha hecho tanto mal, no volverá a producirse?

—¿Podemos afirmarlo?... El hecho puede producirse, una vez más, por una serie de miríadas de coincidencias... Sólo Dios sabe si el automatismo, por segunda vez, reunirá en un tiempo ultrabreve las condiciones necesarias para substituir a la raza humana...

—Claro... y todo igual... Y el resultado sería el mismo... Las máquinas terminarían por no ser más que máquinas, y la fuerza de las cosas las descompondría...

Este discurso, que había dejado a Corson al borde de sus fuerzas, había impresionado singularmente a los fugitivos. Dejándole reposar un poco al cuidado de Inés, los hombres se alejaron por el desierto, discutiendo sus puntos de vista.

Todo llevaba a creer que Corson tenía razón, que había puesto el dedo en el punto crucial de la aventura. Pero, como decía Leo, no había tocado el punto referente al verdadero papel de los biobots.

—Ni en el fondo, sobre su verdadera naturaleza —terminó Thierry.

Un poco alejado de ellos, en el grupo formado por las mujeres,

se produjo cierto movimiento. Instintivamente los hombres se acercaron a ellas. Las fugitivas, ansiosas, se inclinaban sobre el teletransistor que daba una nueva emisión, con noticias importantes.

Y una corriente de alegría pasó por ellos. Iban a llegar socorros, por astronaves. En efecto, toda la Tierra estaba desolada y los muertos se contaban por centenares de miles. Los planetas vecinos habían organizado expediciones para recuperar a los supervivientes. Y los navios del espacio equipados con formidables sonaradars hipersensibles, recorrerían no sólo las ciudades en ruinas sino también los océanos, los desiertos, los bosques, los macizos montañosas. Así, donde estuvieran refugiados los humanos, que no podían informar de su situación, serían trasladados del planeta desolado, dándoles medios de vida.

—Es preciso resistir —dijo Thierry, eso es todo. Nos quedan unas cuantas vitaminas, a unos y otros. Con esto...

—Mientras esperamos —sugirió Tupart— podríamos dirigirnos hacia Kimberley o Bloemfontein...

—Sí. Pero el desierto arde... El incendio de los pozos no quedará extinguido demasiado pronto; nuestra ciudad tiene todavía para algunos días... ¿No sería más prudente esperar que lleguen en nuestro socorro?

—¿En pleno desierto? El terreno es árido, la vegetación muy escasa... Y el agua... el agua que va a faltarnos...

Estos comentarios más o menos pesimistas, mezclados con palabras de entusiasmo por la esperanza de ser trasladados en astronaves hacia otros planetas más hospitalarios, fueron intercambiados por los supervivientes hasta las primeras horas del amanecer. Apenas durmieron. La noche seguía escarlata, lo cual no favorecía demasiado el poder dormir. Y además, muy a menudo llegaban hasta ellos el eco de las explosiones que provenían de la región de los pozos de nafta. Y además, Corson empeoraba a cada instante.

Carentes de productos farmacéuticos los fugitivos desesperaban de poderle salvar. Había agotado sus últimas energías, por lo visto, para exponerles su hipótesis acerca de las verdaderas razones de la revuelta de los robots. Ahora, no podía más.

Murió a primeras horas del alba, un alba trágica, cuyos

esplendores habituales de la mañana estaban bañados por los reflejos sangrientos que seguían invadiendo el cielo.

Las nubes negras, que el viento azotaba a veces, corrían muy de prisa. Eran las volutas de humo que salían de los yacimientos, de la ciudad, de los pozos oasis, que las corrientes de aire hacían correr, cruzarse, mezclarse, sobre el grupo de los fugitivos. Y una lluvia pegajosa y grasienta, hecha por una infinidad de partículas de petróleo, seguía sofocándoles y ensuciándoles.

El desierto presentaba un aspecto curioso. Bajo el cielo púrpura, el suelo amarillento se había convertido en negro, igual que los raros grupos de árboles aislados, las zarzas flacuchas, y las altas hierbas que crecían aquí y allá entre la arena. Todo ello estaba recubierto por aquella lluvia negra. Y mientras, el sol empezaba a aparecer, como una placa de oro cuyo brillo se enojaba por las sombras y los resplandores escarlatas que atajaban su majestad.

Leo, después de un momento, observó el horizonte. Tiano, siempre curioso, corre hacia él:

—¿Que estás mirando, Leo?

—Aquella nube... allá...

—¿Qué tiene de especial?

—Mírala bien...

El pequeño comprobó que la nube tenía un comportamiento muy extraño. Se la veía moverse, alargarse, bajar, subir, cambiar incansablemente de forma como si fuera un ser VIVO.

Pero fueron arrancados de esta contemplación por los gritos angustiados de Inés, que buscaba a su hermano. Un grupo de hombres, un poco más lejos, en una especie de vallecito, trabajaban para conseguir una fosa para enterrar el cuerpo de Corson. El viento les había llevado el eco de unos sonidos singulares. Al examinar el horizonte, vieron aparecer, avanzando, un grupo armado. Thierry utilizó rápidamente el último sonaradar que les quedaba. Había comprobado algo catastrófico.

Otro grupo avanzaba hacia ellos a través del desierto. Venía de la ciudad que el petróleo en llamas devastaba. Muy hábil ya en el uso del aparato, Thierry pronto comprobó que aquel grupo no estaba formado por ningún ser humano.

¡Sólo robots! Y entre ellos muchísimos mobots. Se habían acomodado en tanques del desierto y en naves montadas sobre

orugas, avanzando, huyendo del fuego. Los mobots de un tipo especial, adecuados para el avance por terrenos arenosos, formaban una especie de vanguardia.

Todo aquello, tal vez el último sobresalto de la revuelta inhumana, progresaba estúpidamente, huyendo del fuego gracias a sus detectores especiales y avanzando derechos hacia lo que quedaba de la población de la ciudad.

El pánico se apoderó de ellos. Se apresuraron en colocar a Corson en el fondo de la fosa, recubriendo su cuerpo con algunas paletadas de tierra. Luego, recogiendo todo cuanto les quedaba de utilidad, emprendieron la marcha rápidamente, formando un solo grupo, mientras dirigían de vez en cuando los ojos hacia el cielo, esperando vagamente ver aparecer el astronave salvador, que llegaría con el tiempo justo para arrancarles de los monstruos mecánicos que iban a alcanzarles.

A veces oían el ruido de los robos. Los estúpidos diablos parecían haber llevado con ellos las máquinas parlantes o musicales; y los discos, las grabaciones, emisoras, seguían dejándose oír en pleno desierto, puntuando el avance de los mobots con una cacofonía infernal.

Bajo el cielo negro y rojo, que ocultaba el sol, con un calor ya tremendamente insoportable, los desgraciados se agotaban. Thierry sostenía a Inés y Leo llevaba a Tiano. Las mujeres vacilaban, apoyándose en sus compañeros, suplicándoles que las dejaran morir allí, de acabar con sus vidas antes de la llegada de los mobots, de los cuales tenían todos un miedo horrible.

Encima de aquel grupo dramático de seres humanos, se oyó la voz clara de Tiano que resonó de pronto como un grito de victoria:

—¡Estamos salvados...!

A pesar de la fatiga, todos levantaron la cabeza. Leo, que llevaba sobre sus hombros a Tiano, no podía ver lo que el pequeño había descubierto:

—¿Qué es lo que has visto?... Enséñanoslo...

Todos le preguntaban, creyendo que había distinguido el astronave. Pero hubo una decepción general cuando Tiano exclamó:

—Nuestras amigas... Las bolas blancas...

Tupart lanzó un juramento y, de forma general, todos tuvieron reacciones reprobadoras. Pero Inés y Thierry habían cambiado entre

sí una mirada. Ellos, lo sabían. Estaban inclinados en favor de la causa de las bolas blancas. No sólo Corson, al morir, las había declarado inocentes del crimen del que Leo las culpaba, sino que Thierry sabía por propia experiencia qué acción benéfica habían tenido para él los biobots.

Los fugitivos avanzaban con la cabeza abatida, sin cuidarse de los globos que habían aparecido encima de ellos. No sentían miedo ya del petróleo en fuego, ni del desierto inhóspito con sus múltiples peligros, ni de la sed o hambre que les amenazaba. Sólo temían a los mobots.

Un hombre había murmurado entre dientes:

—Ese condenado chiquillo no tiene derecho a jugarnos una broma como esa...

Entonces, sin necesidad de prestar una atención particular, se oía muy bien el ruido del ejército de los robots en marcha. La batahola de los tanques, y los ruidos diversos que emanaban de aquel mundo biotécnico. El avance rimaba con los alaridos contradictorios, que el viento llevaba a veces, bajo el cielo de hollín y sangre.

Tiano no hacía mucho caso de las reflexiones enfadadas que habían acogido su anuncio. No perdía de vista a las bolas blancas que evolucionaban en el cielo, como si estuvieran buscando algo o alguien. Leo, fatigado por el peso del pequeño, no podía verlo bien. Pero Inés y Thierry, mientras avanzaban, no dejaban de observar aquella nueva manifestación de los mobots.

Y de pronto, los globos, como puestos de acuerdo, se lanzaron hacia el suelo. En un instante, como un enjambre crepitante, estuvieron sobre los fugitivos a la altura de sus rostros, inmovilizándose.

Eran una docena, por lo menos. Ahora, flotaban, frente a los humanos, y todos los otros sorprendidos, se pararon. Se vieron obligados a prestar atención. A mayor abundamiento, tenían miedo, pues no las habían visto nunca, a pesar de que Inés, Thierry, Tiano y el propio Leo estaban afirmándoles que los globos chispeantes no estaban seguramente animados por ninguna mala intención.

El silencio reinó entre el grupo. Todos callaron, ya, absorbidos en los pensamientos extraños que nacían espontáneamente en el fondo de ellos mismos, pensamientos que no venían de ninguna

parte, que no tomaban pie en ningún recuerdo, que no los engendraba su propio cerebro.

Pensamientos parecidos a las revelaciones que sienten las mediums en trance.

Las bolas crepitaban, con una especie de frenesí, que no habían manifestado jamás hasta entonces. Hubiérase dicho que las bolas se consumían, desplegando una energía desconocida, haciendo acopio de todas sus fuerzas. A medida que iban lanzando todos aquellos haces de chispas, los fugitivos, que ya no sentían miedo de los globos, se sentían penetrar en una aplastante verdad.

Los globos iban a morir. Todos los biobots de la gran galería, allí en Kalahari, estaban condenados, puesto que el incendio de la ciudad empezaba a devorar el gran cerebro, después de otras cosas.

Por lo menos, antes de desaparecer, los biobots les dirigían su mensaje supremo, a los supervivientes de la catástrofe, y en particular, a la que ellos buscaban, a la que tanto debían, Inés, la última vestal de los laboratorios de biónica.

Los biobots hablaban, usando su fuerza energética para hacer penetrar en los espíritus humanos todo lo que ellos sabían, todo lo que querían comunicarles.

Nacidos de híbridos monstruosos, de embriones biológicos y de sistemas nerviosos de plantas, de polen y de sangre, de felinos y de orquídeas, de lirios y de proboscídeos, de líquenes y de pájaros mosca, los biobots habían vivido una vida ardiente, multiplicando en ellos la evolución, tomando su vitalidad a toda la inmensa escala de la vida, que se había estado desarrollando durante millones de años antes de llegar al pensamiento.

Y esta fuerza fantástica, más puramente energética, habían sacado de los humanos que les rodeaban, y principalmente de las mujeres consagradas a su cuidado, la más alta facultad existente en el cosmos: la conciencia.

Así los biobots, estos monstruos biológicos, se habían desarrollados altamente, espontáneamente, en una forma prodigiosa, puesto que se habían impregnado directamente de las almas que les rodeaban, y de las cuales eran el reflejo, en lo que las almas tenían de noble, de elevado, de ideal.

Los biobots amaban a las vestales, los biobots amaban a Inés, última superviviente de aquel grupo femenino que, sin saberlo, les

había proporcionado el sentido de vivir.

También, desde el desencadenamiento imbecil de las mecánicas, los biobots, que no habían obrado jamás, sino creando entidades fugaces, habían manifestado todo su poder y éste, lo habían puesto al servicio de los humanos, víctimas de las máquinas.

Sólo que, de pronto, comprendieron dónde residía su flaqueza. Cada vez que un globo emanaba de un biobot ligándose a una fuerza electrodinámica, cada vez que un robot o un mobot era una amenaza para el hombre, producían un cortocircuito en la máquina, pero el biobot quedaba vencido. El globo se diluía espontáneamente y allá, en la galería biónica, su frasco de cristal estallaba, no quedando en el suelo, más que un residuo horrible.

Tiano había sido testimonio de un incidente de éstos, cuando un globo dio su vida por la salvación de Leo y de Thierry.

Los biobots, por propia voluntad, entraban en la vida descubriendo su acción más noble, la más exaltante: el sacrificio.

Por esto, a pesar de todo, los biobots se habían economizado, habían medurado sus acciones, no interviniendo jamás sino en última instancia, decidiéndose a la obra-suicida en el momento en que los hombres no podían vencer por sí mismos las fuerzas mecánicas sublevadas.

Ahora, los instantes de los biobots estaban contados. La mayor parte de ellos habían muerto ya luchando gloriosamente por sus creadores, los hombres. Y el fuego amenazaba la galería donde palpitaba lo que constituían sus cuerpos, mientras que sus espíritus, bajo la forma de globos crepitantes, venían a unirse a los que permanecían vinculados.

Los biobots sabían que el ejército de robots avanzaba y ofrecían lo que les quedaba de vida, prometiendo combatir todavía, arrojándose contra los monstruos mobots cuya llegada no tardaría más de unos minutos.

Inés lloraba, apretando contra ella a Tiano que también derramaba un torrentes de lágrimas porque no vería más a sus amigas las bolas blancas. Y todos los demás, aterrados, inmóviles, no pensaban más que en huir del enemigo, escuchando silenciosamente la gran revelación.

Un grito les arrancó de aquella especie de éxtasis:

—¡Ahí están...!

Horrorizados, vieron que los robots estaban muy cerca. Ya, en una colina próxima, entre las zarzas esmirriadas, aparecían los primeros tanques de oruga, transportando un grupo de mobots amenazadores que agitaban sus brazos horribles, aparentemente decididos a echarse sobre los humanos que se les habían escapado.

Leo, Thierry y los otros hicieron frente. Empuñando las últimas pistolas de rayos inframalas que poseían, probaron de destruir la visión de los mobots mediante el laser, como ya habían hecho anteriormente. Pero los diablos eran demasiados y los humanos se vieron muy pronto en situación desfavorable.

¿Cómo resistir una invasión semejante?

Inés y las mujeres se hallaban algo atrás. Tiano hubiera querido combatir con los hombres pero habían pocas armas y otros representantes del sexo fuerte, con rabia en el corazón, habían tenido que contentarse con asistir, impotentes e inútiles, a los esfuerzos de sus compañeros para detener el avance de los gigantes metálicos. Muchos de los combatientes habían sido ya abatidos, pulverizados o destruidos, por las pinzas de metal, las manos de plástico.

Tiano estaba junto a Inés. Ella rezaba en voz alta, sin esperanza alguna en este mundo en el que la locura del automatismo había terminado por vencer.

Entonces se precipitaron las bolas blancas. Vieron cómo se lanzaban sobre los primeros robots, y los monstruos se retorcían bajo los haces de chispas, cayendo como polichinelas malditos. Pero, por encima de esos montones de hierro avanzaban otras bestias sin pensamiento, siguiendo hasta el borde de sus acondicionamientos.

Algo rozó la mejilla de Inés. Tuvo un gesto instintivo para quitárselo y su hermano gritó:

—Una langosta...

En efecto, era una enorme langosta. Inés alzó los ojos, teniendo un sobresalto. La nube que Leo había reparado, aquella nube viviente se abatía sobre ellos.

Una masa inmensa, de un verde hermoso, moteando el negro del humo, el púrpura de los incendios, en la gloria solar que lo dominaba todo, tal era el estado de la misteriosa nube.

Los últimos biobots habían vencido, ofreciendo su vida para

intentar, aunque vanamente, salvar a los humanos.

Inés gritó:

—Una plaga de langostas...

Era en efecto una plaga de langostas, plaga de la humanidad desde milenios, una de las últimas nubes que la ciencia no había podido llegar a destruir todavía, y que desolaba las vegetaciones africanas. Hacía días, que las langostas habían llegado a Kalahari. La nube, sin duda atraída por los incendios, se abatía sobre el lugar del combate.

Un torrente verdoso, hecho de miles de individuos, de miríadas de larvas, volaba sobre sus espaldas y sobre las cabezas de los humanos, filtrándose entre las filas de los mobots furiosos.

Entonces, en el momento en que los hombres, ensangrentados, agotados, creían llegado el momento de morir con sus compañeros, un aflojamiento notable se manifestó en el furor de los mobots. Algunos no hacían más que moverse torpemente, como amainados. Otros paraban totalmente y permanecían inertes, máquinas estúpidas e inútiles que se amontonaban en el campo de batalla obstaculizando considerablemente el avance de los otros.

Mientras, una verdadera papilla verde rodeaba a los humanos y sus adversarios mecánicos. El hecho se había producido ya en otras ocasiones, durante los primeros siglos de la aviación, cuando los aparatos habían tenido que pararse, por haber engullido hasta el carburador las langostas que lo invadían todo, que se metían en todas partes, en filas cerradas que nada podía frenar.

Y las langostas, aquella plaga natural, estaban en camino de terminar con todos los movimientos de las máquinas. Unos tras otros, los mobots se descomponían, los tanques se paraban, las máquinas aulladoras se callaban, sus engranajes agarrados por aquel puré verdoso hecho de organismos formados por millones y millones de langostas.

En pocos minutos el combate cesó. Llenos de sudor y de sangre, los hombres observaban aquello. No tenían nada que hacer. Asistían a la caída definitiva del mundo mecánico sublevado, que ni los hombres ni los biobots habían podido vencer, y que perecía tontamente en medio de una nube de langostas.

Y cuando el día acababa ya, cuando el sol se ocultaba tras el horizonte, el cielo estaba todavía atravesado por resplandores

sangrientos y por grandes rastros de humo negro, pero el desierto, donde se amontonaban los pedazos del ejército robot, estaba invadido por una innumerable materia verdosa que había conseguido destrozar hasta el último motor.

Las langostas supervivientes, tras aquella exploración, tras haber devorado un poco de vegetación que crecía en aquella porción de terreno, se habían puesto de nuevo en marcha, sin preocuparse de las miles de langostas que quedaban sin vida.

Un poco más lejos, sobre el mismo suelo, dormían los humanos. No podían más.

Habían muerto muchos de sus compañeros, pero los que quedaban todavía con vida, podrían empezar de nuevo a creer, a esperar.

Pasaron todavía tres días. Habían emprendido de nuevo la marcha a través del desierto, evitando las regiones petrolíferas en fuego, buscando un refugio en dirección al oeste. Apenas les quedaba nada con qué sustentarse, habiendo terminado ya todos los frutos y vitaminas hacía muchos días. Apenas tenían nada que beber.

Algunos, de nuevo, pensaban en la muerte.

Fue durante la mañana del cuarto día cuando un zumbido lejano les hizo estremecer. Se arrastraban por el suelo, como espectros vivientes, restos de una raza. Pero la vida seguía brillando todavía en ellos.

Thierry, un Thierry barbudo, delgado, increíblemente débil, tendió la mano, apretando la de Inés, una Inés que parecía su propio fantasma.

Estaban tendidos, con los ojos hacia el cielo. No decían nada. Pero esperaban vagamente.

Sabían que la astronave salvadora se acercaba, que los sonaradars buscaban en el desierto, que sus lazos sutiles e invisibles les rodeaban ya con una red misteriosa. Sabrían que los hombres estaban allí, les descubriría, buscarían las coordenadas de su situación, donde estaban agonizando. De la gran nave espacial, descenderían las canoas-platillos, y muy pronto, todo aquello no sería más que una pesadilla pasada.

Thierry giró un poco la cabeza hacia Inés, comprobando que ella hacía lo mismo. Una sonrisa cubrió sus rostros agotados.

El zumbido aumentaba de intensidad...

FIN



Nació el 23 de septiembre de 1914 y falleció el 23 de enero de 2002. Fue un escritor francés de ciencia ficción que utilizó gran variedad de seudónimos, principalmente: Maurice Lionel, Maurice d'Escrignelles y Lionel Rex.

Su estilo de escritura era una reminiscencia del tipo de ciencia ficción que se escribía antes y justo después de la Primera Guerra Mundial.

Su personaje mas popular es el telepata Chevalier Coqdor, cuyas aventuras acostumbran a ensalzar valores como el amor o la tolerancia, así como una genuina fe en Dios, algo inusual en el mundo de la ciencia ficción.